

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXV

Nº2

FEBRERO 2012



NUESTRA PORTADA:

ORDENACIÓN EPISCOPAL DE MONSEÑOR LEONARDO LEMOS MONTANET

Momento de la imposición de manos del Arzobispo metropolitano, Monseñor Julián Barrio, a Monseñor Leonardo Lemos Montanet durante la ceremonia de Ordenación Episcopal en la Catedral de Ourense, el 11 de febrero de 2012.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Maquetación, administración y fotocomposición: Oficina de Informática, Obispado de Ourense.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXV

Febrero 2012

Nº 2

SUMARIO

ORDENACIÓN EPISCOPAL Y TOMA DE POSESIÓN

Crónica de la Ordenación Episcopal y Toma de Posesión de la Sede Auriense del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Leonardo Lemos Montanet.....	109
Homilía de Mons. Jualián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela.....	113
Intervención del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Renzo Fratini, Nuncio de Su Santidad en España, al final de la celebración.....	116
Palabras al final de la celebración del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Leonardo Lemos Montanet, Obispo de Ourense.....	117
Álbum de fotos en A Corna, Oseira y Ourense (por Miguel Castaño y Felipe Iglesias).....	122

LA VOZ DEL PRELADO

Decreto del Sr. Obispo confirmando los cargos de la Curia Diocesana y otros organismos	141
Intervención del Sr. Obispo durante la reunión con la Curia Diocesana (13 de febrero de 2012)	142
Reunión con el Excmo. Cabildo de la Catedral-Basílica de San Martín (17 de febrero de 2012).....	147
Mensaje para la Cuaresma 2012: Omnia in Caritate	150
Homilías	152
Actividades del Sr. Obispo.....	159

IGLESIA DIOCESANA

Vicaría Judicial	
Aviso del Tribunal Eclesiástico de la Diócesis de Ourense	163
Seminario Mayor del Divino Maestro e Instituto Teológico “Divino Maestro”	
Fiesta de Santo Tomás de Aquino	164
Archivo Histórico Diocesano	
Memoria del Archivo Histórico Diocesano año 2011	174

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Mensaje de la Presidencia de la Pontificia Comisión para América Latina con motivo del “Día de Hispanoamérica” en las diócesis de España.....	193
La CEE y la Fundación Endesa renuevan el convenio de colaboración para la iluminación de templos y catedrales	198

Declaración de la Renta 2011 (IRPF 2010). Las declaraciones a favor de la Iglesia Católica vuelven a aumentar en 2011	199
La Conferencia Episcopal Española da a conocer la figura de San Juan de Ávila, próximo Doctor de la Iglesia.....	201

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Angelus	207
Audiencias.....	213
Discursos.....	230
Homilías	246
Mensajes	259

CRÓNICA DIOCESANA

Febrero.....	271
--------------	-----



ESPECIAL:

ORDENACIÓN EPISCOPAL

Y TOMA DE POSESIÓN

DE LA DIÓCESIS AURIENSE

DEL EXCMO. Y RVDMO. SR.

D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET

**ORDENACIÓN EPISCOPAL
Y TOMA DE POSESIÓN
DE LA DIÓCESIS AURIENSE
DEL EXCMO. Y RVDMO. SR.
D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET**



Crónica de la Ordenación Episcopal y Toma de Posesión de la Sede Auriense del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Leonardo lemos Montanet. Ourense 11 de febrero de 2012

El sábado 11 de febrero Monseñor Leonardo Lemos Montanet era ordenado Obispo y tomaba posesión de la Diócesis en la Santa Iglesia Catedral-Basílica de San Martín.

Nuestro nuevo Pastor entraba el día 11 de febrero en la Diócesis, como es tradición, por la parroquia de Santa María do Desterro, a Corna, la primera que se encuentra al llegar a Ourense procedente de Santiago de Compostela: al pisar por primera vez nuestra Diócesis, instintivamente se arrodillaba para besar esta tierra que desde el momento en que conoció su nombramiento

siente como suya. Allí recibía el saludo del Obispo de Tui-Vigo y Administrador apostólico de la Diócesis durante la Sede Vacante, Monseñor Luis Quinteiro, la representación diocesana, clero del arciprestazgo y autoridades civiles, visitando a Nuestra Señora de la Corna en su iglesia, que acogía una pequeña celebración mariana a las 12:00 horas.

A continuación, Monseñor Lemos compartía los momentos previos a su Ordenación Episcopal con los monjes del Real Monasterio de Santa María de Oseira, donde se detuvo a mediodía con su comitiva.

A las 15:15 horas el entonces Obispo electo de Ourense era recibido en su entrada a la ciudad por las autoridades eclesiales, civiles y militares y por centenares de ourensanos que, después de dos años rezando por su llegada, le esperaban para saludarle en la calle de la Cruz Roja, junto a los jardines Padre Feijóo, una de las antiguas puertas de la ciudad.

Por la calle de Lamas Carvajal, se desplazaba la comitiva hasta la iglesia de Santa Eufemia, donde se revistieron todos los obispos y sacerdotes. A las 15:45 salía la procesión, en el siguiente orden: incensario, cruz procesional entre ciriales, diácono con el Libro del Evangelio, sacerdotes con alba y estola blanca para la concelebración, en dos filas de dos en fondo, el Colegio de Consultores, el Obispo electo acompañado de los Vicarios generales de Ourense y Santiago, Abad Mitrado y Obispos Concelebrantes con mitra blanca, y los Obispos ordenantes principales, con pasillo de la Real Banda de Gaitas de la Diputación de Ourense, desde la iglesia de Santa Eufemia por la calle Arcedianos hasta la Plaza de San Martín, accediendo a la Catedral por la escalinata de la entrada principal.

Siguiendo una costumbre secular, el nuevo Obispo era recibido por el Cabildo Catedral que le esperaba en el Pórtico del Paraíso, ofreciéndole el Deán la cruz a besar y el hisopo para bendecir. A continuación, sobre el libro de las Sagradas Escrituras, le tomaba juramento, según tradición, de

guardar los estatutos y costumbres locales de su Iglesia.

A las 16:00 horas comenzaba la solemne celebración de Ordenación Episcopal y toma de posesión del nuevo Obispo de Ourense, Monseñor Leonardo Lemos Montanet. El ordenante principal fue el Arzobispo de Santiago de Compostela, Monseñor Julián Barrio Barrio, acompañado del Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Renzo Fratini, los tres últimos Obispos de la Diócesis de Ourense, Monseñor Luis Quinteiro Fiuza, Obispo de Tui-Vigo, Monseñor Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Valencia, Monseñor José Diéguez Reboredo, Obispos emérito de Tui-Vigo y el Obispo de Astorga, Monseñor Camilo Lorenzo Iglesias, natural de la Diócesis de Ourense.

Concelebraban además los siguientes Obispos de España y de las diócesis limítrofes de Portugal: Monseñor Ricardo Blázquez Pérez, Arzobispo de Valladolid, Monseñor Jesús Sanz Montes, Arzobispo de Oviedo, Monseñor Manuel Sánchez Monge, Obispo de Mondoñedo-Ferrol, Monseñor Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo, Monseñor José Cerviño Cerviño, Obispo emérito de Tui-Vigo, Monseñor Mario Iceta Gavicagogeascoa, Obispo de Bilbao, Monseñor Gregorio Martínez Sacristán, Obispo de Zamora, Monseñor José María Yanguas Sanz, Obispo de Cuenca, Monseñor Juan Antonio Martínez Camino, Obispo auxiliar de Madrid, Monseñor José Cor-

deiro, Obispo de Bragança-Miranda, Monseñor Amandio Tomás, Obispo de Vila Real, Monseñor Anacleto Cordeiro Gongalves, Obispo de Viana do Castelo y Monseñor D. José Augusto Pedreira, Obispo emérito de Viana do Castelo y Monseñor Santiago Agrelo Martínez, Arzobispo de Tángier, junto al clero diocesano y sacerdotes llegados, sobre todo, de la Archidiócesis compostelana.

En la celebración, en la que cerca de dos mil fieles llenaban completamente hasta el último rincón de la Catedral, pasando horas de pie para mostrar su cariño y acogida a Monseñor Lemos, participó una amplia representación de las autoridades civiles y militares, entre ellas el presidente de la Xunta, Alberto Núñez Feijóo, el delegado del Gobierno en Galicia, Samuel Juarez Casado, el alcalde de Ourense, Francisco Rodríguez Fernández, el conselleiro de Educación y Cultura, Jesús Vázquez Abad, el presidente de la Diputación provincial, José Manuel Baltar Blanco, los diputados del Congreso Celso Delgado Arce, Ana Belén Vázquez Blanco y Guillermo Collarte Rodríguez, los senadores de Ourense Francisco José Fernández, Juan M. Jiménez Morán, Carmen Leite Coello y Miguel Pérez de Juan, el subdelegado del Gobierno, Roberto Castro García, el presidente de la Audiencia provincial, Fernando Alañón Olmedo, el delegado territorial de la Xunta, Rogelio Martínez Rodríguez y el subdelegado de Defensa, Ramón Rey Vich, además de otras autoridades civiles y militares de la provincia y re-

presentantes de distintas asociaciones y entidades culturales. Entre los invitados personales del Obispo electo de Ourense estaban además presentes: el alcalde de Santiago, Gerardo Conde Roa, el alcalde de Fene, Gumersindo Gallego Leal, el alcalde de Ares, Julio Ignacio Iglesias Redondo y la senadora de Pontevedra M^a Elvira Lariba Leira.

En su homilía, Monseñor Barrio agradeció al nuevo Obispo de Ourense su servicio fiel a la Iglesia compostelana: “sin duda, con el mismo amor por Cristo y con el mismo celo por las almas, llevará a cabo en los nuevos campos de acción pastoral el ministerio que hoy se le confía con la ordenación episcopal”, y recordó que el ministerio episcopal es un don de Dios que llama al obispo a asumir “la forma de vida y los sufrimientos apostólicos por el anuncio y la difusión del Evangelio, el cuidado paternal de los fieles que le han sido confiados, la defensa de los débiles y la constante atención al pueblo de Dios, no olvidando a los alejados” destacando que “el ministerio episcopal ha de alentar la esperanza de quienes, amenazados por mitos ilusorios y por el pesimismo de sueños que se desvanecen, y de cuantos afligidos por las múltiples formas de pobreza, contemplan a la Iglesia como monte de las Bienaventuranzas.”

Tras estas palabras del Arzobispo de Santiago, llegaba uno de los momentos fundamentales de la celebración: la Ordenación Episcopal. El sacerdote D. Leonardo Lemos Montanet era ordena-

do obispo mediante la imposición de las manos, significando la efusión todopoderosa del Espíritu Santo, de modo que se va transmitiendo sin interrupción en la Iglesia el ministerio apostólico, y la oración consecratoria. Ritos complementarios son la entrega de los Evangelios, la unción con el crisma, la entrega de los Evangelios, la imposición del anillo, que simboliza el compromiso de amor y entrega del nuevo Obispo con la Iglesia, la imposición de la mitra, que simboliza el brillo de la santidad que debe adornar al Obispo y la entrega del báculo, que recuerda la tarea pastoral del Obispo al frente de su Iglesia.

Una vez concluida la ordenación episcopal, la toma de posesión de la diócesis de Ourense se realizaba, simbólicamente, sentándose en la cátedra o sede episcopal, es decir, en la silla de maestro y pastor que da nombre a la Catedral y desde la que el obispo preside y guía al pueblo de Dios en Ourense.

A continuación, el ordenado recibía del ordenante principal y de todos los obispos el abrazo, símbolo de comunión y acogida.

El Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Renzo Fratini recordaba en su intervención que el ministerio episcopal manifiesta el amor mismo de Jesús, que vela con solicitud por su Iglesia como Pastor bueno que da la vida por sus ovejas. El Obispo es, tal y como destacó Monseñor Fratini, responsable de la unidad, maestro y testigo de la fe

y un hombre de comunión, cuidando la unidad de su presbiterio, sus necesarios colaboradores inmediatos.

En las palabras que dirigía a sus diocesanos al final de la celebración, Monseñor Lemos pedía a los ourensanos su ayuda para “ser padre, hermano, amigo, servidor, maestro, guardián solícito, sacramentum bonitatis (sacramento de bondad)”. De forma especial quiso dirigirse a los sacerdotes, principales colaboradores del Obispo: “estamos unidos por unos vínculos sacramentales; juntos somos responsables de esta Iglesia que peregrina en Ourense, en medio de las tribulaciones del mundo y de los consuelos de Dios. Soy consciente de que en la medida en que esta unión sea más efectiva y afectiva, nuestros trabajos pastorales serán más fecundos. Es mi intención estaros cercano y deseo que mi casa esté siempre abierta para vosotros que lleváis el peso de los trabajos del ministerio pastoral por todos los lugares esta bendita tierra ourensana. Ayudadme a dar lo mejor de mí mismo y así pueda entregarme con generosidad”.

Monseñor Leonardo Lemos tenía también un recuerdo especial, en estas primeras palabras como Obispo de Ourense, para el Seminario y las vocaciones, como uno de los objetivos pastorales prioritarios de su episcopado: “si tenemos buenos sacerdotes, habrá vocaciones para la vida religiosa, misionera y monástica; para todo género de vida consagrada. También tendremos jóvenes que lucharán por vivir la vocación

santa del matrimonio. Surgirán personas que descubran en el rostro de tantos necesitados como hay en nuestra sociedad, el verdadero rostro sufriente de Jesucristo. Éste es el sentido del porqué concedo esa prioridad a la pastoral vocacional”.

En una breve reflexión centrada en la familia, Monseñor Lemos quiso agradecer su apoyo a sus padres, hermanos, sobrinos y otros familiares, al destacar la importancia de la familia, sin la cual no serían posibles momentos como el que se estaba viviendo.

El Obispo de Ourense se dirigía por último, en el día de su ordenación, a los jóvenes: “quixera dicirvos que non teñades medo a abrir as vosas vidas a Xesucristo. El é o gran amigo que está sempre ó voso lado e que nunca vos traizoará. Esixe con amor, pero xamais vos privará de todo aquilo que sexa auténticamente humano e bo. Quen se fía de El atopa o auténtico Camiño que o leva a vivir unha existencia en pleni-

tude, unha existencia feliz. Pido para todos “o mellor”, sei que a situación da nosa sociedade é complexa, as perspectivas de futuro parece que se presentan cheas de temores e pesimismo, non obstante, coa confianza posta en Deus, pídovos que non perdades a esperanza. Xuntos podemos construír un mundo mellor se nos deixamos gañar o corazón polo Señor.”

En la celebración de la Ordenación Episcopal se realizó una colecta destinada a Cáritas diocesana de Ourense, por deseo expreso del nuevo Obispo, en la que se recaudaron 3.003,24 euros.

Al finalizar la celebración, Monseñor Leonardo Lemos permaneció en la S. I. Catedral durante casi dos horas, recibiendo el abrazo y el cariño de las cerca de 2.000 personas que le mostraban su cariño y su acogida. Finalmente, el Liceo de Ourense acogió una recepción abierta a todos aquellos que quisieron acercarse para saludar y acompañar a nuestro Obispo.

***Homilía de Mons. Jualían Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela***

“El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres” (Ps 125). Con estas palabras, manifiesto mis sentimientos al Señor que ha llamado a nuestro hermano Leonardo a ser sucesor de los Apóstoles en esta Diócesis de Orense. Le agradezco el fiel servicio a

la Iglesia compostelana. Sin duda, con el mismo amor por Cristo y con el mismo celo por las almas, llevará a cabo en los nuevos campos de acción pastoral el ministerio que hoy se le confía con la ordenación episcopal, conferida según la tradición apostólica, mediante

la oración y la imposición de las manos como signo de protección y de total propiedad de Dios. Día de cordial felicitación para ti, querido hermano, para tus padres y familia. Día de gozo y de esperanza para esta querida Iglesia particular. Día de especial acción de gracias a Dios que nos ha bendecido con su gracia a través del ministerio de los Apóstoles.

Saludo con afecto al Sr. Nuncio, al Sr. Administrador Apostólico, a los Sres. Arzobispos y Obispos, al Sr. Abad de Oseira, a los miembros del Cabildo, sacerdotes, consagrados, diáconos, seminaristas y fieles diocesanos, a las autoridades, a los amigos y conocidos de D. Leonardo, a los radioyentes y televidentes, a todos los aquí presentes, hermanos y hermanas en el Señor.

El ministerio episcopal, don de Dios

El ministerio episcopal es un don de Dios. “En el obispo, a cuyo lado están los presbíteros, se hace presente en medio de los creyentes nuestro Señor Jesucristo” (LG 21). Su misión se ha de entender no con la mentalidad de la eficiencia y de la eficacia, por la que se pone la atención ante todo en lo que hay que hacer, sino teniendo siempre en cuenta la realidad sacramental, que está a la base de la funcional. “Esto exige en el obispo una actitud de servicio caracterizada por la fuerza de ánimo, el espíritu apostólico y un con fiado abandono a la acción interior

del Espíritu”, estando siempre cercano a todos, desde el más grande al más pequeño”, (*Pastores gregis*, 11), siendo su vida una oblación continua a Dios y proclamando el amor, la bondad y la misericordia de Dios en el misterio de la Iglesia. Vigorizar la vida religiosa bajo el peso de las rutinas cotidianas ha de ser su preocupación. El obispo está llamado a asumir la forma de vida apostólica, los sufrimientos apostólicos por el anuncio y la difusión del Evangelio, el cuidado paternal de los fieles que le han sido confiados, la defensa de los débiles y la constante atención al pueblo de Dios, no olvidando a los alejados y pudiendo decir ante la grandeza de la obra y ante la dificultad del seguimiento “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (*1Cor* 11,1). No debe tener miedo a nadie en las dificultades experimentadas, sino el mismo Dios le meterá miedo de todos ellos.

Yo estoy contigo, le dice Dios al profeta Jeremías: por eso no podrán vencerte.

Toda iniciativa episcopal servirá a la verdadera renovación de la Iglesia en tanto contribuya a tiempo y a destiempo, con toda paciencia y doctrina (cf. *2Tim* 4,2), a mostrar el fascinante esplendor de la verdad y de la auténtica luz que es Cristo mismo, insistiendo. Como maestro fiel de la verdad, sacerdote de los sagrados misterios y guía del pueblo santo, el obispo ha sido constituido heraldo, apóstol

y maestro auténtico del Evangelio para transmitir la fe apoyándose no en la sabiduría humana ni en el consenso sino en el mensaje revelado de salvación, y sabiendo que la verdad cristiana es atrayente y persuasiva precisamente porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana.

El obispo, sembrador de esperanza

Son muchas las tensiones culturales, sociales, religiosas y espirituales que afligen al hombre de nuestros días. En el sucesor de los apóstoles, “más allá de todas las preocupaciones y las dificultades inevitablemente asociadas con el fiel trabajo cotidiano en la viña del Señor, debe prevalecer sobre todo la esperanza”. Solamente, dice el Papa, podremos ofrecer una aportación significativa en estas circunstancias en la medida en que la inteligencia de la fe se convierta en inteligencia de la realidad. El ministerio episcopal ha de alentar la esperanza de quienes, amenazados por mitos ilusorios y por el pesimismo de sueños que se desvanecen, y de cuantos afligidos por las múltiples formas de pobreza, contemplan a la Iglesia como monte de las Bienaventuranzas.

Rememorar a Cristo, Bo Pastor

O bispo debe rememorar activamente a Cristo en todo, mantendo a unidade na caridade e na verdade, aínda cando, ás veces, este empeño faga sufrir, pois quen non serve á ver-

dade non serve á unidade. Os pasos a seguir son os de Cristo o Bo Pastor e os signos a ter en conta son os desvelos polo rabaño ata dar a vida, e o mutuo coñecemento entre o pastor e as ovelas, un coñecemento cuxa profundidade se fundamenta no misterio máis íntimo de Deus. Non son realidades xustapostas senón profundamente unidas porque a Igrexa non é unha mera sociedade relixiosa de homes ou unha empresa gremial de culto senón, ante todo, unha comunión de fillos de Deus, elixidos e xerados pola caridade paternal do Pai, vinculados filialmente a Xesucristo, e conducidos cara á Casa do Pai polo Amor do Espírito de Cristo.

Como “administradores dos misterios de Deus” (*1Cor 4, 1s*), que se nos confiaron, a nosa inquietude non é buscar poder, prestixio, estima para nós mesmos, senón conducir os homes cara a Xesucristo, levándoos á verdade e á liberdade, que vén dela. Xesús máis alá da estratexia, pídenos a prudencia que significa buscar e actuar conforme á verdade e que esixe a razón humilde, disciplinada e vixiante, que non se deixa levar por prexuízos e non xulga segundo desexos e paixóns. Tamén o noso ministerio ha de estar significado pola bondade que presupón sobre todo unha viva comunión e relación con Xesucristo.

“Pola graza de Deus, son o que son, e esa graza que fixo comigo non ficou baleira” (*1Cor 15,10*). É ou mesmo

Xesús que nos di: “Tede confianza porque eu vencín ou mundo”.

Queridos diocesanos de Ourense, coas palabras de san Ignacio de Antioquía exhórtovos a que poñades empeño en facelo todo na concordia de Deus, baixo a presidencia do bispo, que ten o lugar de Deus. Atendede ao bispo, co fin de que Deus vos atenda a vós. Querido irmán Leonardo, tódolos que te acompañamos esta tarde, desexámosche un ministerio episcopal longo e cheo de froitos. Na comunión co Papa recibe gozoso ou don do ministerio

episcopal. Nesta hora, bispos, sacerdotes, membros de vida consagrada e laicos coa intercesión de San Martiño, dos Apóstolos e de tódolos santos rezamos por ti á Santa María Nai, para que te conduza sempre cara ao seu Fillo, fonte de toda bondade, e así poidas escoitar un día do Señor da historia as palabras: “Servo fiel e cumpridor, pasa a disfrutar da festa do teu Señor”. “¡Felicidades os convidados á mesa do Señor!”.

Vivamos a nosa existencia menos expostos ós medos, pois somos discípulos de quen venceu ou mundo. Amén.

***Intervención del Excmo. Y Rvdmo. Sr. D. Renzo Fratini,
Nuncio de Su Santidad en España, al final de la celebración***

Eminentísimos Señores Cardenales, Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos, Queridos sacerdotes concelebrantes, Excelentísimas Autoridades Civiles (y militares), Queridos hermanos y hermanas en Cristo.

En estos emotivos y tan esperados momentos para esta querida Diócesis de Ourense, como representante del Santo Padre en España, presento mis saludos a las dignas autoridades y a cuantos acompañáis al nuevo Obispo, Monseñor Leonardo Lemos Montanet, en la celebración de su ordenación episcopal y toma de posesión de esta histórica Sede gallega.

En nombre del Santo Padre Benedicto XVI, expreso sentimientos de gratitud al Excmo. y Rvdmo. Monseñor Luis Quintero Fiuza, que ha cuidado pastoralmente a esta querida Diócesis durante once años, ganando su afecto. Los dos últimos años como Administrador Apostólico. Muchas gracias D. Luis.

Al asumir su misión, tomando prolema las palabras del Apóstol de las gentes, “Omnia in Caritate”, todo en Caridad (Cf. *1Cor* 16,14), aliento a Monseñor Leonardo a considerar que el ministerio episcopal manifiesta el amor mismo de Jesús, que vela con solicitud por su Iglesia como Pastor bueno que da la vida por sus ovejas. Así como

el Señor unía el gesto y la palabra, y en ambos manifestaba, y hacía participar del amor con que el Padre nos ama al darnos a su Hijo, así el triple munus del ministerio episcopal contribuye a la edificación de la comunidad eclesial y a construirla en la unidad por el amor.

Por eso, el Obispo no es solo el responsable de la unidad, es más, es el fautor de la unidad en su Diócesis cum Petro et sub Petro (*Lumen Gentium*, 23). Al Colegio Apostólico, presidido por el Apóstol San Pedro, le sucede el Colegio Episcopal que incluye necesariamente, como Cabeza suya, al Santo Padre, Sucesor de Pedro (*Lumen Gentium*, 21.22; *Christus Dominus* 3.4) y del que forma parte el Obispo en el seno de la Iglesia Católica que es Una por el vínculo del amor.

Entre los cometidos que señala la Iglesia al obispo, destacan dos: En primer lugar, el obispo debe ser maestro y testigo de la fe. Un evangelizador en el contexto de hoy en día, en el que prima la Nueva Evangelización, en los diversos ambientes de la Diócesis. El obispo tam-

bién debe ser un hombre de comunión, cuidando la unidad de su presbiterio, sus necesarios colaboradores inmediatos.

El modo personal y concreto de desempeñar este oficio de amor lo indica sabiamente S. Ignacio de Antioquía cuando aconsejaba a S. Policarpo Obispo de Esmirna: “preocúpate de la unión. Llévalos a todos sobre ti, como a ti te lleva el Señor...” (*Carta a Policarpo*, I,2).

Querido D. Leonardo, cuente con nuestras humildes oraciones. Invocamos para ello la protección de Santa María Madre, celestial Patrona de la ciudad de Ourense. Que la Santa Madre de Dios y nuestra, con la intercesión de os gloriosos Patronos, los santos Martín de Tours y Rosendo, le sostenga en el ejercicio fiel del sagrado ministerio para mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia.

Que Dios les bendiga.

Mons. Renzo Fratini
Nuncio Apostólico

***Palabras al final de la celebración del Excmo. y Rvdmo. Sr.
D. José Leonardo Lemos Montanet, Obispo de Ourense***

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela, Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico del Santo Padre en España, Excmos. y Rvdmos. Sres. Arzobispos y Obispos

que habéis querido estar presentes en esta celebración, la Iglesia en Ourense os da las gracias. Excelentísimo Sr. Presidente da Xunta de Galicia, Excmas. e Ilustrísimas Autoridades Autonómicas,

Provinciais e Locais ás que lles expreso o meu máis sincero agradecemento en nome do Sr. Bispo Administrador Apostólico desta Diocese, no do Cabido desta Catedral-Basílica de San Martiño, no das autoridades eclesiásticas de Ourense, e no meu propio, pola entusiasta colaboración e cooperación que prestastes para que estes actos se puidesen celebrar con tanta solemnidade.

Que o Señor volo pague!

Saúdo ao Sr. Presidente e demais membros da Academia Auriense- Mirdoniense de San Rosendo.

De xeito especial saúdo aos Sres. Alcaldes de Fene - o meu concello de nacemento -; de Ares, fermosa Vila na que viven os meus pais e na que me sentín sempre acollido como un veciño máis. E ao Sr. Alcalde de Santiago de Compostela, cidade na que vivín e traballei durante estes últimos 32 anos da miña vida.

Aos sacerdotes e seminaristas.

Aos relixiosos, monxes, membros de Institutos de vida consagrada, Sociedades de vida apostólica; ás asociacións de fieis, os movementos e os demais grupos apostólicos.

Hermanas y hermanos míos en el Señor ¡queridos amigos todos!

Son muchos los sentimientos que, en este momento, se agolpan en mi

corazón, pero por respeto a todos vosotros que habéis asistido a esta solemne liturgia de mi ordenación episcopal y del inicio del ministerio pastoral en esta Iglesia, no quisiera alargarme mucho.

Cuando esta mañana, pisaba por primera vez las tierras de esta Diócesis, al llegar a la parroquia de Nosa Señora do Desterro, na Corna, de forma casi instintiva me arrodillé y besé esa tierra de Ourense, mientras decía con toda mi alma: Serviam!; es decir, te serviré Señor, y quiero hacerlo sirviendo a este Pueblo que, por Providencia, me has encomendado. Y quiero servirle como la Iglesia me pide que lo haga. Pero bien consciente soy de mis debilidades y pobreza, por eso quisiera presentarme ante vosotros como un pobrecillo de Jesucristo que extiende su mano suplicándoos vuestra ayuda, vuestras oraciones y sacrificios. ¡Qué agradecido os estoy a vosotros sacerdotes, religiosos y religiosas, miembros de institutos de vida religiosa y consagrados, niños y ancianos!

A todos, os digo ¡gracias! y os suplico que me no me dejéis de ayudar a través de esa expresión tan hermosa y fecunda de la Comunión de los Santos. Seguiremos caminando en esa serena espera que os habéis trazado, porque así es la vida del cristiano sobre la tierra ¡una espera! a la que se nos invita siempre que celebremos y vivimos la Eucaristía: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección ¡ven Señor Jesús!

A lo largo de este último mes y medio, reflexionando sobre lo que la Santa Iglesia afirma del ministerio episcopal. Teóricamente sé lo que es y debe ser un obispo he procurado leer y estudiar aquello que la Iglesia dice sobre este ministerio, pero no basta, ¡ahora os toca a vosotros! Yo he dicho sí a la llamada que me ha hecho el Santo Padre, Benedicto XVI; los obispos aquí reunidos, por la imposición de sus manos y la oración de la Iglesia me incorporaron al Colegio Apostólico. El obispo, por el que habéis rezado estos dos años, tiene ahora un rostro y un nombre, ayúdale a ser padre, hermano, amigo, servidor, maestro, guardián solícito, sacramentum bonitatis, imágenes todas ellas que aparecen en la sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia para referirse al ministerio episcopal.

De manera especial, me dirijo a vosotros, mis queridos hermanos y amigos sacerdotes de este presbiterio, vosotros sois los principales colaboradores del Obispo. Necesito sentirlos cerca ya que estamos unidos por unos vínculos sacramentales; juntos somos responsables de esta Iglesia que peregrina en Ourense, en medio de las tribulaciones del mundo y de los consuelos de Dios. Soy consciente de que en la medida en que esta unión sea más efectiva y afectiva, nuestros trabajos pastorales serán más fecundos. Es mi intención estaros cercano y deseo que mi casa esté siempre abierta para vosotros que lleváis el peso de los trabajos del ministerio pastoral por todos los lugares esta

bendita tierra ourensana. Ayudadme a dar lo mejor de mí mismo y así pueda entregarme con generosidad. A los sacerdotes ancianos y enfermos os digo que el ejercicio de vuestro ministerio es hoy más fecundo que cuando estabais ocupados en las muchas tareas de la pastoral. Vuestra oración y vuestros dolores, las debilidades propias de la edad, son esa savia fecunda que revitaliza todas las actividades eclesiales. De manera especial os pido que recéis mucho por las vocaciones ¡empeñaos en sacar jóvenes para nuestro Seminario!

El Seminario y las vocaciones. Ese será uno de los objetivos pastorales de mi pontificado. La vida diocesana, en su complejidad y riqueza, es ese ámbito en donde pueden y deben existir con auténtica libertad de espíritu todo aquello que vive en la Santa Iglesia Católica extendida por el mundo entero, y vosotros, mis hermanos sacerdotes, sois ese rostro de la Iglesia y de vuestro Obispo que debe acoger, acompañar, dirigir, y en ocasiones corregir, toda esa pluriformidad que existe dentro del seno de este misterio de comunión y fe que es la Iglesia. Ella no es un coto cerrado avocado a particularismos estériles, ni una multinacional más o menos operativa; es una gran Familia abierta a todos, reunida en torno a ese Buen Pastor, Nuestro Señor Jesucristo, visibilizado por la persona de su Vicario, el sucesor de Pedro, que junto con los sucesores de los Apóstolos, los Obispos, hacen presente esa realidad viva en medio de este mundo que busca algo más en cada uno de nosotros.

Ese debe ser el motivo fundamental que nos estimule cotidianamente a identificarnos con el Señor, porque nuestros hermanos buscan en nosotros el rostro de Jesús y sabéis bien que para realizar ese ambicioso proyecto, a pesar de nuestras miserias y fragilidades, la Iglesia pone a nuestro alcance los medios ordinarios para perseverar en una vida santa: la oración y la frecuencia del Sacramento de la Alegría, como llamaba Pablo VI al sacramento de la Penitencia.

Si tenemos buenos sacerdotes, habrá vocaciones para la vida religiosa, misionera y monástica; para todo género de vida consagrada. También tendremos jóvenes, ellas y ellos, que lucharán por vivir la vocación santa del matrimonio. Surgirán en nuestras parroquias, asociaciones y grupos apostólicas, hombres y mujeres que descubran en el rostro de tantos necesitados como hay en nuestra sociedad, el verdadero rostro sufriente de Jesucristo. Este es el sentido del porqué concedo esa prioridad a la pastoral vocacional. El Seminario de Ourense, a pesar de los momentos críticos que sacudieron estas instituciones en momentos del pasado, se mantuvo fiel a sí mismo gracias al tesón de sus pastores. Al hablar del Seminario, me vais a permitir que tenga un recuerdo para los Seminarios Mayor y Menor de Santiago de Compostela, allí he pasado muchos años de mi vida sacerdotal. El báculo pastoral que la Iglesia ha puesto hoy en mis manos es un

regalo de ambos Seminarios. Gracias, muchísimas gracias.

En mi corazón, muy unidos a los Seminarios están el Instituto Teológico Compostelano y el Instituto Superior de Ciencias Religiosas que tuve la suerte de dirigir en estos últimos seis años. Ha sido una experiencia hermosa y llena de esperanza. Hoy la Iglesia necesita cuidar con especial atención estos centros académicos, de rango universitario, para poder formar a los seglares. En la medida en que podamos ofrecer una formación de calidad, obtendremos mejores resultados apostólicos.

Entre los muchos sacerdotes que estáis aquí presentes veo rostros muy cercanos, de distintas diócesis, miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, os pido que me sigáis acompañando con vuestra fraternidad y con vuestra oración, os ruego que sigáis siendo fieles a vuestra vocación, muy unidos a todos los sacerdotes y luchando en ese proyecto de santidad, así vuestros obispos podrán apoyarse en vuestra fidelidad sacerdotal.

Entre vosotros. veo a mis padres, hermanas y hermanos, a mis sobrinos, a parte de mi familia – algunos no han podido venir porque se encuentran gravemente enfermos - ¡qué importante es la familia, hermanos míos! Sin ella no serían posibles momentos como este. Ayudadme a ser un valiente defensor de la familia, de esa realidad construida sobre el amor fiel de un hombre y una mujer, abierta a la vida.

Quixera recordaros que dentro de oito meses, o vindeiro once de outubro, iniciarase o Ano da Fe con ocasión do cincuenta aniversario do Concilio Ecuménico Vaticano II. Este será outro dos proxectos que nos ocupará a partir da Pascua: preparar en sintonía con Pedro, o Ano da Fe. Este próximo obxectivo ten que axudarnos a reactivar a fe do noso pobo. Non se pode amar o que se descoñece e hoxe en día a ignorancia sobre as cuestións máis elementais da fe cristiá é preocupante. Ás veces, algún dos nosos contemporáneos ten que loitar contra certos espellismos, normalmente construídos pola ignorancia, a inercia dunha pseudocultura, o relativismo ambiental. Nos últimos decenios construíronse unha serie de caricaturas do cristián, e en especial da Igrexa, alimentáronas ideoloxías que ofrecen ao ser humano aventuras sen retorno. É necesario intensificar a formación cristiá do noso pobo, de modo que exista certa coherencia entre o que se pensa e se vive.

A vós nenos e mozos, quixera dicirvos que non teñades medo a abrir as vosas vidas a Xesucristo, El é o gran amigo que está sempre ao voso lado e que nunca vos traizoará. Esixe con amor, pero xamais vos privará de todo

aquilo que sexa autenticamente humano e bo. Quen se fía de El atopa o auténtico Camiño que o leva a vivir unha existencia en plenitude, unha existencia feliz. Pido para todos “o mellor”, sei que a situación da nosa sociedade é complexa, as perspectivas de futuro parece que se presentan cheas de temores e pesimismo, non obstante, coa confianza posta en Deus pídevos que non perdades a esperanza. Xuntos podemos construír un mundo mellor se nos deixamos gañar o corazón polo Señor. De todos espero que non descoidemos a atención ás institucións de caridade e beneficencia dirixidas pola Diocese; na medida que sexamos xenerosos e saibamos compartir, gañaremos máis en humanidade e en graza.

Invítovos a que volvamos a mirada do noso corazón a Santa María, que ela sexa esa estrela da nova evanxelización á que nos está a convocar a Súa Santidade Bieito dezaseis e á que, dende este momento, vos invito a todos os homes e mulleres desta nobre terra de Ourense.

Que San Martín e Santa María Nai nos axuden a todos. Que Deus vos bendiga! E moitas, moitas grazas por todo o voso cariño e polas vosas oracións!

**ENTRADA EN OURENSE: PARROQUIA DE NOSA SEÑORA DO
DESTERRO DE A CORNA**





VISITA AL MONASTERIO DE SANTA MARÍA LA REAL DE OSEIRA





Fotos en A Corna y Oseira: Miguel Castaño

LLEGADA A OURENSE, SALUDO A AUTORIDADES Y FIELES CONGREGADOS







ORDENACIÓN Y TOMA DE POSESIÓN EN LA CATEDRAL DE OURENSE





















Fotos en Ourense: Felipe Iglesias Mira

LA VOZ DEL PRELADO

**Decreto del Sr. Obispo
confirmando los cargos de la Curia Diocesana y otros organismos**



LEONARDO LEMOS MONTANET
OBISPO DE OURENSE

JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE OURENSE.

Habiendo tomado posesión de la Sede Episcopal de Ourense el sábado once de febrero de dos mil doce, y a fin de que no sufra detrimento el gobierno y la administración espiritual y material de la Diócesis, por el presente, **ad nutum episcopi**, CONFIRMO:

- a. Al Ilmo. Sr. Vicario General y a los demás Vicarios, con todas las facultades, deberes y funciones que venían desempeñando hasta ahora, de acuerdo con el Derecho.
- b. A todos los que ejercen cargos y funciones administrativas y judiciales en la Curia diocesana
- c. A los Delegados Episcopales para los distintos campos de la pastoral diocesana con las mismas facultades, derechos y obligaciones para los que en su día fueron designados.
- d. Al Colegio de Consultores, mientras no sea elegido un nuevo Consejo Presbiteral.

Notifíquese y publíquese.

Dado en Ourense a trece de febrero de dos mil doce.

Leonardo Lemos Montanet
+ *Obispo de Ourense*



Por mandato de su Excia. Rvdma.
El Vicecanciller-Secretario

[Firma manuscrita]

INTERVENCIONES DEL SR. OBISPO

Intervención del Sr. Obispo durante la reunión con la Curia Diocesana 13 de febrero de 2012

Ilmo. Sr. Vicario General,

Ilmos. Sres. Vicarios.

Sres. Delegados Episcopales. Señoras y Señores:

Desde un primer momento, me he planteado tener mi primera reunión con Vds., todos los que desempeñáis alguna ocupación en la Curia Diocesana – sean estas pequeñas o grandes porque ¡todos los trabajos son grandes cuando se hacen para gloria de Dios y bien de los hombres y mujeres de esta Iglesia!. En primer lugar, quisiera agradecerles todo lo que han hecho para que la ordenación episcopal y la toma de posesión del nuevo Obispo hayan salido tan bien y que la atención a los Sres. Obispos y demás invitados fuese tan cuidada y llena de exquisita amabilidad. Todo esto les honra a Vds. y de manera especial a esta Diócesis.

Agradezco de corazón la colaboración que le han prestado a Mons. Quintero Fiuza que, a lo largo de estos dos años de “sede vacante”, como Administrador Apostólico, se encontró arropado y ayudado por todos Vds. haciendo así más llevadero el ejercicio de su ministerio que tuvo que compatibilizar con los trabajos pastorales de su diócesis; a él le somos deudores por tantas cosas buenas y encomendamos su ministerio episcopal en la Iglesia hermana de Tui-Vigo.

Por otra parte ¿Por qué he deseado realizar este primer encuentro con el personal de la Curia? Porque soy consciente de que Vds. lo son “*todo*” para mí. Mi ministerio en esta Iglesia particular de Ourense será efectiva y cordialmente afectiva si Vds. me ayudan. El Directorio de la vida y ministerio del Obispo, me recuerda que apenas tomada posesión de la Diócesis debe el nuevo Obispo conocer la organización y funcionamiento de la Curia, su praxis administrativa, de tal modo que se vaya adecuando a su ritmo con el fin de que se puedan tramitar los asuntos urgentes y buscar soluciones adecuadas a otras gestiones que seguro les preocupan.

Me gustaría que esta Curia constituyese una especie de “familia del Obispo” que me ayudase a dirigir las actividades del gobierno pastoral y la administración material y espiritual de esta Iglesia. Les ruego que todos hagamos nuestros trabajos, como soy consciente de que ya lo estuvieron haciendo a lo largo de estos años, con auténtica

competencia profesional sabiendo que lo que administramos son las cosas de Dios.

Mucho mejor que yo, Vds. saben que, según el Derecho, el Obispo es el que nombra a sus más inmediatos colaboradores y debe hacerlo eligiéndolos de entre los mejores. No me cabe la menor duda de que mis predecesores estuvieron acertados al elegirles a Vd. Como una medida de prudencia pastoral, me propongo, con la ayuda del Señor y de Santa María Nai, contando con la colaboración de todos Vds., proceder a darle la normalidad canónica que esta Iglesia precisa después de dos años de “sede vacante”. Son muchas las cosas que se han realizado a lo largo de esta “serena espera” y os felicito a todos por vuestra fidelidad y en nombre de la Iglesia en Ourense os doy las gracias. Os suplico, una vez más, que recéis por mí para que el Señor me conceda salud y las fuerzas necesarias para que así pueda vivir mis compromisos con esta iglesia ourensana hasta el final; no es otro mi deseo y no son otros mis pensamientos. La Iglesia me ha llamado para este servicio y aquí me tenéis. Cualquier otro pensamiento que afecte a una supuesta *carriera eclesiástica* y a un episcopado de transición está lejos de mi mente y de mi corazón, y les ruego, ya desde ahora que no presten oídos a estos comentarios que, además de ser totalmente gratuitos, son estériles y muy poco eclesiales. Me encuentro entre Vds. muy acogido y arropado. Quiero, con la ayuda del Señor, responder a tanta generosidad con mi entrega y mi servicio pastoral.

De acuerdo con la legislación canónica vigente, al Obispo le compete toda la potestad *ordinaria, propia e inmediata* que se requiere para el ejercicio de su función pastoral en su Diócesis; por consiguiente, en el día de hoy, al finalizar esta intervención confirmaré a todos Vds. en sus respectivos puestos y funciones. Hoy tenemos este encuentro general con todos los que aquí trabajan y, posteriormente, me iré reuniendo y dialogando con todos, bien personalmente, o en pequeños grupos, para hacer más operativa nuestra gestión de servicio al Pueblo de Dios. A lo largo de estos días, mantendré encuentros similares con los miembros del Excmo. Cabildo de la Catedral-Basílica, de los Seminarios, del Instituto Teológico; me gustaría reunirme con todos los sacerdotes, pero no va a ser posible de forma inmediata, lo que sí haré es tener un encuentro con los Sres. Arciprestes.

En la medida de mis posibilidades, mientras esté en la Casa del Obispo, yo procuraré atenderles desde la 9 de la mañana en adelante. Para los sacerdotes estaré disponible a cualquier hora, incluso por la tarde. Algunos de mis colegas me dijeron que era una mala suerte tener mi residencia en las mismas dependencias de la Curia; yo no lo veo así, creo que de este modo podré serles más útil y hacer más pronta mi disponibilidad.

Me gustaría mantenerme en contacto directo con todos, porque Vds. son los ojos a través de los cuales me acerque a los problemas de esta Iglesia...Les ruego con toda mi alma que me ayuden a tener una visión acertada de las cuestiones y, por favor, desearía estar informado de lo que pasa en esta Diócesis; no me gustaría que me ofreciesen una *realidad virtual* inservible que haría estéril mi trabajo como pastor y padre. Conocen muy bien todo este organigrama, mucho mejor que yo. Son sabedores de los problemas de esta Iglesia, de sus necesidades; saben cuáles pudieran ser las medidas más oportunas y las soluciones que estiman más oportunas y acertadas. Sabemos bien que no dependen de la genialidad de un Obispo nuevo, o de su intuición resolutive, todos estamos implicados en la solución de los problemas porque tras ellos hay personas concretas, y esas personas con rostro, son a las que el Señor quiere que les ayudemos y sirvamos como la Iglesia nos pide que lo hagamos.

En el Directorio, al que me refería antes, me recuerda que el Obispo debe caminar juntamente con su pueblo e ir delante, indicando con la palabra y el testimonio de vida el camino a recorrer. Debe buscar la gloria de Dios y el bien de las personas que se le han encomendado. Como saben, vivimos inmersos en una sociedad secularizada, los signos de lo religioso molestan o desaparecen. Este Directorio me recuerda que el Obispo “*será ejemplo vistiendo fielmente y con dignidad la sotana (con ribetes o simplemente negra) o, en circunstancias, al menos el clergyman con cuello romano*”¹; los fieles desean ver a su Obispo, yo sé que no me pertenezco, no sería coherente vestirme de obispo para recibir a los poderosos de este mundo y a los fieles sencillos de los pueblos y aldeas más pequeñas de esta Diócesis atenderles de cualquier otra forma. Cuando en la sociedad civil democrática se reclaman y potencian ciertos ritos y símbolos, now podemos perder aquellos que son una expresión icónica de una realidad más profunda de la que no somos dueños sino deudores. Tanto los sacerdotes como los religiosos y religiosas tenemos que saber descubrir que con nuestro tenor de vida, incluso con nuestra presencia, tenemos que ser signos de esa otra realidad.

Les ruego que me ayuden a estar muy pendiente de los sacerdotes. En mi trabajo diario, ellos deben ser los primeros. Infórmenme de su salud, de su situación vital, de sus enfermedades, de los problemas familiares que puedan experimentar, incluso de sus cumpleaños y santos...soy consciente de que si cuido de los sacerdotes, la Diócesis funcionará bien. El Obispo debiera de conocerlos a todos, no solo a los de siempre, ni a los más cercanos.

1 *Apostolorum Successores. Directorio para el ministerio y vida de los obispos*, nº 80.

Desde que se hizo público mi nombramiento para esta Sede, han sido muchas las personas que me enviaron sus opiniones acerca de la Diócesis; algunas, tengo que decirlo, han sido verdaderos alegatos que lo único que hacían era presentar un memorial de agravios y, en ocasiones, descalificaban a personas concretas con falta de caridad. Reconozco que han sido como desahogos y como tal los tengo, sin guardar en mi corazón ni la más mínima reserva. Mis queridos amigos, la Iglesia, como Madre y Maestra, no debe funcionar con criterios humanos de “haber” y “debe”; sabemos bien que tratamos con personas concretas y ante todo está siempre presente la caridad pastoral. Ayudadme a crecer en comprensión y que tenga un corazón acogedor, pero rogad a Dios que sepa ayudar a todos a vivir de acuerdo con la voluntad del Señor expresada y vivida en la Iglesia.

A partir de este momento, desearía que comenzáramos a dar los pasos oportunos para renovar el **Consejo Presbiteral de la Diócesis** ya que según los datos que figuran en la Guía Diocesana de 2008, fue constituido el día 28 de diciembre de 2007 y debe ser renovado de cuatro en cuatro años y más después de una larga sede vacante. Con la finalidad de que me ayude en el gobierno pastoral de la Diócesis prorrogo el actual Consejo de Consultores. Desearía que se iniciase el proceso para la constitución del **Consejo de Pastoral Diocesana**; es muy importante que el obispo *accepte de buen grado el parecer de los laicos*². Es necesario evitar el exceso de clericalización de nuestros organismos de consejo y ayuda en el gobierno pastoral. No sé si ya existen estatutos propios elaborados en esta Diócesis para que regulen la actividad de este consejo. Convendría elaborarlos y estudiar bien los requisitos necesarios para pertenecer a este consejo. Con respecto a los fieles laicos que pueden pertenecer a este consejo, el CIC 512 afirma que *deben designarse solo fieles que destaquen por su fe, buenas costumbres y prudencia*.

Otro de los temas que quisiera plantearles es la preparación del **Año de la Fe**. Es una tarea que tenemos delante de nosotros. Me he dedicado a tareas de docencia tanto en el ámbito universitario, como en estos diez últimos años, en los niveles de Secundaria y Bachillerato; además fui director, en estos seis últimos cursos de un *Instituto Superior de Ciencias Religiosas* en donde, teóricamente, se forman aquellas personas que se van a dedicar a la formación religiosa de niños y jóvenes. Sinceramente, ha sido motivo de creciente preocupación. Necesitamos apostar por la educación y la formación intelectual en la Fe cristiana católica. Sé que la labor catequética en esta diócesis funciona bien. Sin embargo, tenemos que llegar a más. En este ámbito de la formación y de la educación debemos apostar por las nuevas tecnologías. La gran mayoría de nuestros niños y jóvenes

2 Op. cit., nº 184.

están enganchados, diariamente, durante muchas horas a sus mp4, su ordenador personal, su iPhone, su iPad...este es uno de los caminos que debemos tener en cuenta, y no de poca importancia, para hacer llegar el mensaje de Jesucristo. Desearía que se estudiara este asunto con profundidad y, D. m., convocaré una reunión en la que intervengan los Delegados de Enseñanza, Catequesis, Medios de Comunicación y Oficina de Prensa del Obispado. Por otra parte, la **celebración de los cincuenta años del Concilio Vaticano II** debemos prepararla bien y apostar por un ciclo de dinamización del conocimiento del Concilio que, dirigido por el Instituto Teológico de nuestra Diócesis, se pudiera llevar de forma cíclica a los diferentes núcleos de población. Necesitaremos motivar al Clero para que colabore en este cometido que, de facto, puede ser una especie de misión popular. Para coordinar todo esta actividad, que tan importante es en la misión de nuestra Iglesia en el mundo de hoy estoy pensando en la posibilidad de la creación de una **Vicaria de Enseñanza y Catequesis**, con varias delegaciones dependientes de la misma. Una vez que se madure esta propuesta se procederá al nombramiento de un vicario episcopal.

En el organigrama de la Guía Diocesana, hay una **Delegación para la Causa de los Santos**. Sentí una especial alegría por este hecho, no frecuente en las Guías diocesanas. Todo lo que nosotros hacemos desde aquí, aunque solo sea cursar papeles, atender llamadas telefónicas o responder e-mails...todo tiene por objetivo final lograr la plenitud de nuestro Pueblo y, por consiguiente, la santidad. Ourense es una de las diócesis gallegas que tiene más santos en el martirologio romano. Desearía que se potenciase los procesos de canonización y beatificación de algunos de los hijos y pastores de esta Iglesia, en especial de Mons. Francisco Blanco Nájera, que tomó posesión de esta misma sede un 11 de febrero, hace sesenta y siete años; la canonización del Beato Aparicio, etc. y estudiar la vida de otros testigos más reciente que sirvan de modelo a nuestro pueblo.

Mis queridos amigos/as. Me alegra mucho ver caras jóvenes y de mujeres en nuestra Curia diocesana. No es frecuente ver una representación tan efectiva de seglares y, también de mujeres. Espero que esa intuición, así como la fina inteligencia que os caracteriza a todas vosotras, me puedan ayudar a ejercer mejor mi ministerio en esta Iglesia.

Por último, les ruego que ninguno de Vds. se sienta en situación de provisionalidad, siempre son malas esas situaciones. El Señor y su Iglesia han puesto en nuestras manos un tesoro que no nos pertenece, debemos trabajar con el convencimiento de que somos *siervos inútiles* reciente, que lo que tenemos que hacer, eso hacemos, aunque a veces nos quedemos cortos. Estoy convencido de

que todos Vds. buscan el bien de nuestro Pueblo, que como peregrino fascinado por ese Absoluto que nos cubre con su amor misericordioso, busca en nosotros no simples funcionarios, sino testigos vivos de ese Amor que no se deja ganar en generosidad. Aprendamos de Él que es el único Maestro que no falla y nos concederá el *ciento por uno y la vida eterna*.

+ Leonardo
Bispo de Ourense

***Reunión con el Excmo. Cabildo de la Catedral-Basílica de San Martín
17 de febrero de 2012***

Ilmo. Sr. Deán y Muy Ilustres Sres. Capitulares:

Es para mí un gran honor encontrarme con Vds. para trasmitirles mí más sincero agradecimiento por la organización de la solemne celebración Eucarística de mi ordenación episcopal y la inauguración de mi ministerio episcopal en esta antiquísima sede ourensana. En especial, quisiera agradecerle al Prefecto de Ceremonias y a sus colaboradores por la perfección litúrgica de las ceremonias que ha sido una verdadera catequesis para el clero y para los seglares.

En estos primeros días, he procurado mantener un primer contacto con mis más estrechos colaboradores de la Curia diocesana, con los dos Seminarios y con otros grupos de fieles y religiosos, así como con varios institutos de monjas de clausura. Asimismo, en nombre de esta diócesis y de los organizadores de los eventos de los últimos días, visité y agradecí, personalmente, la colaboración prestada por las autoridades civiles y militares en la logística del mencionado evento de mi ordenación; visitas que continuaré a lo largo de la semana próxima. Sin embargo, quisiera decirles que desde el primer momento he deseado tener este encuentro con este Cabildo de la Catedral-Basílica pero no ha sido posible al no poder concretar nuestras agendas.

Sabemos bien que una de las funciones del Obispo es la de “santificar”, por consiguiente, él debe ser responsable del culto divino. Esta realidad tiene su máxima expresión en la celebración de la Eucaristía junto con los presbíteros y con el pueblo a él encomendado. El lugar más importante para esta celebración

es, sin ninguna duda, la Catedral, en ella, se expresa de forma viva y elocuente la unidad de la Iglesia particular que él preside. Esta Catedral-Basílica es signo del magisterio y de la potestad del Obispo como Pastor de la Diócesis. Por este motivo, el Obispo debe preocuparse de que las celebraciones litúrgicas de la Catedral se desarrollen con decoro y con solemnidad, sin descuidar el aspecto catequético, ya que una celebración dignamente celebrada es una expresión icónica, plástica, de la fe que vivimos. El Obispo, al no poder hacerse presente de forma constante en la Iglesia Madre de la diócesis, lo hace a través de los canónigos, colegio de presbíteros que deberán mantener la solemnidad del culto y los de más actos litúrgicos y sacramentales que el Derecho y el Obispo les encomienda.

Deseo expresarles mi profundo deseo de revitalizar, en la medida en que yo pueda, las celebraciones en esta Catedral. Una de esas maneras es la de presidir la Eucaristía dominical y festiva siempre que me fuese posible y otras tareas pastorales no me lo impidan, además de aquellas que están preceptuadas de acuerdo con la costumbre de este Cabildo. Por otra parte, al estudiar vuestros *Estatutos* he comprobado que a este Cabildo le compete promover el culto...en la Iglesia de Santa María Nai (Art. 4.1) y no solo eso, sino que se contempla el hecho de que los Sres. Capitulares puedan prestar, a requerimiento del Obispo, una labor pastoral en otras iglesias, incluso fuera de la Catedral (Art. 4.2). Me alegro que el Cabildo manifieste en sus Estatutos una sensibilidad especial por las necesidades pastorales de la diócesis, de tal modo que así se puede llevar a cabo una relación dinámica entre el centro – la Catedral-Basílica: donde se encuentra la sede del Obispo diocesano – y la periferia, es decir, las necesidades de la Iglesia diocesana fuera del ámbito de la ciudad. Desearía que, en la medida en la que se lo permitan sus ocupaciones, se mantenga el rezo de las Laudes en los domingos y fiestas de precepto. Y, siempre que sus tareas pastorales se lo permitan, sería de desear que la celebración eucarística de las doce del mediodía de los domingos y días de precepto – presidida por el Obispo – pudiera ser una expresión viva de la unión sacramental, viva y efectiva, entre el Obispo y su presbiterio representado por el Cabildo. Juntos, constituyendo un solo cuerpo – la cabeza y los miembros – seremos un signo vivo de la vitalidad de nuestra Iglesia particular en la que reverbera el misterio fecundo de la Santa Iglesia Católica.

Les ruego que vivan con la mayor ilusión y exigencia espiritual su cometido; que desempeñen las cargas capitulares con la conciencia clara de que todo lo que hagan será siempre para gloria de Dios. Soy consciente de sus dificultades, así como de los problemas que les afecta. No piensen que esta situación es diferente a otras realidades. Pueden tener la certeza de que su Obispo les estará cercano y será muy sensible a las necesidades de esta Iglesia-Basílica de San Martín.

Queridos y estimados Sres. Canónigos de la Catedral, en la atención a las celebraciones litúrgicas que aquí se viven, toda la diócesis, y en cierto sentido, toda la Iglesia, ora a través de sus labios y se hace presente en la alabanza a la Santísima Trinidad. Es una presencia antigua y siempre nueva; a pesar de la falta sacerdotes en activo que cada vez son menos numerosos, su presencia es necesaria para esta Iglesia. Aquella comunidad que no expresa la unidad de su fe y no la celebra solemnemente, desaparece. ¡Tened confianza! nuestros criterios y tiempos no son los de Dios ni los de su Providencia. Él tiene sus planes que se hacen tangibles en nuestra historia concreta; debemos sentirnos eslabones de una cadena de fidelidades. Tantos sacerdotes, con sus obispos respectivos, nos han precedido, tanta santidad de vida nos interpela y nos exige, amorosamente, más entrega. Tanta belleza hecha arte, que se percibe cuando uno entra en este templo por el Pórtico del Paraíso, tanto canto y tanta piedad, como la que resonó en estas naves el pasado día 11 de febrero con motivo de la ordenación episcopal del nuevo Obispo y la toma de posesión de esta sede, que llenó de emoción a muchos fieles aquí reunidos para tal evento - venidos de diferentes lugares de Galicia - son prueba evidente de que este templo es una realidad viva. Podemos estar pasando momentos más o menos críticos desde el punto de vista económico y de recursos humanos, sin embargo, si es evidente que los tiempos son difíciles, no lo es menos que somos deudores de una tradición y de una historia; recuperar la auténtica memoria histórica es siempre necesario, mantenerla es imprescindible y constituye un reto. Sólo desde la perspectiva de la fe tiene sentido lo que estamos haciendo. Es necesario orar y crecer en santidad personal y comunitaria. Les pido que no se consideren como si estuvieran asistiendo al “ocaso” de la vida de una institución multisecular. Cristo, el Crucificado-Resucitado, es el eterno Amanecer, nuestra Luz. Les recomiendo, especialmente, que aúnen sus fuerzas para lograr la recuperación de la Schola Cantorum de esta Basílica; esfuércense por constituir un equipo de jóvenes acólitos que no solo nos ayuden a solemnizar las acciones litúrgicas de esta Catedral, sino que se pueda constituir un pequeño cenáculo, como un Oratorio al estilo de los creados por San Felipe Neri, con el fin de educar y dar una formación humana y cristiana a niños y jóvenes. Si no se puede personalmente, inténtese buscar a la persona adecuada para tan delicado ministerio. Si en tiempos pasados ha sido posible, puede serlo también ahora. De ahí pueden surgir vocaciones para nuestros seminarios.

A los Sres. Capítulos enfermos, ancianos o eméritos les ruego que se sientan muy activos y operativos, mediante el dinamismo de la gracia que como esa energía divina hace nuevas todas las cosas. A ellos se les invita a que participen en las diferentes actividades de esta Basílica. Sólo nos puede jubilar definitivamente la muerte, y ni siquiera ella, porque para los que luchamos por vivir nuestra fe en

el Resucitado, ésta es la puerta a la Vida. Les ruego a todos que me ayuden en esta tarea, intentémoslo, y no nos olvidemos de que los fracasos nos santifican, las omisiones no, nos frustran y empequeñecen de tal modo que nos encierra en nuestro mundo y así se llega a perder el horizonte de la esperanza. La esperanza es la alegría de la fe, cuando ésta se pierde, nuestra vida, sean muchos o pocos nuestros años, se convierte en una triste realidad que, además de hundirnos en nuestras tristezas, nos hace infecundos.

Que San Martín y Santa María Nai nos ayuden y nos alienten en este camino de esperanza.

Mensaje para la Cuaresma 2012: OMNIA IN CARITATE

Al inicio de este tiempo de Cuaresma, quisiera acercarme a todos los hombres y mujeres de esta Iglesia en Ourense y haceros llegar esta reflexión para ayudaros a vivir este tiempo de gracia. Quisiera centrar mi reflexión en el lema de ministerio episcopal que ya fue comentado a lo largo de estos últimos días y sobre el que se hicieron algunas interpretaciones e incluso se le ha puesto música. Para muchos, el pensamiento paulino que se encuentra en su trasfondo nos lo traduce: cuanto hagáis, hacedlo con amor (I Cor. 16,14). Esta caridad, en griego ágape, que entendemos como amor de donación que es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Todo amor auténtico es una entrega sin esperar nada a cambio. La cuaresma solo tiene sentido en cuanto que nos prepara a la Pascua del Crucificado-Resucitado que es la expresión suprema de un Amor grande y misericordioso, el Amor de Dios-Padre.

Cuando nuestra vida creyente está transida por este dinamismo vital del amor, entonces surge, necesariamente, la respuesta por nuestra parte a ese gran Amor que pasa y se entrega en el misterio de la cruz. Pero ¿cómo podemos responder adecuadamente? Esta interrogante nos enfrenta a la auténtica clave interpretativa de nuestra praxis cuaresmal. Ante ese dechado del Amor de Dios, somos conscientes de que en nuestras vidas hay mucho que rectificar, pedir perdón, purificar, retomar el camino, cambiar el sentido de nuestra existencia (metanoia). Para vivir esta compleja realidad surgió en la Iglesia la praxis del ayuno, de la abstinencia y todo esto avocado siempre, no a nosotros mismos – como

si solo fuese un puro planteamiento dietético, como hacen algunos de nuestros contemporáneos para mantener una figura esbelta -, sino “al otro” que es nuestro prójimo, de manera especial al más cercano y necesidad de nuestro amor.

Las prácticas ascéticas vividas por la Iglesia desde tiempo inmemorial, intensificadas durante la cuaresma, pero que podemos vivir con más o menos intensidad de forma cotidiana, tienen como objetivo construir, o mejor, reconstruir un corazón auténticamente cristiano. Al obispo, al sacerdote y al seglar se le pide que sea un “buen cristiano”, de ahí que siempre debemos encontrarnos en proceso de conversión, que es tanto como decir: luchar por identificarnos con Cristo, Maestro y Señor. De este modo, la austeridad de estos días, el ayuno y la abstinencia, junto con la limosna se convierten en diferentes facetas de un proceso que vividas, tanto personal como comunitariamente, nos ayudan a abrir nuestro corazón y así interiorizar mejor la Palabra de Dios que siempre nos interpela, purifica y salva.

En esta cuaresma, a la luz de esta Palabra del Señor, contemplada y vivida en el seno de la comunión de la Católica, Benedicto XVI nos sugiere una costumbre cristiana que ha caído en el olvido y debiéramos de retomar en nuestra vida: la corrección fraterna con vistas a la salvación eterna. Que este objetivo de nuestra cuaresma, vivida en la comunión de esta Iglesia que peregrina en Ourense, nos ayude a sentirnos responsables de la santidad de “los otros” en donde se manifiesta con exigente realismo el rostro de Cristo. Si queremos una Iglesia distinta, más auténtica, vivamos esa “corrección” que es una exigencia de nuestra vocación profética. No basta solo con signos externos, es necesario interiorizar la dinámica del Amor de Dios y eso nos ganará el corazón para las causas grandes del Reino. En estos comienzos de mi ministerio episcopal, os pido un compromiso cuaresmal personal y comunitario: querernos mejor y ayudarnos más para que así, la Iglesia en Ourense, pueda superar unida, lo que desunida nunca conseguirá: ¡ser fiel a Jesucristo! ¡Pongámonos en camino! En camino de conversión y purifiquemos la memoria de nuestra historia pasada. No nos centremos solo en los aspectos negativos de las gestiones realizadas, tras ellas hay, también, mucho bien y, apremiados por el Amor de este Dios que, como caminante desconocido, camina con nosotros llevando sobre sus hombros el misterio de la cruz, signo elocuente del amor del Señor, dejémonos ayudar los unos por los otros para convertirnos en constructores de ese gran proyecto de plenitud y santidad vivido en esta Iglesia.

+ Leonardo
Bispo de Ourense

HOMILIAS

Miércoles de ceniza
22 de febrero de 2012

Excmo. Cabildo de esta Catedral-Basilica de San Martín, queridos sacerdotes concelebrantes, Religiosos, Miembros de Vida Consagrada.

Quisiera saludar a los Ilmos. Sres. Rectores de los Seminarios Mayor y Menor que, acompañados por los seminaristas, os habéis sumado a esta Santa Eucaristía presidida por el Obispo en esta Iglesia Madre de la Diócesis. Podríais haberlo hecho en la capilla de Seminario o tal vez en vuestras parroquias pero os habéis acercado a esta Catedral de San Martín para vivirla en torno al Pastor que os preside en la caridad en esta Iglesia Particular de Ourense, de donde arranca toda la actividad cúlrica que se vive en esta Diócesis.

Hermanas y Hermanos míos en el Señor.

Ahora convertíos a mi de todo corazón con ayuno, con llanto, con luto... Rasgad los corazones y no las vestiduras; convertíos al Señor, vuestro Dios (*Joel 2, 12-18*).

Con estas palabras del profeta Joel la liturgia de la Iglesia nos invita a preparar nuestros corazones y así poder celebrar con gozo la fiesta de la Pascua; porque la Cuaresma, tiempo litúrgico en el que entramos a través de esta celebración, no tiene sentido en sí mismo, sino que lo tiene en cuanto

que nos ayuda a prepararnos a las fiestas de Pascua, acontecimiento que constituye el punto central del Misterio Cristiano. Para hacerlo bien se nos pide que nos metamos dentro de la dinámica de la conversión. Bien es cierto que esta actividad de cambio interior, de transformación no solo se reduce a un momento del Año litúrgico, sino que es una tarea que se extiende a lo largo de toda la vida. Siempre debemos estar en esta actitud de conversión.

Al contemplar el texto profético proclamado en esta liturgia, quisiera detenerme en este pensamiento que nos ofrece Joel: Entre el atrio y el altar lloren los sacerdotes, ministros del Señor, y digan: "Perdona, Señor, a tu pueblo". Si este cambio es una invitación a todos, no es menos cierto que el sacerdote y el obispo están llamados especialmente a acoger esta invitación y hacerla carne de su propia experiencia vital para poder hacer eficaz su misión de "pontífices", es decir, de puentes entre Dios y el Pueblo, entre los hermanos y Dios. En ese sentido, se entiende el texto de Pablo a la comunidad de Corinto: Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios (*II Cor. 5, 20*).

La grandeza y, al mismo tiempo, la seriedad de este ministerio se encuentran en estas palabras: es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio. ¡Qué gran responsabilidad! El sacerdote en la

Iglesia actúa en la persona y en el nombre de Cristo, de ahí que se nos recuerde, vivamente, que el sacerdote debe ser un espejo y una luz en la cual se han de mirar los del pueblo, y, viéndola, conozcan las tinieblas en las que ellos andan. Así nos lo recuerda San Juan de Ávila, al que haremos alusión con frecuencia en este año. A través del sacerdote, nos exhorta el mismo Dios. De ahí que el mensaje debe ser meditado y vivido, en primer lugar, por el sacerdote para hacérselo llegar al Pueblo de Dios, no de forma teórica, sino práctica. No nos olvidemos que en la sociedad actual se necesitan más los testigos vivos de Cristo, que los simple proclamadores de su mensaje. Sobran palabras y faltan testimonios elocuentes de la presencia de Dios. En esta tarea de la nueva evangelización de la vieja Europa, y para nosotros, de esta ciudad y de esta tierra ourensana, la clave de esta regeneración se encuentra en nosotros: los sacerdotes, los religiosos y religiosas. De ahí que, en mi Carta de Cuaresma, os decía que: A la luz de la Palabra del Señor, contemplada y vivida en el seno de la comunión de la Iglesia, Benedicto XVI nos sugiere una costumbre cristiana que ha caído en el olvido y debiéramos de retomar en nuestra vida: la corrección fraterna con vistas a la salvación eterna. Que este objetivo de nuestra cuaresma, vivida en la comunión de esta Iglesia que peregrina en Ourense, nos ayude a sentirnos responsables de la santidad de “los otros” en donde se manifiesta con exigente realismo el rostro de Cristo. Si queremos una Iglesia distinta, más auténtica, vivamos esa “corrección” que es

una exigencia de nuestra vocación profética. No basta solo con signos externos, es necesario interiorizar la dinámica del Amor de Dios y eso nos ganará el corazón para las causas grandes del Reino. En estos comienzos de mi ministerio episcopal os pido un compromiso cuaresmal personal y comunitario: querernos mejor y ayudarnos más para que así, la Iglesia en Ourense, pueda superar unida, lo que desunida nunca conseguirá: ¡ser fiel a Jesucristo! ¡Pongámonos en camino! En camino de conversión y purifiquemos la memoria de nuestra historia pasada. No nos centremos solo en los aspectos negativos de las gestiones realizadas, tras ellas hay, también, mucho bien y, apremiados por el Amor de este Dios que, como caminante desconocido, camina con nosotros llevando sobre sus hombros el misterio de la cruz, signo elocuente del amor del Señor. Dejémonos ayudar los unos por los otros para convertirnos en constructores de ese gran proyecto de plenitud y santidad vivido en esta Iglesia.

Cómo pudiéramos lograr esta meta-noia cuaresmal, esta conversión; es decir, cómo podemos ser objeto de este cambio. Una de las propuestas – como acabamos de ver - nos la hace el Papa: vivir la corrección fraterna. Para corregirnos, tenemos que querernos, y de manera especial, tenemos que querer la santidad personal de nuestros hermanos. Y para poder centrarnos más en los otros y no en nosotros mismos, acojamos con el corazón abierto lo que nos dice el Evangelio que acaba de ser proclamando:

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos.

A todos se nos invita a tomar en serio la práctica de esta justicia dikaoisine, este término utilizado también por los pensadores griegos, en el mundo cristiano no solo significa justicia, sino que va mucho más allá de ese concepto, es algo así como vivir en estado de gracia; es decir, vivir en serio esa llamada a la santidad que es una exigencia que arranca de nuestro bautismo. Santidad que consiste en luchar cada día un poco, en lo mismo de todos los días, y seguir luchando siempre – con renovada ilusión –, aunque se tropiece y caiga; lo que importa es luchar con la certeza de que nunca nos faltará la gracia de Dios. En esta tarea, la Iglesia, al inicio de este tiempo nos recuerda cómo podemos vencer en esta lucha cotidiana. El Evangelio de Mateo (*Mt.* 6, 1-6. 16-18) de una forma gradual nos lo dice:

-cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas...tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha...

-cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta que le vea la gente como rezan... entra en tú cuarto – que es tanto como si nos dijera: entra dentro de ti mismo y allí donde te encuentres a solas con tu Dios: reza – cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

-cuando ayunes, (...) perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido...

Si queremos salir de nosotros mismos y descubrir la necesidad de los otros, el consejo que nos ofrece la Iglesia es: limosna, oración y ayuno. Este es el orden en el que nos vienen propuestos.

Los cristianos en la Iglesia debemos preocuparnos de Dios y de sus cosas, por encima de todo; es verdad que muchas veces nos quedamos en las cosas y nos olvidamos del Señor y Dueño de ellas; sin embargo, en este nuevo tiempo litúrgico esa preocupación debería de manifestarse en puntos concretos. No es necesario que busquemos otros horizontes cuando ya nos los ofrece la meditación de la Palabra de este día a través de esas tres realidades que acabamos de subrayar y que, de algún modo, nos ayudan a adentrarnos en el corazón de la vida cristiana que es la Caridad, es decir, Dios mismo. Sin Dios no somos nada, es decir, sin caridad nada somos, ni nada nos aprovecha (*1 Cor.* 13, 23). La certeza de esta realidad la experimentamos en nuestra propia vida y en la de nuestros contemporáneos ¿qué sentido tiene nuestra existencia sin Dios? ¿puede nuestra sociedad contemporánea dar respuesta a todas esas preguntas que llevamos en lo más íntimo de nuestros corazones?...*Omnia in Caritate!* Todo tiene sentido en, con y por ese Dios rico en misericordia, cuya ternura se hace realidad viva en el misterio redentor de Cristo, Hijo único del Padre. Redentor

de la humanidad. Hacia la celebración anual de ese misterio nos encaminamos con esperanza y nos preparamos con la praxis cuaresmal de estos días.

A lo largo de este itinerario cuaresmal, iluminados y ayudados por la Palabra del Señor y por los signos de su misericordia, que son los sacramentos, huellas de su presencia en el mundo, iremos descubriendo cómo el Señor nos va transformando y nos va abriendo los ojos ante la realidad que nos rodea: una sociedad con crisis de valores, un paro altísimo, graves dificultades económicas, agresividad e inconformismo en muchos ciudadanos, falta de cooperación a la hora de procurar el bien común, conflictos familiares, marginación, violencia doméstica, individualismos excluyentes, falta de solidaridad, pérdida del auténtico sentido religioso y olvido de Dios. Y no solo eso, sino que la contemplación viva de la Palabra nos ayuda a descubrir la realidad íntima de nuestros corazones y así percibir nuestros pecados y miserias, nuestras claudicaciones e infidelidades. Si solo hiciésemos esto, haríamos mucho, sin embargo, no es suficiente; porque este análisis de la situación de la sociedad y el descubrimiento de nuestra propia vida nos podrían llevar a la desesperanza, y esto no es cristiano. La Cuaresma es un proceso que, si la vivimos bien, nos dará el dinamismo necesario para meternos dentro de la dinámica de la gracia, consiguiendo así una visión sobrenatural sobre toda la existencia y encontrando cauces, a través de los cuales podremos ser instrumentos de evange-

lización en nuestros lugares habituales, porque así nos convertiremos en esos testigos de la esperanza que tanto necesita nuestro mundo.

Os invito a que volvamos nuestra mirada a Santa María Nai, ella es la Virgen fiel que supo estar cerca de Jesús en los momentos más difíciles de su ministerio, estoy seguro de que también lo está hoy con este Pueblo, con sus sacerdotes y con su obispo al inicio de este ejercicio cuaresmal para ayudarnos en este itinerario de transfiguración y de santidad. Que así sea.

Entierro de Sor. María Francisca OSC. Monja clarisa de Allariz. Miércoles de Ceniza, 22 de febrero de 2012

Rvdma. Madre Abadesa y querida Comunidad de Hnas. Clarisas, queridos familiares de la Hna. María Francisca, mis queridos hermanos sacerdotes, hermanas y hermanos míos en el Señor.

Si vivimos, vivimos para el Señor;
si morimos, morimos para el señor;

en la vida y en la muerte somos del Señor. (Rom. 14,8)

Si, en alguna situación de nuestra vida, estas palabras de San Pablo tienen un eco tan existencialmente vivo y actual es, precisamente, en este momento.

¡Somos del Señor! Esta certeza cautivó con su fuerza toda la vida de esta humilde Hermana de Santa Clara, aquella bellísima doncella de la ciudad de Asís, que abandonó todo lo que tenía ¡y era mucho! y escogió a la Hermana pobreza, con mucha alegría en su entrega, por causa de Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando en la tarde del pasado domingo visitaba por primera vez este monasterio de clarisas de Allariz ¡todo era alegría! Entre aquellas monjas se encontraba, llena de una jovial vitalidad – a pesar de sus 89 años - Sor. María Francisca. La conciencia clara, dentro de la sencillez franciscana de esta hermana, de que somos de Jesucristo, no le hizo temer, a lo largo de su vida ni la austeridad, ni el frío, ni pobreza, ni las carencias de los medios de confort frecuentes en nuestra sociedad occidental tan pagada de sí misma y, al mismo tiempo, tan insatisfecha, tan carente de la verdadera alegría que nuestros contemporáneos buscan con frenesí, quizá también nosotros. Lo hemos visto y lo estamos percibiendo a lo largo de estos días. ¡Que necesidad tiene el ser humano de alegría! Sin embargo, ¡qué contraste! Nuestra sociedad se pregunta tantas veces ¿cómo pueden vivir con tanta alegría aquellas que se abrazan a la dama pobreza? Y damos fe que así es. No es más feliz el que mucho tiene, sino aquel que se contenta con lo necesario y no apetece lo que no le conviene. La clave de la alegría es la sencillez y el desprendimiento de las cosas, incluso de uno mismo; desentendiéndose de las cosas superfluas. Mis queridos hermanos y hermanas, sobre

todo los que hemos hecho una opción por el Señor en la Iglesia, bien en el ministerio sacerdotal o en la vida religiosas, no nos olvidemos de que ahí se encuentra una de las soluciones a nuestra vida, tantas veces desencantada y sin sentido; volvamos la mirada a los testigos que el Señor coloca en nuestra historia, a esos cuyos nombres no salen en las páginas de nuestros periódicos, ni en los informativos de nuestros medios. Esos santos en lo ordinario, con los que convivimos y no nos damos cuenta. Si viviéramos inmersos en el sentido último de nuestra vocación, no necesitaríamos entretenernos en cosas epidérmicas o superfluas que tantas veces nos hacen perder el sentido y la orientación a la que nos dirige nuestro compromiso vocacional. Si somos fieles en esos compromisos, seremos testigos creíbles en medio de nuestra sociedad.

Cuando llega la muerte, el ser humano, también el creyente, se siente estremeado ante esta certeza. Sí, sabemos que vendrá, no sabemos ni el cuándo, ni el cómo, ni el donde. A veces caemos en una falsa ilusión al pensar que a nosotros nos queda lejos. Pero no es así, es una realidad cercana, ínsita en nuestra frágil naturaleza, por eso los grandes santos, los amigos de Dios, nos han enseñado a estar siempre atentos y vigilantes. Cuando nos encontramos con el morir de una persona más o menos cercana, se hacen efectivas las palabras que acabamos de escuchar en la proclamación del Evangelio: ¡Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas! (Lc. 12,35)

Al inicio de la Cuaresma, resulta providencial este encuentro litúrgico, con motivo del tránsito a la eternidad de la Hna. María Francisca; la invitación imperativa de la palabra del Señor ¡tened! nos recuerda aquella otra de la Escritura Santa ¡estad atentos y vigilantes! ...el Señor viene, se acerca, está aquí. El hecho de la muerte de los otros se convierte para todos en una realidad propedéutica, es como un entrenamiento a lo divino en la escuela del divino servicio; es decir, en el seguimiento del Señor ¡somos del Señor! El morir, que le confiere a nuestra existencia un valor radical y una exigencia vivida en lo cotidiano, es también una realidad que siempre viene acompañada por su dramatismo, en algunos casos es una realidad desgarradora, sobre todo, cuando nos sorprende la muerte de un niño, o de un joven. El mismo sacerdote, al encontrarse en esas situaciones tan difíciles, poco tiene que decir; la pastoral de la Iglesia nos invita a recogernos en el silencio elocuente de la oración y ayudar a las personas del entorno con nuestra presencia. ¡Qué difícil resulta, entonces, hacerles descubrir, que el Buen Dios no ha querido ni quiere la muerte!. Esta realidad constante que nos afecta directa o indirectamente tiene que ayudarnos a descubrir a todos que no somos eternos, ¡no somos dioses!. Acordaos de aquellas palabras de la Escritura: De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal (*Gen. 3, 4-6*).

Es el grito sugestivo, y a la vez desgarrador del Enemigo, invitando al hombre a que se rebele contra Dios. Esa gran rebelión es el pecado que los Padres y la Tradición de la Iglesia denominan pecado mortal, cuyo fundamento se encuentra en la soberbia humana. La ruptura con Dios, es consecuencia de la soberbia que pretende hacernos y creernos como Dios, ¡es la rebelión de la criatura contra su ser y su verdad! el pecado de creernos dioses ha introducido en el plan del Dios misericordioso el hecho de la muerte. ¡El pecado es causa de la muerte!. De ahí que nosotros al reunirnos en torno al altar de la Palabra y del Sacrificio, proclamamos la muerte y resurrección de Jesucristo, y como consecuencia de esta realidad esperamos la victoria definitiva sobre la muerte, sobre la muerte eterna.

Al celebrar la Eucaristía en la comunión de este misterio de fe y amor que es la Iglesia, estamos abriendo una puerta a la esperanza y con Ella decimos: Creo que mi Redentor vive y que, al final, me alzaré del polvo; después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán (*Job. 19, 25-27*).

Mis queridas Hermanas Clarisas: En las palabras que os dirigía después de la lectura breve de las II Vísperas del Domingo, os decía que sobre el dintel de la puerta que da acceso al coro alto hay unas palabras que os recuerdan cuál es la clave del ser humano sobre este

mundo finito que pasa: Haec est domus Dei et porta coeli! Esta es la Casa de Dios y la puerta del cielo. Sólo a través de la fe, de la fe vivida muchas veces a través de esa “noche oscura” que nos hace entrar, tantas veces por la espesura del padecer, podemos gustar de antemano el gozo y la luz de esos cielos nuevos y de esa tierra nueva, fin de nuestro caminar como peregrinos fascinados por el Absoluto, por el Dios misericordioso, cuyo rostro deseamos ver y buscamos cotidianamente ¡Tu rostro buscaré Señor, no me escondas Tú rostro; ¡Cuántas veces, nuestra Hna María Francisca habrá repetido este verso de los salmos. Y ¡cuántas veces el Señor le habrá sonreído mostrándole su rostro en las hermanas, en su vida pobre y austera, generosa, entregada, alegre y sencilla, la vida propia de una mujer que se ha dejado fascinar por una existencia vivida al estilo de Clara de Asís y de aquel juglar de Dios que fue San Francisco, que al final de su *Cántico a las criaturas* nos dijo:

*Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar.*

*Ay de aquellos que mueran
en pecado mortal.*

*Bienaventurados a los que encontrará
en tu santísima voluntad
porque la muerte segunda no les hará mal.*

*Alaben y bendigan a mi Señor
y denle gracias y sírvanle con gran humildad.*

Creo que podemos estar seguros de que a Sor María de San Francisco no la sorprendió la muerte. La víspera de su tránsito se había acercado a la confesión sacramental, como tenía costumbre. Sabía por experiencia propia, una experiencia acrisolada por sus años de lucha por ser fiel en este monasterio de clarisas, que en nuestras vidas debemos abrir constantemente las puertas de nuestra existencia de criaturas al misterio de esa energía profunda y misteriosa de la gracia que lo transforma todo y prepararnos así para vivir bien la Cuaresma. Podemos decir que ella ha pasado de su vida ordinaria, viviendo con sencillez su pasión por Dios en lo cotidiano, a la Pascua definitiva. Eso pensamos, eso queremos creer, y eso es para nosotros un deseo que brota de nuestro corazón agradecido porque durante tantos años esta Hermana ha sido un testigo fiel, que con la elocuencia de su vida sencilla y entregada en el silencio y en la pobreza de este monasterio ha sabido ser uno de esos cimientos que como, sombra silenciosa, ha dado fecundidad a esta Iglesia que peregrina en Ourense.

A la Madre Inmaculada, cuya medalla llevó sobre su pecho a lo largo de toda su vida religiosa, la encomendamos. Pedimos que la Madre del Dulce Nombre, María la socorra y en ella se cumpla aquello que pedimos en esa oración tan antigua: Acuérdate, Oh Virgen, Madre de Dios, cuando estés ante la presencia del Señor, de decirle cosas buenas de nosotros. Amén.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

FEBRERO

- Día 12: A las 12 h, celebra, en la S.I. Catedral, la Santa Misa.
- Día 13: Por la mañana reunión con la Curia diocesana en el Salón Padre Feijóo. Por la tarde visita a los superiores y seminaristas del Seminario Mayor.
- Día 14: Por la tarde visita a los superiores y seminaristas del Seminario Menor.
- Día 15: Por la mañana visita a las instalaciones del periódico local, La Región, y a las instalaciones de Telemiño. A las 19,30 h preside las Vísperas y la Santa Misa, en el monasterio de San José de las HH. Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés – Ourense.
- Día 16: Visitó al Subdelegado del Gobierno en Ourense D. Roberto Castro, al Subdelegado de Defensa D. Ramón Rey Vich y al Delgado territorial de la Xunta de Galicia D. Rogelio Martínez
- Día 17: A las 19 h. reunión con el Excmo. Cabildo en la S. I. Catedral.
- Día 19: A las 12 h, celebra, en la S.I. Catedral, la Santa Misa. Por la tarde visitó el Real Monasterio de Santa Clara en Allariz, de las HH. Clarisas.
- Día 22: A primera hora de la mañana visitó al Excmo. Sr. Alcalde de Ourense D. Francisco Rodríguez. Este mismo día celebró el funeral de la Hna. María Francisca en el monasterio de las Clarisas de Allariz. Por la tarde presidió la Santa Misa de miércoles de ceniza, con la imposición de la ceniza, en la S.I. Catedral.
- Día 23: Durante la mañana acudió a la Diputación Provincial a entrevistarse con el Sr. Presidente de la misma, D. Manuel Baltar. Por la tarde celebró su primera reunión con el Consejo Episcopal.
- Día 24: A las 19 h. celebró la Eucaristía en la parroquia de Santiago de las Caldas, para los voluntarios que, el día de su ordenación, estuvieron a cargo del servicio del orden en la S. I. Catedral, para agradecerles su cooperación y buen hacer.
- Día 26: A las 12 h, celebra, en la S.I. Catedral, la Santa Misa.
- Día 28: Reunión en el Seminario Mayor con los Arciprestes y Delegados Episcopales.



IGLESIA DIOCESANA

VICARÍA JUDICIAL

TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO
De la
DIOCESIS DE OURENSE

EDICTO

**EL ILMO. SR. VICARIO JUDICIAL DEL OBISPADO DE OURENSE,
DON TOMÁS COUGIL GIL,**

HACE SABER: Que en el Tribunal Eclesiástico de esta Diócesis se tramita causa de nulidad de matrimonio 8/2011, en la que es parte actora Dn. ANTONIO ROS RUIZ y demandada la esposa, Dña. MARÍA JOSÉ PISSARRO PEREIRO.

Se ha citado, (c. 1507 § 1) a la esposa al domicilio que figura en el escrito de demanda, mediante exhorto al Tribunal Metropolitano de Madrid.

El Tribunal exhortado en escrito de fecha 18 de Febrero de 2012, devuelve el exhorto “dado que la esposa-demandada no ha comparecido ante nuestro Tribunal, habiendo sido citada por dos veces.” En la citación figura “caducado”.

Por ello citamos a través del Boletín Oficial de la Diócesis a Dña. MARÍA JOSÉ PISSARRO PEREIRO, para que en el plazo de un mes, se persone en este Tribunal para contestar a la demanda y manifestar su actitud procesal.

Dado en Ourense a veintitrés de Febrero de dos mil doce.

EL VICARIO JUDICIAL,



Notario-Actuario,

SEMINARIO MAYOR DEL DIVINO MAESTRO E INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”

Fiesta de Santo Tomás de Aquino

Homilía para la Fiesta de Santo Tomás de Aquino. D. José Ramón Hernández Figueiredo, Profesor de Latín e Historia Eclesiástica

Cuando el beato Juan Pablo II nos invitaba en la carta apostólica *Novo millennio ineunte* a caminar desde Cristo, nos decía que, conscientes de la presencia del Resucitado entre nosotros y desde la óptica de la nueva evangelización, debemos formularnos hoy, en los comienzos del tercer milenio, la misma pregunta que le dirigieron a Pedro después del discurso de Pentecostés: “¿qué hemos de hacer, hermanos?” (*Hcb* 2, 37).

Desde el comienzo de esta homilía, quiero decir que la pastoral de la santidad no se lleva a cabo con fórmulas o con estrategias del tipo que fuere, sino desde una Persona a quien hemos de dejar que ocupe nuestra vida y nos dé las certezas que infunde su presencia. Es verdad que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, con capacidad para adaptarse a los ritmos de cada persona.

El Papa Juan Pablo II nos decía que “no se trata de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y por la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz”.

En este sentido, es bueno y oportuno recordar que el Bautismo que un día recibimos fue una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu. Ya el Concilio Vaticano II, en la Constitución *Lumen Gentium*, en su capítulo V, afirmaba la vocación universal a la santidad: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” (*LG* 40b).

Esta acogida de la vocación a la santidad debe llevarnos a hacer que vibren

en nuestro corazón aquellas palabras de San Gregorio Nacianceno: “Antes purificarse, después purificar; antes dejarse instruir por la sabiduría, después instruir; convertirse primero en luz y después iluminar; primero acercarse a Dios y después conducir los otros a Él; primero ser santos y después santificar” (PG 35, 479).

Pues bien, seguro que Santo Tomás de Aquino conoció en su intimidad la verdad de esta afirmación del santo padre oriundo de la antigua Anatolia, hoy la región de la Capadocia. A la luz de tales palabras, se debe restablecer la primacía del ser sobre el hacer y, más aún, la primacía de la gracia, que en la visión cristiana de la vida es principio esencial para la vivencia de la santidad. Así, santo es aquél que – en el ámbito de sus limitadas pero irrepetibles características, cualidades y circunstancias personales y en el marco de su vocación – se abre y corresponde a la gracia que se le ha otorgado y, conformándose con Cristo, vive plenamente y permite que Cristo viva en él la forma de vida determinada que se le ha dado.

Hay una máxima de Santo Tomás de Aquino que dice: “lo que se recibe se recibe al modo del recipiente”. Por eso, ateniéndome a mi formación histórica y mayor sensibilidad por los eventos acaecidos en épocas pretéritas y al justo valor que ha de ocupar la memoria del pasado en la ilustración de los hombres, les interpelo a recordar algunos aspectos biográficos del

Doctor Angélico, que tantas veces se dan por supuesto y se ignoran, y que seguro ayudarán a sacar provecho para todos, especialmente para los más jóvenes seminaristas, al ceñirnos más al testimonio de la vida del santo, que a la reflexión abstracta de los densos escritos tomistas.

Santo Tomás fue un hombre grande, pesado como un toro hasta el punto de recibir el apodo del “buey mudo”, gordo, lento, tranquilo; muy moderado y magnánimo pero no muy sociable; tímido incluso más allá de la humildad de la santidad; y abstraído, incluso más allá de sus ocasionales y cuidadosamente reservadas experiencias de trances y éxtasis. El hecho destacado acerca de Santo Tomás es que amaba los libros y vivió de libros, hasta el punto de que como decía Chesterton hubiera preferido poseer cien libros de Aristóteles y su filosofía antes que cualquier tesoro que el mundo le ofreciera. Y es que Santo Tomás dedicó su vida a documentar sistemas enteros de literatura pagana y cristiana, y ocasionalmente a escribir algún himno litúrgico como quien se toma unas vacaciones de tanto trabajo sistemático. Estudió la literatura de hasta los adversarios del cristianismo con mucha más atención e imparcialidad de lo que era costumbre en su época.

Su persona provenía de la alta nobleza napolitana, estando emparentado con la púrpura del Sacro Imperio Romano Germánico, por la figura del

emperador Federico II, en cuyo estado habría podido gozar del ocio, y sin embargo no dejó de ser una de esas personas cuyo trabajo tiene algo de la placidez del ocio. Fue un arduo trabajador, pero nadie hubiera podido confundirlo con el acaparador agresivo de puestos. Había algo indefinible en él, algo que es típico de todas las personas que trabajan pero que no necesitan trabajar. Así en su persona se expresaba su origen noble solo en sus componentes amigables, en su natural cortesía y paciencia. Y es que todo santo es un hombre antes de ser un santo.

Viajó mucho; no solo fue bien conocido en París y en las universidades alemanas sino que, casi con certeza, visitó Oxford y Londres. Su lugar de nacimiento está cerca de Nápoles, en Rocca Secca, al lado de Aquino. Se trata de un gran peñasco o risco, erguido como pilar de los Apeninos, coronado por un castillo que lleva el referido nombre. Se trataba de la aguilera en donde los aguiluchos de la rama Aquino de la familia imperial aprendían a volar. Aquí vivían sus padres el conde Landolfo de Aquino y Teodora, con sus siete hijos, siendo Tomás el cuarto. Para nada le atraía ninguna actividad que tuviera que ver con la caballería o las armas. Aquel muchacho grande, tranquilo, muy silencioso que apenas habría la boca a no ser para preguntarle a su maestro: “¿Qué es Dios?”. La respuesta no ha quedado registrada en los anales, ya que bien seguro el mismo Tomás trataría de hallar una respuesta adecuada por sí.

Estando así las cosas, el único lugar adecuado para una persona como esta era la Iglesia, y presumiblemente, el claustro. Así fue destinado a la vida religiosa desde su más tierna infancia hasta la edad de los trece años, en que fue educado en el monasterio de Montecassino. Cinco años más estudió en la facultad de las Artes de la universidad de Nápoles. Santo Tomás había deseado ser un monje y las puertas se le abrieron en silencio ante él. Ahora bien, aquel camino fue cubierto, por así decirlo, con toda una alfombra roja que llegaba hasta el trono del abad mitrado, por lo que cambió de parecer, manifestando su deseo de ser fraile. Su ingreso en la orden mendicante de los Predicadores, alternativo a la carrera eclesiástica que lo habría podido convertir en el abad de Montecassino, fue retrasado por el desacuerdo de su familia; incluso sus hermanos le persiguieron por los caminos, casi le arrancan el hábito y finalmente es capturado mientras huía a París con un grupo de frailes, y hecho prisionero durante más de un año en el castillo de los Aquino, en Rocca Secca, como a un loco de atar. Según algunos relatos, la desaprobación de su madre duró poco y ella terminó poniéndose de su lado.

Pero, mientras duró aquel extraño secuestro, tiene lugar un episodio de su cautividad que lo puso fuera de sí y de gran interés tanto desde el punto de vista psicológico como moral, y es que sus hermanos introdujeron en su calabozo o celda a una cortesana notoriamente

sensual con la idea de sorprenderlo con una súbita tentación. Su enojo estuvo justificado porque la ruindad del intento fue aun peor que su bajeza. Tomás sabía que sus hermanos sabían que suponían que faltaría a su palabra por una provocación tan infame representaba un insulto para él como caballero, además de atentar a su vocación. Ante aquel hecho, saltó de su silla y tomó un tizón del fuego blandiéndolo como una espada llameante. Por supuesto, la mujer pegó un grito y huyó, que era todo lo que él quería. De seguido, le dio un portazo y luego de trabar la puerta, con una especie de impulso ritual violento, estampó contra la misma el tizón ardiendo, marcándola con una enorme y negra señal de la cruz. Se volvió, arrojó el tizón al fuego y se sentó en su sitial de erudición sedentaria, en su silla de estudio de la filosofía, en su secreto trono de contemplación del que nunca se levantaría.

Ahora bien, este asunto no se quedó reducido al ámbito de una disputa familiar, sino que además se le pidió al Papa una intervención discreta e incluso se le propuso que permitiera a Tomás llevar el hábito dominico y ocupar simultáneamente el puesto de abate en la abadía benedictina. A lo que Santo Tomás respondió que quería ser un dominico en la Orden de los Predicadores y no participar en un baile de disfraces. Tomás de Aquino quería ser un fraile. Fue la única cosa práctica a la que su voluntad se aferró con obstinación inflexible hasta el día de

su muerte. Nunca permitió que nada debilitase la férrea inalterabilidad de esta decisión, ni pudo ser disuadido de su elevada y encumbrada ambición de ocupar el lugar más humilde.

Superadas estas dificultades, su vida se reparte entre el convento y la universidad de París, y los Studia de los dominicos en Italia. San Alberto Magno fue su maestro. Este gran alemán, conocido durante su período de mayor fama como profesor en París, fue durante un tiempo profesor en Colonia. A Alberto lo llamaron Doctor Universal por el alcance de sus estudios científicos pero, en realidad, fue un especialista en las cuestiones más profundas relativas a los seres humanos y a la moral. Se llevó consigo a Tomás de Aquino a Colonia en 1248, y cuatro años después patrocinó su carrera académica en París, considerándolo apto para obtener el doctorado en Teología, a pesar de las resistencias del maestro general y superando también la intervención de Hugo de San Caro. El patrocinio de San Alberto Magno envuelve toda la experiencia de enseñanza de Santo Tomás, de hecho él le sobrevivió y defendió su memoria, en los difíciles años de 1277, cuando la doctrina tomista peligraba al verse acusada de error y de herejía por su relación con el aristotelismo.

Pues bien, allí estaba Tomás, en París. Por aquella época, París era verdaderamente una “aurora boreal”, un amanecer en el Norte. Tenemos que te-

ner presente que las tierras mucho más cercanas a Roma se habían corrompido de paganismo, de pesimismo y de influencias orientales, de las cuales la más respetable era la de Mahoma. También en Francia emergió una construcción esplendorosa que brilla como las lanzas y las espadas: las primeras agujas del gótico. Hoy observamos los grises edificios góticos que debieron ser muy distintos cuando se alzaron, blancos y refulgentes, en los cielos del Norte, parcialmente decorados con oro y brillantes colores; fue un nuevo vuelo en la arquitectura. Se trataba de la nueva París que dejó como legado el rey santo Luis de Francia. Se dice que cuando llegó a París le mostraron desde un monte el esplendor de aquellas incipientes y nuevas agujas arquitectónicas, mientras le decían algo así como: “¡Qué estupendo debe ser poseer todo esto!”. A lo cual Tomás solo murmuró: “Preferiría obtener ese manuscrito de San Juan Crisóstomo que no consigo”.

Entre los estudiantes estaba Tomás, notorio solo por su figura alta y abultada. Se quedaba tan mudo durante los debates que sus compañeros comenzaron a sospechar de su torpeza. Lo llamaron el “buey mudo”, siendo objeto no solo de burla sino también de lástima. Un estudiante bienintencionado le tuvo tanta compasión que trató de ayudarlo hasta que se encontró con un pasaje difícil sobre el que tuvo dudas. Tomás sugirió una posible solución, que resultó ser correcta. El benévolo estudiante se quedó admirándole,

cambiando la tendencia de los extraños rumores que sobre Tomás circulaban. Se ha escrito en verdad que “su amor por la verdad venció a su humildad”, lo cual bien entendido, es absolutamente cierto. El propio Alberto Magno rompió el silencio con su famosa profecía: “lo llamáis buey mudo. Pues os digo que este buey mudo bramará tan fuerte que sus bramidos llenarán el mundo”.

Santo Tomás estaba siempre dispuesto, con su entusiasta humildad, a dar las gracias por todo el pensamiento recibido. Sin embargo, su propio pensamiento estaba adelantado al de San Alberto y al de los otros aristotélicos. La rehabilitación de Aristóteles fue una revolución de gran relevancia para su época. No obstante, tuvo la buena fortuna de guarecerse bajo la sombra del gran y destacado fraile cuya respetabilidad era difícil de poner en duda, el culto y ortodoxo Alberto Magno. En el monasterio de Santiago de París, donde ambos amigos encontraron alojamiento, aparece otro fraile, que también fue su amigo. Se trata de San Buenaventura, el franciscano, que se hizo tan amigo de Santo Tomás, el dominico, que los contemporáneos los compararon con David y Jonatán. San Buenaventura puede ser representado como el padre de todos los místicos, cuyo lema es “saborear y ver”, con quien también compartiría las mismas inquietudes en la búsqueda de la verdad.

Santo Tomás tenía un largo y claro pedigrí. Él mismo está constantemente

haciendo referencia a autoridades anteriores, desde San Agustín a San Anselmo, y de San Anselmo a San Alberto, y muestra deferencia aun cuando difiere. Todos hemos oído hablar de la humildad de los hombres de ciencia, de muchos que fueron muy genuinamente humildes y de algunos que estuvieron muy orgullosos de su humildad. Pues bien, Santo Tomás tuvo la humildad del científico, con la variante especial de la humildad del santo. Cultivó la humildad científica en el sentido más vital y especial de estar dispuesto a ocupar el puesto más humilde para poder estudiar las cosas más humildes. Su aristotelismo simplemente significó que el estudio del hecho más humilde conduciría al estudio de la más alta verdad.

Pero su humildad como santo se aprecia en el prodigioso poder de su simpleza, su obvia bondad y su amor por la verdad. Sus adversarios quedaban como paralizados ante su humildad que era enorme como una montaña. Los demás pensadores de su tiempo jamás perdieron su cierto aire de jactancia. Nadie pudo sentir, ni por un momento, que Tomás de Aquino estaba blasonando. La propia pesadez de la dicción, de la que algunos se quejaban, resultó tremendamente convincente. Podría haber transmitido ingenio además de sabiduría, pero tomaba lo suyo tan en serio que transmitió su sabiduría sin su ingenio. Como santo estaba por lejos más allá de cualquier deseo de distinguirse. Cumplía exactamente

aquel consejo de San Pablo: “consideren superiores a los demás”.

Precisamente porque era humilde defendió la verdad contra la falsedad que nunca es tan falsa como cuando es casi verdadera. Santo Tomás estaba dispuesto a permitir que la verdad fuese abordada por los dos caminos de la fe y la razón, precisamente porque estaba seguro de que había una sola verdad. Resultaba absoluta su confianza en que la verdad no puede contradecirse a sí misma. En la defensa de la misma aparece inmersa toda su persona con gran pasión. El buey mudo estaba ahora mugiendo tal como se ha podido constatar al contemplar su inmensa obra filosófica y teológica. Fue Aquino el que bautizó a Aristóteles, si es que esto se puede decir. Fue un milagro puramente cristiano el que hizo resurgir al gran pagano de entre los muertos. Sea o no cierto que bautizó a Aristóteles, metafóricamente hablando, fue realmente el padrino de Aristóteles, fue su promotor.

Si hay una frase que podría ser tallada en mármol para representar la racionalidad más calmada y resistente, es aquella que ha quedado en la historia como típica de Tomás de Aquino: “No se base en documentos de la fe sino en las razones y en las afirmaciones de los filósofos mismos”. Tomás defendía la verdad en el propio terreno de los que la rebatían con la falsedad y la mentira. Además de Tomás hay que alabar su concisión y densidad a la hora de

exponer la verdad, hasta tal punto que de su persona se ha dicho que sus palabras eran breves aun cuando sus libros fueran largos.

Santo Tomás, al igual que otros frailes y en especial al igual que otros santos, vivió una vida de renuncia y austeridad. Sus ayunos, por ejemplo, están en marcado contraste con el lujo en el que hubiera podido vivir de haberlo elegido así. Fue en extremo reservado en cuanto a su verdadera vida de santidad. Probablemente la revelación más representativa de esta parte de su vida puede hallarse en la exaltada historia del milagro del crucifijo, cuando en el silencio de la iglesia de Santo Domingo en Nápoles, se oyó una voz proveniente del Cristo tallado que le dijo al fraile arrodillado que había escrito bien, y le ofreció la posibilidad de elegir una recompensa de entre todas las cosas del mundo. La cuestión es que, cuando la voz habló de entre los brazos extendidos del Crucificado, para él aquellos brazos estaban en verdad totalmente abiertos y extendidos en un gesto de omnipotente generosidad, siendo este el refulgente trasfondo que le da una fuerza particular y aun una especie de asombro, a la respuesta de Santo Tomás cuando por fin levantó la cabeza y habló con aquella audacia casi blasfema que se amalgama con la humildad de su fe, al responder: “Te elijo solo a Ti”. Decía nuestro santo que él había aprendido más arrodillándose delante del crucifijo que en la lectura de los libros. Su secretario Reginaldo llegó

a afirmar que la admirable ciencia de Santo Tomás provenía más de sus horas pasadas delante del Santísimo que de su ingenio. Este hombre de Dios era un hombre de oración, con gran fervor pedía que Dios le iluminara y le hiciera conocer las verdades que debía explicar al pueblo.

Su aprecio y amor por la eucaristía era excelso. Estando en París, los demás doctores de la Sorbona le presentaron un problema acerca de la naturaleza de la transustanciación del pan y el vino en el Santísimo Sacramento y procedió a escribir como de costumbre, una exposición muy cuidadosa y elaboradamente lúcida de su propia solución. Buscó orientación en la plegaria más prolongada que de costumbre, arrojando su tesis a los pies del crucifijo sobre el altar y la dejó allí, como en espera de juicio. Después se volvió, bajó los escalones del altar y se quedó otra vez absorto en su oración. Se atestigua que la figura de Cristo descendió de la cruz ante sus ojos mortales y permaneció de pie sobre el rollo, diciendo: “Tomás, has escrito bien sobre el Sacramento de mi Cuerpo”. Y según se dice, fue después de esta visión que Santo Tomás fue sostenido milagrosamente en el aire.

Junto a la obra filosófica y teológica de Tomás, aparece una rara pero extraordinaria producción de su poesía, la que fue realmente una secreción, como la de una perla en una ostra herméticamente cerrada. Destaca especialmente

la composición del oficio de la fiesta de Corpus Christi, elaborado con ocasión de un festival establecido después de la controversia a la que había contribuido con el escrito que puso sobre el altar. Suena con especial fuerza en latín el *Pange lingua*, el *Tantum ergo*, el *Adoro te devote* y otros himnos, sin traducción cabal que recoja toda su riqueza. Pues bien, se dice que el Santo Padre había encargado a Santo Tomás y a San Buenaventura que cada uno escribiera dichos himnos, pero que mientras oía leer los himnos tan bellos que había compuesto el Aquinate, San Buenaventura fue rompiendo los que él mismo había redactado, porque los otros le parecían más hermosos.

Después de estos episodios, el Doctor Angélico súbitamente fue presa de un deseo por el silencio y el reposo. Se retiró a las extremas simplicidades de su entorno monástico y pareció no desear más que un retiro permanente. Se le pidió que volviera a sus regulares hábitos de leer y escribir, y a seguir las controversias del momento. A lo que contestó con singular énfasis: “Ya no puedo escribir”. Parece ser que se produjo un silencio y un nuevo intento de tocar de nuevo el asunto, y Tomás respondió con mayor vigor todavía: “No puedo escribir más. He visto cosas que hacen que mis escritos parezcan heno”. Al final de su vida, Tomás había sometido a una crítica radical su propia obra y por boca de su amigo Reginaldo sabemos que, tras haber trabajado incesantemente por casi treinta años, él consideraba que todo su

trabajo, en relación a lo que él había visto, era como el heno.

En 1274, cuando Santo Tomás tenía casi cincuenta años, llegó un pedido del Papa solicitando su partida para el concilio de Lyon y se dispuso a obedecer. Inmediatamente se puso en camino, parándose tras un accidente de viaje y un inesperado empeoramiento de su salud. Pasó los últimos días de su vida en el monasterio cisterciense de Santa María en Fossanova, donde confesó sus pecados y recibió a Dios. Cuando le llevaron por última vez la Sagrada Comunión exclamó: “Ahora te recibo a Ti mi Jesús, que pagaste con tu sangre el precio de la redención de mi alma. Todas las enseñanzas que escribí manifiestan mi fe en Jesucristo y mi amor por la Santa Iglesia Católica, de quien me profeso hijo obediente”.

Murió el 7 de marzo de 1274, a la edad de 49 años. Tras su muerte, disputaron entre sí los restos mortales de Tomás de Aquino los mismos monjes del Císter, donde estuvo sepultado por más de un siglo, los maestros de la facultad de las Artes de París y sus hermanos los padres dominicos. Fue declarado santo en 1323, apenas cincuenta años después de muerto. Y sus restos fueron trasladados solemnemente a la ciudad de Toulouse un 28 de enero, donde hoy descansan. Por eso se celebra en este día su fiesta, la fiesta del patrono de las universidades católicas y centros de estudio, a quien encomendamos nuestros Seminarios.

Contrasta con las malas noticias de nuestro tiempo, el que los santos son buenas noticias. Santo Tomás de Aquino es una buena noticia para nuestro tiempo. Es el hombre de las bienaventuranzas, una página viva del Evangelio, una carta viviente del Señor. Es imagen viva que habla de Cristo, icono del Evangelio, espejo en el que vemos reflejados a Cristo vivo. Santo Tomás nos invita al estudio y a la instrucción, a la contemplación y a la oración, jamás pierde su brillantez, su esencia. Nos muestra el verdadero rostro de la Iglesia, esposa de Cristo “sin mancha ni arruga” (Ef. 5, 27). Cristo está preocupado por la belleza de su esposa, la Iglesia, no solo por la ya adquirida por el bautismo, sino también por aquella que debe crecer cada día gracias a una vida intachable, en su comportamiento moral. A esto hizo referencia el Papa Benedicto XVI al escribir en su segunda encíclica *Spe salvi* que “nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como ‘colaboradores de Dios’, han contribuido a la salvación del mundo” (*SpS*, n. 35).

Cada generación busca a su santo por instinto, y el santo no es lo que las personas quieren sino más bien lo que las personas necesitan. El Doctor Angélico iluminó con su sabiduría el pensamiento de los hombres de

su tiempo, permaneciendo su legado como rica herencia para la reflexión filosófica y teológica de todas las generaciones. A la vez que fue modelo de lo que él llamaba el “ocio santo”, es decir, la oración, la vida contemplativa, que se ocupa directa e inmediatamente del amor de Dios, con el objeto de hacer real la máxima evangélica: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. El Doctor Angélico contribuye a hacer más creíble y atractiva la palabra del Evangelio y la misión de la Iglesia. Dice el Papa Benedicto XVI: “El contacto con los santos abre el camino a verdaderas resurrecciones espirituales, a conversiones duraderas y al florecimiento de nuevos santos. Los santos normalmente engendran otros santos, y la cercanía a sus personas, o aunque sea solamente a sus huellas, es siempre saludable: depura y eleva la mente, abre el corazón al amor a Dios y a los hermanos. La santidad siembra alegría y esperanza, y responde a la sed de felicidad que los hombres sienten también hoy”.

Para terminar, quisiera traer aquí el recuerdo de los momentos inolvidables vividos por la Iglesia en este último verano en Madrid. Con este motivo el Papa habló a un nutrido grupo de profesores universitarios participantes en la JMJ, reunidos en la basílica del monasterio del Escorial. Recordando el lema de la JMJ “Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”, se preguntaba: ¿dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en

una sociedad quebradiza e inestable? Él mismo respondía: “la universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana”. Por ello, les decía y nos dice el Papa: “sois vosotros quienes tenéis el honor y la responsabilidad de transmitir ese ideal universitario, un ideal que habéis recibido de vuestros mayores, muchos de ellos humildes seguidores del Evangelio y que en cuanto tales se han convertido en gigantes del espíritu. Debemos sentirnos sus continuadores en una historia bien distinta de la suya, pero en la que las cuestiones esenciales del ser humano siguen reclamando nuestra atención e impulsándonos hacia adelante. Con ellos nos sentimos unidos a esa cadena de hombres que se han entregado a proponer y acreditar la fe ante la inteligencia de los hombres. Y el modo de hacerlo no solo es enseñarlo, sino vivirlo, encarnarlo”.

Además, la juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad. Como ya dijo Platón: “Busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapa-

rá de entre las manos”. Esta aspiración es la más valiosa que podemos transmitir personal y vitalmente los profesores a nuestros alumnos, seminaristas mayores y menores, suscitando en ellos estímulo y fortaleza, esa sed de verdad y ese afán de superación que poseyó en lo más profundo Santo Tomás de Aquino. Le pedimos al Aquinate en el día de su fiesta que nos ayude en este camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe. No podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor, ni tampoco amar algo en lo que no vemos racionalidad. Siguiendo las huellas del Doctor Angélico, todo esto nos invita a volver siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad que nos ilumina, pero que también es el Camino que lleva a la plenitud perdurable, siendo Caminante junto a nosotros y sosteniéndonos con su amor. Con esta esperanza, nos ponemos bajo el amparo de la Virgen María, Trono de la Sabiduría, para que Ella nos haga colaboradores de su Hijo con una vida colmada de sentido y fecunda en frutos, tanto de conocimiento como de fe. Amén.

ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO

MEMORIA DEL ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO AÑO 2011

El tiempo tan veloz nos impone un año más la responsable obligación de hacer memoria de lo que a lo largo del año 2011 hemos vivido y realizado en el Archivo Histórico Diocesano. Una memoria que es agradecimiento y sencillo reconocimiento de nuestro crecimiento de nuestro servicio a la Iglesia y a la Sociedad.

En medio de limitaciones de todo tipo procuramos sacar el mayor provecho a lo que la Diócesis pone en nuestras manos.

Queremos reiterar que nuestra labor es una tarea de Iglesia, y por ello no solo procuramos atender a los investigadores numerosos que consultan nuestros fondos, sino también dar cabida a todos aquellos documentos que son expresión de la vida y del apostolado de la Iglesia diocesana y de todas las parroquias y que sin esa memoria documental pronto serían indiferente olvido.

Con el propósito de animar a quienes pueden ayudarnos, de informar a quienes quieren saber lo que custodiamos y pueden consultar, de agradecer a quienes tienen una mirada de afecto hacia el Archivo recogemos estos datos sobre las actividades del año 2011.

Instalaciones y mobiliario

Ha sido muy importante la construcción de unos servicios higiénicos en la planta baja, al nivel del Archivo que facilita su uso a los investigadores y personal, ya que los existentes estaban en un tercer piso de incómoda ascensión.

Agradecemos al Ilmo. Sr. Vicario de Economía Don José Rodríguez Gallego su eficaz apoyo para llevar a cabo esta mejora tan necesaria como útil.

Se ha completado el mobiliario de Bibliotecas. Estantería de la Biblioteca Torres de Luna para permitir la colocación de todos los libros y cajas de archivo.

Se ha instalado otra estantería completa en una sala del Primer Piso, que se destinará para ubicar en ella Misales y Libros litúrgicos antiguos que llegan de las parroquias.

Se compraron atriles para las mesas de la sala de investigadores que facilitan en algunos casos las consultas de libros grandes.

Se instaló en la Sala de Investigadores un Ordenador, proveniente de la Cu-

ria, para que puedan consultarse en él los libros y documentos digitalizados.

Reglamento y servicios del Archivo

El archivo se rige por el reglamento de la Asociación de Archiveros de la Iglesia en España y adopta en la solicitud de documentos para su consulta la normativa del Archivo Secreto Vaticano. También se tiene en cuenta la legislación civil que le afecta en esta materia.

Está abierto a todos los investigadores presentando el DNI u otro documento acreditativo de su identidad.

La entrada es libre y gratuita.

- Consulta directa de los fondos en sala.
- Consulta indirecta de fondos (por correo postal, o electrónico, y teléfono)
- Información sobre los fondos y orientación sobre búsquedas
- Realización de visitas guiadas a estudiantes y profesionales
- Biblioteca auxiliar para la investigación,
- Expedición de informes técnicos y compulsas y certificaciones.
- Consulta de libros digitalizados en Ordenador del Archivo
- El Archivo ofrece a los investigadores servicio de fotocopidora (cuando los documentos lo permiten) y de scanner y fotografía digital.

Catalogación

Se ha seguido informatizando fondos documentales de las siguientes series:

Patrimonio Histórico-Artístico
Expedientes matrimoniales 2009
Judicial
Matrimonial, Libertades
Asociaciones Religiosas
Fondos Parroquiales ingresados en el año.
Inventarios.
Seminario

En total se ha llegado a 70.000 fichas informatizadas y 8578 las cajas con documentación.

Ingresos de documentación año 2011

(Por orden alfabético de Parroquias o Lugares)

ABADES, San Paio
Bautizados (1896-1922). Casados (1812-1852) con Fábrica (1856-2004).

ABELEDA, San Vicente
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010, 2011 (Bautismo, matrimonio, defunciones).

ABELENDA DAS PENAS, San Andrés. Varia: Libro del cementerio parroquial y papeles diversos.

- AGUIS, San Martiño
Bautizados (1873-1898). Difuntos (1809-1830). Difuntos (1853-1900). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2010 (Bautismos, defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2011 (Defunciones).
- ARMARIZ, San Salvador
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010, 2011 (Bautismo, matrimonio, defunciones)
- BARCA, San Antón
Proyecto de Iglesia para la parroquia de Barbantes-Estación (1972). Escritura de donación del terreno (1971)
- BOIMORTO, Santa Baia
Bautizados (1862-1909). Bautizados (1910-1958). Casados (1796-1959). Difuntos (1870-1965).
- CABREIROA, San Salvador
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones).
- CABREIROA, San Salvador
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Defunciones).
- CAMPO, San Miguel
Bautizados (1852-1872). Bautizados (1872-1896).
- CAMPO, Santa María
Bautizados (1834-1858) con Difuntos (1896-1923). Bautizados (1891-1900). Casados (1889-1912) con Difuntos (1852-1858).
- CASTROMIL, Santa Mariña
Bautizados (1852-1897).
- CERDEDELO, Santa María
Bautizados (1879-1926). Bautizados (1926-1965). Este libro lo retiró del Archivo el párroco, con fecha 30-11-2011 (D. Miguel Alonso Pérez).
- CHAGUAZOSO, Santiago
Bautizados (1879-1903). Difuntos (1872-1913).
- CIDADE, Santa Mariña
Bautizados (1853-1901). Bautizados (1901-1930). Casados (1853-1930). Difuntos (1853-1928).
- COBAS, Santiago
Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2010 (Defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2011 (Defunciones).
- CUSANCA, San Cosme
Bautizados (1886-1933). Bautizados (1934-1957). Casados (1886-1950). Difuntos (1886-1947). Varia: Papeles Diversos.
- DADIN, San Pedro
Bautizados (1856-1885). Bautizados (1885-1920). Bautizados (1920-1945). Difuntos (1886-1952).
- ENTRAMBOSRIOS, Santa María
Bautizados (1851-1905). Bautizados

(1905-1927). Casados (1857-1933). Difuntos (1856-1933). Varia: Catequesis parroquial y visita de escuelas (1959-1970).

ESCULQUEIRA, Santa Eufemia
Bautizados (1838-1854) con Difuntos (1847-1854). Bautizados (1880-1910). Casados (1852-1951). Difuntos (1851-1882). Difuntos (1882-1967).

ESTEVESEÑOS, San Mamed
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Defunciones).

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones).

FONCUBERTA, Santa María
Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2010 (defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2011 (defunciones).

FROUFE, San Xoán
Bautizados (1891-1923). Casados (1852-1918).

GÜIN, Santiago
Varia: Cofradía de San Sebastián (1677-1831). Varia: Libros cuentas del párroco (1875). Varia: Matrimonial (S. XIX-XX). Varia: Papeles Diversos (S. XIX-XX).

GUNTIN, Santa María
Bautizados (1858-1879) con Casados (1858-1886) con Difuntos (1858-1876). Duplicados de Partidas Sa-

cramentales, año: 2010 (Bautismos, Defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2011 (Bautismos, Casados, Defunciones, Confirmados).

LOUREIRO, Santa Mariña
Proyecto de restauración y conservación. Retablo mayor de Santa Mariña de Loureiro.

MANZALVOS, Santa María
Bautizados (1852-1916).

MAUS DE SALAS, Santa Baia
Fábrica (1887-2002).

MEZQUITA, San Martiño
Bautizados (1848-1851) con Casados (1836-1850) con Difuntos (1848-1851). Bautizados (1851-1871). Bautizados (1871-1888). Bautizados (1889-1911). Casados (1852-1930). Difuntos (1885-1911). Fábrica (1851-1896). Varia: Conferencias Morales (1957-1965).

MEZQUITA, San Pedro
Bautizados (1674-1721) con Casados (1674-1721) con Difuntos (1669-1721). Bautizados (1722-1759) con Casados (1722-1752) con Difuntos (1723-1775). Bautizados (1759-1797) con Casados (1752-1797) con Difuntos (1775-1796). Bautizados (1798-1837) con Casados (1798-1854) con Difuntos (1796-1845). Fábrica (1764-1859).

MEZQUITA, San Vitorio
Casados (1761-1858)

MOREIRAS, San Martín

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismo, Defunción). Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismo, Defunción).

MOREIRAS, Santa Marta

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones).

OLAS, Santa María

Varia: Libros cuentas del párroco (1940). Varia: Confirmados (1919-1985). Varia: Papeles Diversos (3 carpetas).

ORDES, Santa María

Difuntos (1928-1984).

OSEIRA - MONASTERIO

Proxecto básico e executivo de intervención para mellora de accesibilidade e mobilidade no Mosteiro Cisterciense de Santa María de Oseira.

OURENSE

Felicitaciones de Navidad 2010, dirigidas al Obispo Luis Quinteiro Fiuza.

OURENSE OBISPADO

Expedientes Matrimoniales 2009.

OURENSE Obispado

Partidas de Bautismo. Rectificaciones. Extensión, anulación y Nueva Extensión 1988-2000.

OURENSE-CENTRO, Santa Eufemia la Real.

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones, Confirmados). Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones, Confirmados).

OURENSE-NORTE, Santa Eufemia la Real.

Varia: Acta de posesión de D. Emilio Fuentes Araujo. Notificaciones matrimonios que no figuran bautizados aquí y devueltos de otras parroquias. Solicitud bautismo de adultos Sub Conditione con el rito de párvulos de María del Pilar Palacios Rodríguez. Notificaciones de confirmaciones (devueltos de parroquias; notificaciones que no aparecen bautizados). Bautizados (1904-1917).

PEREIRO, San Pedro

Bautizados (1852-1903).

PEXEIROS, Santa María

Bautizados (1856-1887) con Casados (1857-1879). Difuntos (1835-1893). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2011 (Defunciones).

POBOEIROS, San Xoán

Bautizados (1880-1907).

PONTEFECHAS, Santa María

Bautizados (1851-1898). Casados (1852-1937). Difuntos (1851-1909). Varia: Cofradía de Nuestra

Señora (1685-1851). Varia: Cofradía de Nuestra Señora (1859-1932). Varia: Cofradía de San Antonio (1793-1933). Varia: Confirmados (1765-1993). Varia: Inventario y padrón (1968).

PREXIGUEIRO, San Salvador
Bautizados (1858-1889).

QUEIZAS, San Pedro
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones).

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismos, Defunciones).

RAIRIZ DA VEIGA, San Xoán
Bautizados (1620-1707) con Casados (1621-1716) con Difuntos (1620-1715). Bautizados (1707-1761) con Casados (1716-1789) con Difuntos (1716-1762). Bautizados (1762-1802) con Difuntos (1763-1791). Bautizados (1802-1848). Bautizados (1848-1877). Bautizados (1851-1872). Bautizados (1877-1893). Bautizados (1894-1902). Casados (1789-1877). Casados (1852-1873). Casados (1878-1953). Difuntos (1791-1847). Difuntos (1847-1877). Difuntos (1851-1873). Difuntos (1877-1908). Difuntos (1909-1964). Fábrica (1716-1880). Fábrica (1879-2006). Visitas (1722-1867). Varia: Cofradía de Nuestra Sra. de la visitación, La merced, Santa Isabel (1559-1887). Varia:

Cofradía de Nuestra Señora del Rosario (1734-1857). Varia: Cofradía de San Antonio de Pádua (1790-1810). Varia: Confirmados (1766-1946). Varia: Libro índices (1620-1954). Varia: Padrón Parroquial. Varia: Judicial (4 carpetas, 1720). Varia: Matrimonial (5 carpetas, S. XIX-XX).

RANDIN, San Xoán
Bautizados (1905-1924). Fábrica (1896-2002).

RASELA, Santa María
Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Matrimonio, Defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismos, Matrimonio, Defunciones).

REQUIAS, Santiago
Bautizados (1890-1917). Fábrica (1893-2002).

RIOSECO, Santa Mariña
Bautizados (1878-1912). Bautizados (1912-1939). Fábrica (1913-2002).

RUBIAS DOS MIXTOS, Santiago
Restauración de las pinturas murales de la sacristía. Iglesia de Santiago de Rubiás dos Mixtos. Difuntos (1945-1995).

SANTIGOSO, San Simón
Bautizados (1852-1890). Casados (1853-1925). Difuntos (1852-1882). Difuntos (1882-1941). Fábrica (1851-1892)

SEIRO, San Salvador

Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2010 (Matrimonios, defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2011 (Defunciones)

SEOANE DE ALLARIZ, San Xoán
Casados (1852-1902).

SOBREIRA, San Xoán

Bautizados (1851-1901). Casados (1851-1912). Difuntos (1851-1906).

SOUTOMAIOR, Santiago

Bautizados (1793-1854). Bautizados (1854-1880) con Difuntos (1854-1892). Bautizados (1881-1930). Difuntos (1642-1854). Fábrica (1829-1956). Varia: Cofradía de San Sebastián (1655-1789). Varia: Cofradía de San Sebastián (1791-1955). Varia: Fueros (2 carpetas). Varia: Libro de caja (1849-1880). Varia: Libro de cuentas del sacerdote (2 libros). Varia: Papeles Diversos

TABOADELA, San Miguel

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Defunciones, Confirmados). Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismos, Defunciones).

TAMALLANCOS, Santa María

Bautizados (1862-1885). Bautizados (1886-1913). Casados (1884-1996). Difuntos (1878-1952).

TOEN, Santa María

Expediente de legalización y proyecto

de terminación de obras de ampliación del cementerio parroquial de Santa María de Toén.

TORAN, Santa María

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Defunciones).

TOSENDE, San Lourenzo

Memoria técnica valorada: Para regularización y legalización de obras realizadas así como ejecución de nuevas actuaciones a llevar a cabo en la Iglesia de San Lorenzo de Tosende. Bautizados (1893-1924). Fábrica (1858-1960). Fábrica (1974-2003)

TOUZA, San Xurxo

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010 (Bautismos, Defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2011 (Bautismos, Defunciones).

VEIGA, San Munio

Bautizados (1646-1698) con Casados (1647-1699) con Difuntos (1646-1699). Bautizados (1699-1754). Bautizados (1754-1796). Bautizados (1796-1846). Bautizados (1847-1857). Bautizados (1857-1886). Bautizados (1909-1929). Casados (1699-1846). Casados (1847-1889). Casados (1857-1914). Difuntos (1699-1773). Difuntos (1773-1846). Difuntos (1847-1857). Difuntos (1857-1903). Di-

funtos (1903-1973). Fábrica (1870-1973). Varia: catequesis parroquial y visita de escuelas (1958-1969). Varia: Hermandad de Nuestra Señora de las Candelas y Hermandad de Animas. Varia: Padrón parroquial (1953). Varia: Papeles diversos (pleitos, foros, prorrateos, matrimonial, impresos...) 14 cajas. S. XVI-XX. Varia: 10 libros (sin pastas y faltan en algunos las primeras páginas). Varia: Protocolos notariales (14 cajas, S. XVII).

VIDE DE BAÑOS, San Xoán

Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2010 (Matrimonios, defunciones). Duplicados de Partidas Sacramentales, año: 2011 (Matrimonios)

VILAR DE PONTE AMBIA, Santa María.

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010, 2011 (Bautismo, defunciones)

VILAR DE SANTOS, San Xoán

Proyecto básico y ejecución de ampliación del cementerio de San Xoán de Vilar de Santos.

VILAVELLA, Santa María

Bautizados (1844-1856). Bautizados (1852-1880). Bautizados (1880-1910). Casados (1852-1910). Difuntos (1852-1869). Difuntos (1869-1941). Varia: Cofradía del Santísimo Cristo de la Vera cruz (1866-1900). Varia: Cofradía del Santísimo Cristo de la Vera Cruz (1807-1848).

VIÑOAS, Santa María

Presupuesto de conservación y restauración del retablo mayor de la parroquia de Santa María de Viñoás.

XUNQUEIRA DE AMBIA, Santa María la Real.

Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2010, 2011 (Bautismo, matrimonios, defunciones).

ZAPEAUS, San Adrián

Bautizados (1656-1764) con casados (1657-1764) con Difuntos (1656-1763). Bautizados (1764-1851). Bautizados (1852-1885) con Difuntos (1852-1907). Bautizados (1885-1923). Casados (1767-1851). Casados (1853-2002). Difuntos (1765-1851). Fábrica (1656-1802). Fábrica (1804-1856). Fábrica (1884-1970). Varia: Libro de rentas (1789-1855)

ZARRACOS, San Andrés

Informe de restauración y conservación. Retablo mayor de San Andres de Zarracos.

Bautizados (1674-1697). Bautizados (1821-1870). Bautizados (1855-1886). Bautizados (1886-1905). Casados (1852-1898). Casados (1834-1929). Difuntos (1828-1929). Difuntos (1852-1900). Varia: Cánón de la casa rectoral (1930-1970).

Particularmente significamos nuestros reconocimientos a los Rvdos Se-

ñores que este año han hecho llegar documentación al Archivo:

- Alvarez Rodríguez, Félix (Párroco)
- Blanco Grande, Miguel (Párroco)
- Cid Pumar, David (Párroco)
- Doval Baltar, Camilo (Párroco)
- Estévez Álvarez, Jorge (Párroco)
- Gándara Feijóo, Florencio (Párroco)
- García Díaz, Antonio (Párroco)
- Gómez Barrio, Eladio (Párroco)
- Gómez Parente, Odilo (Párroco)
- Iglesias Iglesias, José (Párroco)
- Leiro Mosquera, Agustín (Párroco)
- Lourido Díaz, Cesáreo (Párroco)
- Mera Martínez, Manuel (Párroco)
- Moure Rodríguez, Germán (Párroco)
- Quinteiro Fiuza, Luis (Obispo)
- Requejo Rodríguez, Adolfo (Párroco)
- Rodríguez Alvarez, Manuel Emilio (Curia)
- Rodríguez Fernández, Manuel (Párroco)
- Rodríguez Martínez, José (Párroco)
- Salgado Vázquez, Camilo (Párroco)
- Sánchez Nóvoa, Orlando (Párroco)
- Sotelo Dapía, Miguel (Párroco)
- Vázquez Pérez, Amador (Párroco)
- Vicaria General
- Villabril Alvarez, José (Párroco)
- Villar Suárez, José Manuel (Párroco)

Biblioteca

La Biblioteca se ha incrementado regularmente con diversas obras de estricto interés archivístico e histórico.

Particularmente ha sido enriquecedor el regalo de la Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa-Calpe, donado por el Rvdo. D. Florencio Gándara Feijoo. Las hermanas Otero Alvarez han hecho donación de los volúmenes de una edición con grabados de Año Cristiano.

Bibliotecas personales

El Archivo es depositario de tres importantes bibliotecas que se mantienen individualizadas y son de gran valor por contar con importantes fondos especializados.

- Biblioteca Pilar de Torres Luna

Catedrática Emérita de Geografía de la Universidad de Santiago. Biblioteca especializada en temas de Geografía además de otros fondos de tema gallego.

Se ordenó y catalogó informáticamente enteramente este fondo por parte de la becaria del CIMO Doña Yolanda García Nespereira que realizó un trabajo cuidado y eficaz.

- Biblioteca José Luis Soto, OFM

Historiador e Investigador franciscano. Importante fondo bibliográfico de tema americano y franciscano. Ha continuado enriqueciéndose con aportaciones de interés.

**- Biblioteca Jaime Ferreiro Alem-
parte**

Catedrático de la Universidad del Francfort del Meno, medievalista e investigador.

Nacido en Cabanelas es una de las más altas autoridades en la figura y obra del poeta Rainer María Rilke y medievalista de fama internacional.

INVESTIGADORES

Recordamos que es documentación reservada la que no tiene más de 75 años. Por lo cual el año 2011 se pudo consultar hasta 1936.

Se abrió ficha a 104 investigadores que han acudido al Archivo por primera vez.

Siendo un total de 1133 los investigadores atendidos durante el año.

Además de sacerdotes y otras personas que hacen consultas puntuales que no se asientan como investigadores.

Enero	96
Febrero.....	85
Marzo.....	102
Abril.....	97
Mayo.....	72
Junio	101
Julio	123
Agosto	Vacaciones

Septiembre	109
Octubre.....	112
Noviembre	130
Diciembre	106

Por correspondencia convencional y por correo electrónico 2078 consultas. Por teléfono 1.700.

Además se han atendido de la Secretaría Xeral de Emigración 63 solicitudes de partidas de emigrantes directamente. La mayor parte de las consultas por correo son de emigrantes buscando datos de sus antepasados para fines de nacionalización. Así mismo se han atendido solicitudes pedidas Oficina de Ayuda al Emigrante retornado de la Diputación Provincial de Ourense. Todas estas peticiones de emigrantes se atiende y remiten gratuitamente lo que supone un alto desembolso por parte del Obispado.

Relación de libros parroquiales digitalizados

Dado el mal estado de muchos libros sacramentales, cuya consulta directa no es recomendable se ha comenzado el proceso de digitalización de algunos, con idea de proseguir con ello siempre que sea posible.

El presente ejercicio el becario Alexander de los Ríos Conde digitalizó los siguientes que están al servicio de los investigadores.

PARROQUIA	LIBRO	FECHAS
AMBIA, San Estevo	BAUTIZADOS 01	1667-1680
AMOROCE, Santiago	BAUTIZADOS 01	1565 - 1767
CENLLE, Santa María	BAUTIZADOS 01	1664 - 1786
CENLLE, Santa María	BAUTIZADOS 03	1849-1853
FITOIRO, San Paio	BAUTIZADOS 02	1774-1848
FONTEITA, San Andrés	BAUTIZADOS 01	1700-1835
LAROA, Santa María	BAUTIZADOS 01	1564-1632
LAROA, Santa María	BAUTIZADOS 02	1635-1663
MELON, Santa María	BAUTIZADOS 01	1809-1838
MELON, Santa María	BAUTIZADOS 04	1864-1876
MELON, Santa María	DIFUNTOS 01	1809-1851
MELON, Santa María	CASADOS 03	1871-1923
MELON, Santa María	BAUTIZADOS 05	1876-1896
PARADA SIL, Sta Cristina	BAUTIZADOS 07	1879-1908
RABAL, Santa María	BAUTIZADOS 01	1585-1646
VEIGA, San Paio	BAUTIZADOS 02	1766-1853
VEIGA, San Paio	BAUTIZADOS 01	1550-1721

Publicaciones realizadas con documentación consultada en este archivo

Algunos, aunque su fecha de edición es anterior, aparecieron realmente el año 2011 por lo que figuran en este listado.

AA.VV.: XXI Exposición San Martiño. San Martiño de Lago (Maside) Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfílica Miño. Ourense, 2011

CUÑA RAMOS, Luis Manuel Mons: La Diócesis de Ourense durante el pontificado de Moseñor Cesáreo Rodrigo Rodríguez (1876-1895) Diversarum Rerum, Nº 6 “Separata”, Ourense, 2011

FUMEGA PIÑEIRO, Francisco Xosé - SOBRADO PÉREZ, Xosé Luis: As fábricas de papel na comarca do Carballino. Centro de estudos Chamoso Lamas. Carballino,2010

GONZÁLEZ ÁLVAREZ-MONTERO Y MONTAOS, María Luisa: Convergencia de dos ramas femeninas del linaje de Soto. Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Galicia - Boletín Nº. 9. Pontevedra, 2011.

GONZÁLEZ ÁLVAREZ-MONTERO Y MONTAOS, María Luisa: Genealogía y antroponimia en el linaje de doña Guiomar de Tangil. Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Galicia - Boletín Nº. 9, Pontevedra, 2011

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Algunas curiosidades de la vida diocesana de Ourense del siglo XVIII, en el libro de registro de la secretaría de cámara. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 14. Ourense 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: El cólera en Freas de Eiras, Piazas y San Andres de Penosiños (Ramirás, Ourense) en 1855. Correspondencia del cura y defunciones. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 7. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: El embargo de los bienes del Obispo de Ourense Don Pedro Quevedo y Quintano el año 1812. *Diversarum Rerum*, Nº 6 "Separata". Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: El retablo mayor de San Andres de Proente. (A Merca, Ourense). Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 21, Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: El testamento del Obispo Don Miguel Ares de Canabal. Ourense 1611. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 20, Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La casa rectoral como centro de explotación agrícola en el pasado.

Aportación documental de Ourense en 1714. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 17. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La catedral "Refugio y sagrado". Un problema en 1733 por sacar del atrio a unos presos, allí refugiados. Historias menores de la Catedral - Basílica de San Martín. 23, Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La custodia de plata, de la Iglesia de "O Pereiro" (A Mezquita-Ourense). Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 16. Ourense, 2011

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La festividad de San Carlos Borromeo en 1770, una celebración de signo antijesuítico en Ourense. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 15. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La heráldica episcopal de D. Angel Temiño Saiz Obispo de Ourense (1952-1987). Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 21. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La imagen de San Rosendo de Vilar de Vacas (Cartelle Ourense) y otras notas de interés. *Rudesindus*, Miscelánea de arte e cultura - 6/2010. Ourense - Mondoñedo (Lugo), 2010

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La obra de la capilla mayor de la iglesia de Pardavedra (A Bola) Ourense. Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 20. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La orfebrería de la Hermandad eclesiástica de Ánimas, del partido de Aguiar. (Ourense).Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 24. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: La parroquia e iglesia de Santa María do Desterro (A Corna, Ourense). Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 23. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Muerte violenta de un maragato en la feria de Orban (Ourense) en 1833. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 12. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Notas documentales de organeros en la Diócesis de Ourense. Notas de Patrimonio Auriense 18, Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Notas para la biografía del Canónigo maestrescuela Don Francisco Rodríguez Gil (1753-1812). Historias menores de la Catedral - Basílica de San Martín. 31. Ourense.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Retazos de historia. El robo de la plata de la iglesia de San Pedro de Leirado en 1816 . Auria - Año XIV - Marzo, Nº 167. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Retazos de historia. Una escuela para Cudeiro en 1824. Auria - Año XIV - Agosto, Nº 172. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Retazos de historia. Una película sobre el monasterio de Oseira en 1930. Auria - Año XV - Octubre, Nº 174. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Santa María do Campo (Irixe, Ourense) notas de fiestas y de cofradías. 1911-1912. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 13. Ourense 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Te deum y novena de acción de gracias santo cristo por haberse librado Ourense de la peste el año 1854. Historias menores de la Catedral - Basílica de San Martín. 17, Ourense, 2010.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Un edicto del Obispo Luis de la Lastra sobre el modo de vestir de los seminaristas de Ourense, el año de 1852. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 8. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Un proyecto menor, descono-

cido del arquitecto Vázquez-Gulías para la iglesia de Trasestrada (1901). Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 19. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Un retablo de Alonso López para el colegio de San Bartolomé de Salamanca, encargo del Obispo de Ourense Don Miguel Ares de Canabal. Año 1604. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 19 Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Una curiosa relación y valoración histórica de acontecimientos de Europa y España desde cabreiroá (Ourense), en 1823. Aportaciones para la historia del Obispado de Ourense, 6. Ourense, 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel: Una talla del maestro de Sobrado en la Iglesia de Lago (Maside-Ourense). Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 17. Ourense 2011.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel - SIERRA GÓMEZ, Francisco Javier: La documentación parroquial de la villa de Ribadavia. Diversarum Rerum, Nº 6 "Separata". Ourense, 2011.

HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, José Ramón - GONZÁLEZ COUGIL, Ramiro: María Luz Pena Blanco. Dio y se dio...por los sacerdotes. Edibesa. Madrid, 2009.

LEZA TELLO, Prudencio: Apuntes para la historia de los franciscanos en Ribadavia. Diversarum Rerum, Nº 6 "Separata". Ourense, 2011. 231 – 295.

RODRÍGUEZ PÉREZ, José Ricardo: La Ourensana saga de los Temes. La de los capitalinos Temes, Albiz&Temes Sáenz, y ascendientes. Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Galicia - Boletín Nº. 9. Pontevedra, 2011.

RODRÍGUEZ PÉREZ, José Ricardo: La parroquia de San Juan de Piñeiro (Maside, Ourense). Diversarum Rerum, Nº 6 "Separata", Ourense, 2011.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Xosé Ricardo: Reseña do patrimonio arquitectónico e monumental de Maside. Instituto de Estudos Carballiñenses - Ágora do Orcellón, Nº 22, Ourense, 2011.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Xosé Ricardo: Viaxe ó berce dos Cervanto ourensáns. Instituto de Estudos Carballiñenses - Ágora do Orcellón, Nº 22, Ourense.

Personal y becarios

Director: M.I.Sr. D. Miguel Angel González García

Auxiliares (merced a un convenio de colaboración con la Diputación Provincial, que permite la atención del archivo y un horario constante. Por lo que el Archivo y la Diócesis reiteran su reco-

nocimiento y gratitud al Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación, D. José Luis Baltar Pumar, que de modo muy personal siempre ha atendido las peticiones que le hemos presentado. Los beneficiados de este convenio son los emigrantes y los muchos investigadores atendidos).

D. Francisco Javier Sierra Gómez.

D. Emilio Formoso Montero (de enero a junio y luego diciembre.)

En virtud de un convenio con el CIMO, firmado el 17 de marzo de 2011, han realizado prácticas en el Archivo las siguientes personas que ha realizado un trabajo enriquecedor para el archivo y para ellos:

Yolanda García Nespereira

Alexander de los Ríos Conde.

En este curso se ha encargado del control de los servicios informáticos del Archivo y de hacer las copias de seguridad, el responsable de estos temas del Obispado Don Felipe Iglesias Mira.

Economía

Los gastos de mantenimiento corren a cargo de la administración Diocesana.

Un convenio con la Secretaria Xeral de Emigración de la Xunta de Galicia firmado el 2010, con el Archivo, que facilitó fichas de duplicados de partidas con valor de información sobre emigrantes,

aportó la Cantidad de 4000 € que se han invertido en mejoras y gastos corrientes.

Diversas actividades

-El Director del Archivo ha dado a lo largo del curso 8 conferencias de temas relacionados con la investigación.

-Han hecho, como otros años, visitas organizadas al Archivo Alumnos de cursos de Archivos y Bibliotecas, también diversos colectivos Comcel Liceo de Ourense el 21 de febrero.

-Día de Puertas Abiertas el 9 de junio visitaron diversos periodistas el Archivo

-Colabora siendo sede circunstancial con la Asociación de Belenistas de Ourense y con el Grupo Francisco de Moure. También con la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo.

-Con el Liceo de Ourense ha colaborado en la convocatoria de la XVI edición del ciclo de Jóvenes Investigadores celebrado en el mes de febrero.

-Ha intercambiado y donado publicaciones con diversas instituciones similares de Galicia y de otras partes de España y Portugal.

-El Archivo se constituye también en depósito de diversas obras de arte destinadas al futuro Museo Diocesano, llevándose registro minucioso de las mismas.

Diversarum Rerum

Importante complemento a la Actividad del Archivo ha sido la publicación con el Archivo Capitular del nº 6 de la Revista DIVERSARUM RERUM, subvencionada en parte por NOVACAIXA-GALICIA a cuyo Presidente D, Julio Fernández Gayoso, Amigos de la Catedral y Familia Cuña Ramos, a todos les agradecemos su colaboración generosa.

La acogida e intercambio con otras publicaciones ha sido muy positiva y es un acertado medio para significar la vitalidad de estas instituciones, dar cabida a trabajos de investigación histórica sobre la Diócesis y alentar el trabajo de los jóvenes investigadores.

El índice de trabajos del nº 6 es el siguiente:

- El embargo de los bienes del Obispo de Ourense don Pedro de Quevedo y Quintano el año 1812. Miguel Ángel González García. págs. 13-52.

- Aspectos menos conocidos del Cardenal Quevedo y Quintano.

Teodoro Agustín López y López, págs. 53-68.

La Diócesis de Ourense durante el Pontificado de Monseñor Cesáreo Rodrigo Rodríguez (1876-1895). Luis Manuel Cuña Ramos, págs. 69-138.

Catálogo do libro de notas de Rodrigo Afonso (1417-1458).

Alba de Evan Freijedo, págs. 141-150.

Los documentos del coto viejo y de sus ampliaciones, según los escribanos del siglo XVII. María Belén Pumar Diéguez. págs. 151-166.

La trompa en la Capilla Musical de la Catedral de Ourense (1748-1873).

Rafael Máñez Martorell. págs. 167-200.

El Cabildo catedralicio dona una casa para construir una fuente.

Juan Andrés Hervella, págs. 201-206.

Noticias sueltas sobre la reforma de algunos monasterios benedictinos gallegos y asturianos (1523-1541). Ernesto Zaragoza i Pascual, págs. 207-230

Apuntes para la historia de los franciscanos en Ribadavia

Prudencio Leza Tello, págs. 231-296

Cinco monjes eximios del monasterio cisterciense de Oseira.

Fray María Damián Yáñez Neira, págs. 297-308.

La documentación parroquial de la Villa de Ribadavia.

Miguel Ángel González García, Francisco Javier Sierra Gómez, págs. 309-338.

La parroquia de San Juan de Piñeiro (Maside, Ourense).

Xosé Ricardo Rodríguez Pérez, págs. 339-376.

La parroquia de San Julián de Ribela.

Emilio Duro Peña, págs. 377-398.

El simbolismo en los tímpanos y cruces antefijas de las iglesias románicas ourensanas. Ernesto Iglesias Almeida, págs. 399-412.

La Hermandad del Inmaculado Corazón de María continuadora de la Cofradía de los Dolores de Santa María Madre de Ourense. José Manuel Uruburu Ventura, págs. 413-420.

Carta de Alonso Méndez Montoto ó seu fillo Benito escrita en 1610: un exemplo de refraneiro e inxeño da época. Lola Peláez Rivero. págs. 421-432.

Antonio Vidal García. Paquita Gómez Camacho, págs. 433-436.

Dirección y horarios

El Archivo Histórico Diocesano está ubicado en el Seminario Mayor, en el pabellón derecho.

✉ Vista Hermosa.
Carretera del Seminario s/n.
32002 OURENSE

La correspondencia puede también dirigirse al apartado 142. 32080 OURENSE

☎ 988 36 63 35

✉ archivohistorico@obispadodeourense.com

Las noticias e informaciones del Archivo pueden también consultarse en la página web del obispado.

www.obispadodeourense.com

Horario

De lunes a viernes de 9 a 13.

Vacaciones:

Mes de agosto

Semana Santa desde el jueves santo al lunes de Pascua, ambos inclusive.

Navidad del 24 de diciembre al 2 de enero.

Las fiestas nacionales, locales, de la Diócesis y del Seminario (11 y 12 de noviembre y 28 de enero).

Miguel Ángel González García
Director del Archivo Histórico Diocesano.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Mensaje de la Presidencia de la Pontificia Comisión para América Latina con motivo del “Día de Hispanoamérica” en las diócesis de España.

Domingo, 4 de marzo de 2012.

“Comprometidos con América en la Nueva Evangelización”

Desde el agradecimiento

El “Día de Hispanoamérica” es una valiosísima y oportuna cita anual, tradicionalmente incorporada en el calendario de la Iglesia católica en España, desde el año 1959, para actualizar y fortalecer los vínculos de comunión y colaboración con la Iglesia en Hispanoamérica y la solidaridad entre sus pueblos y naciones.

Factor decisivo para potenciar dicha comunión y colaboración ha sido la corriente de misioneros españoles -sacerdotes y laicos enviados por sus respectivas diócesis, o religiosos y religiosas de las más diversas comunidades- que, desde hace más de un siglo hasta hoy, han revitalizado aquella vocación misionera que estuvo en los orígenes del “Nuevo Mundo” y se han incorporado al trabajo pastoral de las más diversas Iglesias locales en el “continente de la esperanza”, al servicio del Pueblo de

Dios. ¡Cómo no rendir homenaje de gratitud a los actualmente 354 sacerdotes diocesanos españoles acogidos a la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA) de la Conferencia Episcopal Española, y que están repartidos en los más diversos países latinoamericanos, al servicio de las Iglesias particulares de América más necesitadas y con mayor escasez de personal eclesástico! Y esa gratitud abraza también a otros tantos sacerdotes diocesanos misioneros, a todos los religiosos y religiosas, a los laicos misioneros y a los miembros de movimientos eclesiales y nuevas comunidades, todos ellos españoles de origen e hispanoamericanos por vocación, opción y adopción.

Precisamente con esta misma actitud misionera, el episcopado latinoamericano afirmó su

compromiso, en el documento de Aparecida (n. 378), de “estimular a las Iglesias locales para que apoyen y organicen los centros misioneros nacionales y actúen en estrecha colaboración con las Obras Misionales Pontificias y otras instancias eclesiales cooperantes,

cuya importancia y dinamismo reconocemos y agradecemos de corazón”. Y más concretamente, “con ocasión de los cincuenta años de la encíclica *Fidei donum*, damos gracias a Dios por los misioneros y misioneras que vinieron al continente y a quienes hoy están presentes en él, dando testimonio del espíritu misionero de sus Iglesias locales al ser enviados por ellas”.

Hoy día, la Iglesia en España y la Iglesia en América asumen, de algún modo, similares desafíos. Su riquísima tradición católica -que está en las raíces de sus pueblos, que ha animado secularmente la vida de sus gentes, que ha dado expresión a sus más altas creaciones culturales- corre el riesgo de una gradual erosión. La secularización avanza por doquier. No faltan hostilidades contra la presencia de la Iglesia y su mensaje. La corriente hedonista y relativista de la sociedad del consumo y del espectáculo tiende a desplazar y desarraigar la cultura cristiana de los pueblos. La tradición de la fe se ha vuelto ardua tarea. Ya no basta con apelar a las raíces cristianas y declamar retóricamente sobre su magnífica tradición. Se necesita actualizar, reformular y revitalizar la tradición católica, arraigándola más profundamente en el corazón de las personas, en la vida de las familias y en la cultura de los pueblos, para que resplandezca como belleza de la verdad, promesa de felicidad y novedad de vida más humana para todos. ¡Se necesita, sí, una nueva evangelización! ¡Se necesita tanto en Europa como

en América! Bajo esa luz, se propone con acierto el lema del próximo “Día de Hispanoamérica”, 4 de marzo de 2012: “*Comprometidos con América en la Nueva Evangelización*”.

Un largo camino compartido

Hispanoamérica debe a España, ante todo, lo que es su más rico tesoro: el patrimonio de la tradición católica comunicada, inculturada y arraigada en las tierras buenas del “Nuevo Mundo”. Con razón Benedicto XVI señaló en Aparecida, el 13 de mayo de 2007, que el patrimonio más precioso de América Latina es ese don providencial que ha gestado a sus pueblos y que “ha animado su vida y cultura [...] durante más de cinco siglos”. “Este es el rico tesoro del continente americano -decía el Papa en esa oportunidad-; este es su patrimonio más valioso: la fe en Dios amor, que reveló su rostro en Jesucristo [...]. No es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios amor, encarnado, muerto y resucitado, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy”.

El hecho de que aproximadamente el 80% de los latinoamericanos sean todavía hoy bautizados en la Iglesia católica, y de que esta, la Iglesia católica, continúe siendo una de las instituciones que suscita la mayor confianza y credibilidad en sus pueblos es signo

y fruto de la fecundidad de aquella primera evangelización, de la profunda inculturación de la fe en la vida de aquellos pueblos, y del enraizamiento secular del cristianismo; y ello, a pesar de compromisos mundanos, descuidos y deficiencias en la evangelización, y un muchas veces insuficiente cuidado pastoral y catequético, agravado por la escasez de sacerdotes para atender a muchas comunidades cristianas.

Ese patrimonio se manifiesta en la fe de tantos fieles y en la “rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos” (*Benedicto XVI, discurso inaugural de la Conferencia de Aparecida*). E incluso ese patrimonio -como indican los obispos en Aparecida (n. 7)- se expresa “en la caridad que anima por doquier gestos, obras y caminos de solidaridad con los más necesitados y desamparados [...], en la conciencia de la dignidad de la persona, la sabiduría ante la vida, la pasión por la justicia, la esperanza contra toda esperanza y la alegría de vivir aun en condiciones muy difíciles que mueven el corazón de nuestras gentes”. Por eso, el episcopado latinoamericano en Aparecida pudo afirmar con buenas razones que la tradición católica es un “cimiento fundamental” de la identidad, unidad y originalidad de América Latina (cf. n. 8).

La independencia de los países latinoamericanos, que legítimamente se conmemora y se celebra en su bicentenario, si bien trajo consigo algunas

décadas de enfrentamientos y desencuentros, de ningún modo fue ruptura con toda la riqueza que España aportó, como lengua, cultura y religión. Ya desde mediados del siglo XIX, esos vínculos fueron reforzados por la masiva inmigración española y portuguesa a tierras americanas. Desde entonces, han ido creciendo, a ritmos desiguales según las diversas circunstancias, los lazos políticos, económicos y culturales entre España y América Latina.

Sus destinos están indisolublemente unidos. Por eso, se sigue necesitando fortalecer la cooperación espiritual, personal y económica entre las Iglesias de Latinoamérica y España. Para ello son precisos los vínculos sociales de solidaridad, los intercambios culturales y la intensificación de la comunión y colaboración entre sus Iglesias; es decir, todo aquello que sirva para propagar y apoyar la transmisión de la fe, como reto principal de la “Nueva Evangelización”.

Intensificar el compromiso misionero...

Aún resuena con vigor en Hispanoamérica la voz del beato Juan Pablo II cuando, dirigiéndose a los obispos, reunidos en Asamblea del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), el 9 de marzo de 1983, les decía: “La conmemoración del medio milenio de la evangelización tendrá su pleno significado si es un compromiso nuestro [...] por una evangelización nueva.

Nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones”. Y después, el 12 de octubre de 1984, inaugurando en Santo Domingo el “novenario” de años de preparación del V centenario de la evangelización americana, llamaba a una “nueva evangelización de América Latina, que despliegue con más vigor, como la de los orígenes, un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre para generar [...] un gran futuro de esperanza”.

Los llamamientos a una “Nueva Evangelización” han sido después muy frecuentes, tanto por el mismo Juan Pablo II, como por Benedicto XVI, dirigidos especialmente a Europa y América. Es como si se quisiera concentrar, en esa expresión iluminadora, sintética y movilizadora, el mandato misionero de “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos” (*Mt* 28,19), para emprender una nueva fase de intensificación misionera en los nuevos ámbitos de evangelización. Esta convocatoria se ha hecho aún más urgente en la actualidad, con el lanzamiento -por parte de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, desde Aparecida- de la “Misión Continental”, con la creación por el papa Benedicto XVI del Dicasterio para la promoción de la Nueva Evangelización, y con la próxima XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se rea-

lizará en octubre de 2012, con el tema: “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”.

“El mundo de hoy necesita personas -decía Benedicto XVI el 15 de octubre de 2011- que anuncien y testimonien que es Cristo quien nos enseña el arte de vivir, el camino de la verdadera felicidad, porque Él mismo es el camino de la vida; personas que tengan ante todo ellas mismas la mirada fija en Jesús, el Hijo de Dios [...]; personas que hablen a Dios para poder hablar de Dios”. Se necesitan personas que muestren a Dios presente en la propia vida, en todas las dimensiones de su existencia y convivencia, e inviten a compartir una vida nueva, verdadera, más humana, que remite al acontecimiento que la hace posible y que continuamente la regenera.

Esta es hoy nuestra invitación, especialmente dirigida a todos los sacerdotes, religiosos y religiosas, y laicos españoles que trabajan como misioneros en América y son manifestación fecunda de la solicitud apostólica universal de la Iglesia en España. Que no falte la oración del Pueblo de Dios en todas las diócesis españolas en esta Jornada misionera, para que la Providencia divina suscite nuevas vocaciones misioneras para comprometerse con la “Nueva Evangelización” en América Latina, en la certeza de que este compromiso es la más genuina expresión de la catolicidad y de la identidad misionera de cada Iglesia local, aunque aquí y allá

las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada escaseen.

... con las Iglesias de América Latina

A modo de sugerencia, hacemos unas recomendaciones a la Iglesia de Dios en España para fortalecer el compromiso misionero de la “Nueva Evangelización”:

- Abrir el corazón a las familias y comunidades de latinoamericanos inmigrantes asentadas en España, especialmente en estos tiempos de crisis. Estas personas sencillas y sacrificadas, fieles a la tradición cristiana en la que siempre han vivido, tienen que superar el impacto del desarraigo y de la secularización, y necesitan la compañía cercana, solidaria, llena de la caridad, evangelizadora y catequética, de las comunidades cristianas.

- Agradecer el precioso servicio que están prestando (y que puede extenderse más aún) universidades y centros superiores de Teología que, en España, acogen a sacerdotes provenientes de América Latina para la ampliación de sus estudios.

- Reconocer y acoger a los sacerdotes provenientes de países latinoamericanos que, con el consentimiento de sus respectivos obispos, prestan sus servicios pastorales en diócesis españolas. También América Latina está llamada a “dar de su pobreza” y asumir la solicitud por la Iglesia universal, que le corresponde, no solo por deuda de gra-

titud, sino también por contar hoy con más del 40% de los católicos.

- Renovar la memoria agradecida del maravilloso espectáculo de santidad y comunión eclesial vivido durante la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. Aquellos admirables dos millones de jóvenes son un signo de esperanza para la tradición cristiana y la multiplicación de nuevos discípulos, testigos y misioneros de Cristo, y a la vez, un enorme y apasionante reto. A Madrid llegaron en esa ocasión muchas decenas de miles de jóvenes latinoamericanos, que se sintieron como en casa y retornaron con una renovada implicación en la “Nueva Evangelización”. Ahora toca entregarles el testigo y seguir el camino iniciado, en peregrinación espiritual, educativa y misionera, hacia la próxima Jornada Mundial de la Juventud, que se realizará en julio de 2013 en Río de Janeiro. Estas son también realidades que expresan esa “Nueva Evangelización” como compromiso común entre España y América.

Conclusión: recobrar el fervor espiritual

Confiemos estas intenciones a la gracia del Espíritu Santo, verdadero protagonista de la “Nueva Evangelización”, que nos precede en el corazón de las personas y en la cultura de los pueblos, para conducirlos hacia Cristo, según los tiempos y ritmos definidos por la Providencia de Dios. Y como toda gracia divina, en la lógica de la Encarnación, pasa a través de la santí-

sima Virgen María -¡lo sabemos por fe, pero también por experiencia viva de nuestros pueblos!-, pidamos confiados la intercesión de la “Estrella de la Nueva Evangelización”.

Con los ojos puestos en Ella, terminamos con las mismas palabras de la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (n. 80) que se recogen al final del documento de Aparecida: “Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo -como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia- con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de

extinguir. Sea esta la mayor alegría para nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desesperanzados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”. “Recobremos -concluyen los obispos latinoamericanos- el valor y audacia apostólicos”. Amén.

*Cardenal Marc Oullet
Presidente de la Pontificia Comisión
para América Latina.*

La CEE y la Fundación Endesa renuevan el convenio de colaboración para la iluminación de templos y catedrales.

Martes, 7 de Febrero de 2012

El Presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), Card. D. Antonio María Rouco Varela, y el Presidente de la Fundación Endesa, D. Rafael Miranda Robredo, han renovado el convenio de colaboración que ambas instituciones mantenían para la realización de proyectos de iluminación de catedrales, templos y otros edificios integrantes del Patrimonio Histórico-Cultural de la Iglesia. El convenio estará en vigor durante el quinquenio 2012-2016.

La CEE y la Fundación Endesa han desarrollado ya tres Convenios, suscritos en 1998, 2001 y 2006 que han permitido la iluminación de un gran número de catedrales y otros templos. Además, la Fundación Endesa ha colaborado con exposiciones de las Edades del Hombre y con la iluminación de la Universidad Pontificia de Salamanca.

La aceptación y relevancia social alcanzada en estas actuaciones, según consta en el Convenio, ha aconsejado abordar un nuevo Plan de iluminaciones para el próximo

quinquenio, con el fin de culminar los proyectos pendientes y atender también a las nuevas iniciativas que se puedan presentar.

Financiación paritaria al 50%

La Fundación Endesa cooperará con su apoyo técnico y participará en el 50% de la financiación del conjunto de los proyectos. Las diócesis, así como otras instituciones religiosas que soliciten acogerse a este Convenio, aportarán el 50% restante. Sin embargo, la financiación concreta de cada uno de

los proyectos tratará de acomodarse a las posibilidades de las diócesis e instituciones religiosas que los soliciten.

El Convenio establece la creación de una Comisión Mixta para su seguimiento y ejecución, que estará compuesta por dos representantes de la CEE y por el Director de la Fundación Endesa. Esta Comisión será la encargada de establecer el procedimiento para llevar a cabo la selección de las propuestas recibidas, que luego deberán ser aprobadas por la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal.

Declaración de la Renta 2011 (IRPF 2010)

Las declaraciones a favor de la Iglesia Católica vuelven a aumentar en 2011

Miércoles, 15 de Febrero de 2012

En la última declaración de la Renta, de 2011, correspondiente al IRPF de 2010, el número de declaraciones con asignación a favor de la Iglesia Católica se ha incrementado en 194.685. El número total de declaraciones a favor de la Iglesia se ha elevado a 7.454.823. En los últimos cinco años, se ha producido un aumento de casi un millón de declaraciones (exactamente 971.643). Si tenemos en cuenta que el 23,8% de las declaraciones que se presentaron fueron conjuntas, podemos estimar que en la pasada primavera más de 9,2 millones de contribuyentes asignaron a favor de la Iglesia Católica.

El porcentaje sube en casi 1 punto (0,96%) y se sitúa en el 35,71%

Casi 200.000 declaraciones más que el año pasado, pero 1.162.820 de euros menos, a causa de la crisis

Como ya sucedió el año pasado, el impacto de la crisis se ha notado, a nivel general, no solo en la disminución del número total de declaraciones presentadas, sino también en el monto global de la cuota íntegra, que ha experimentado un descenso muy significativo. También la cantidad global correspondiente a la Iglesia ha sido menor que el año anterior: 248,3 millones de euros, en lugar de los 249,4 del pasado ejercicio (es decir 1.162.820 euros menos). Si la disminución no ha sido aún mayor es gracias al incremento del número de declaraciones, que ha com-

pensado algo el descenso general de las magnitudes mencionadas.

Elementos para la interpretación

Para una correcta interpretación del significado de estos datos es necesario recordar que, desde el 1º de enero de 2007, el incremento del coeficiente al 0,7% fue acompañado de la eliminación de la exención del IVA, lo que significaba hasta esa fecha para las instituciones de la Iglesia un ahorro aproximado de 30 millones de euros. Por otro lado, hay que valorar también el hecho de que, con el nuevo sistema, el Estado no garantiza ya ningún mínimo para el sostenimiento básico de la Iglesia. Ha dejado de existir el llamado “complemento presupuestario”, de modo que la Iglesia, para su sostenimiento, solo recibe lo que resulta de la asignación voluntaria de los contribuyentes y nada de los Presupuestos Generales del Estado.

Valoración de los datos

El porcentaje sube hasta el 35,71%

La Conferencia Episcopal Española (CEE) considera que, a pesar del contexto general de crisis económica, los resultados de este ejercicio son positivos y permitirán mantener el sostenimiento de las actividades básicas de la Iglesia en niveles de eficacia y austeridad semejantes a los que han venido siendo habituales hasta ahora. La decisión personal de los contribuyentes a la hora de marcar la casilla seguirá siendo fundamental.

Pueden hacerlo o bien solo para la Iglesia Católica, o bien conjuntamente para la Iglesia Católica y para los llamados “Otros fines sociales”. Ninguna de las dos opciones significa que el contribuyente vaya a tener que pagar más ni que le vayan a devolver menos.

El importante aumento en el número de personas que año tras año deciden asignar a favor de la Iglesia muestra que la percepción real que la sociedad tiene de la Iglesia es positiva. La CEE agradece su colaboración a todos los contribuyentes que han marcado la casilla de la Iglesia Católica en su Declaración de la Renta, en especial a los muchos que lo han hecho por primera vez este año, y recuerda que las otras formas de colaboración al sostenimiento de la Iglesia, como son por ejemplo las colectas o las suscripciones, continúan siendo absolutamente indispensables.

La CEE tiene la intención de seguir trabajando para informar acerca de la labor de la Iglesia y para animar a que, como está sucediendo, sigan siendo cada vez más quienes marquen la X en su Declaración a favor de la Iglesia. Marcar la casilla no cuesta nada y, sin embargo, rinde mucho.

La labor religiosa y espiritual de la Iglesia, ya de por sí de gran significado social, lleva además consigo otras funciones sociales: la enseñanza; la atención integral a los niños, los ancianos, los discapacitados; la acogida de los inmigrantes; la ayuda personal e inme-

diata a quienes la crisis económica está pone en dificultades; los misioneros en los lugares más pobres de la tierra. Todo ello surge de las vidas entregadas

y de la generosidad suscitada en quienes han encontrado su esperanza en la misión de la Iglesia. Con poco dinero, y gracias a la generosidad de millones.

La Conferencia Episcopal Española da a conocer la figura de San Juan de Ávila, próximo Doctor de la Iglesia

Jueves, 23 de Febrero de 2012

La Conferencia Episcopal Española (CEE) quiere dar a conocer la figura de San Juan de Ávila, patrono del clero español, que será proclamado próximamente Doctor de la Iglesia Universal. Para ello, durante los próximos meses, llevará a cabo diversos actos de preparación, de cara a la ceremonia de proclamación que tendrá lugar en Roma, y está elaborando un plan de comunicación para difundir a la opinión pública diversos aspectos sobre su persona y su obra.

Hasta el momento se han dado los primeros pasos para elaborar una identidad corporativa: se ha creado un logotipo, una página web (<http://sanjuandeavila.conferenciaepiscopal.es>) y una cuenta en twitter (@sjuandeavila_d), en la que desde hoy, todos los que lo deseen, podrán “seguir” a San Juan de Ávila.

Los trabajos están coordinados por la Junta San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia, que está compuesta por los siguientes miembros:

- Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina, Arzobispo de Sevilla.
- Mons. D. Fco. Javier Martínez Fernández, Arzobispo de Granada.
- Mons. D. Santiago García Aracil, Arzobispo de Mérida-Badajoz.
- Mons. D. Juan del Río Martín, Arzobispo Castrense.
- Mons. D. Antonio Algora Hernando, Obispo de Ciudad Real.
- Mons. D. Ramón del Hoyo López, Obispo de Jaen.
- Mons. D. Jesús Catalá Ibáñez, Obispo de Málaga.
- Mons. D. Josep Àngel Sáiz Meneles, Obispo de Tarrasa.
- Rvdo. D. Santiago Bohígues Fernández, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal del Clero.
- Rvdo. D. Ángel Pérez Pueyo, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios.
- Dña. Encarnación González Rodríguez, Postuladora de la Causa de Doctorado y Directora de la
- Mons. D. Demetrio Fernández González, Obispo de Córdoba (Presidente).

Oficina para las Causas de los Santos.

- D. Isidro Catela Marcos, Director de la Oficina de Información de la CEE.

Benedicto XVI lo anunció durante la JMJ Madrid-2011

El Papa Benedicto XVI anunció en la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011, al finalizar la Eucaristía con seminaristas de todo el mundo en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena, que san Juan de Ávila, sería proclamado Doctor de la Iglesia.

El Cardenal Rouco, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), agradeció al Santo Padre el “haber acogido nuestra súplica y la de muchos otros obispos y fieles de todo el mundo”. La CEE ha promovido la Causa del Doctorado. Fue la XII Asamblea Plenaria (5-11 de julio de 1970) la que acordó que se solicitara a la Santa Sede la declaración de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal y encargó preparar los trabajos y tramitar la solicitud a la entonces “Junta de Canonización” que comenzó a trabajar en 1971, ya con el nombre de “Junta pro Doctorado de san Juan de Ávila”. Durante estos años la CEE ha realizado numerosas acciones difusoras de la figura y doctrina del Santo Maestro.

El 10 de abril de 2010, la Postuladora entregó la Positio en la Congre-

gación de las Causas de los Santos. El 18 de diciembre de 2010 tuvo lugar el Congreso Peculiar de los Consultores Teólogos de la Congregación de las Causas de los Santos en orden al Doctorado del Maestro Ávila. Todos los votos fueron afirmativos. Posteriormente, la Congregación Ordinaria de Cardenales y Obispos miembros de la Congregación para las Causas de los Santos propuso unánimemente al Santo Padre la declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia.

Requisitos para que un santo sea proclamado Doctor de la Iglesia

Doctor de la Iglesia es el título que el Papa otorga oficialmente a algunos santos para proponerlos a los fieles de todos los tiempos como eminentes maestros de la fe.

El punto decisivo para que un santo sea proclamado Doctor de la Iglesia es que su doctrina haya sido declarada eminente, que haya gozado de un particular carisma de sabiduría, dado por el Espíritu Santo para el bien de la Iglesia, comprobado y ratificado por la influencia benéfica en el pueblo de Dios. Un Maestro, un Doctor de la Iglesia es, pues, quien ha estudiado y contemplado con singular clarividencia los misterios más profundos de la fe y es capaz de exponerlos a los fieles de modo que les sirvan de guía en su formación y en su vida espiritual.

Hasta el momento, los Doctores de la Iglesia son 33. El primero, San

Atanasio de Alejandría (c.296-373) y la última Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), carmelita descalza, que Juan Pablo II proclamó Doctora en el año 1997. Curiosamente, el Papa polaco también anunció el Doctorado de Santa Teresita en el transcurso de una Jornada Mundial de la Juventud (París).

Biografía de San Juan de Ávila

San Juan de Ávila nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) el día la Epifanía, 6 de enero de 1499 ó 1500 y murió en Montilla (Córdoba), el 10 de mayo de 1569.

Comenzó los estudios de Leyes en la Universidad de Salamanca, pero los abandonó al concluir el cuarto curso debido a una profunda experiencia de conversión. Con el propósito de hacerse sacerdote y marchar después como misionero a las Indias, en 1520 fue a estudiar Artes y Teología a la Universidad de Alcalá, recién fundada por el Cardenal Cisneros y abierta a las diversas corrientes del humanismo renacentista. En 1526, recibió la ordenación de presbítero y celebró la primera Misa solemne en la parroquia de su pueblo. Para festejar su sacerdocio, invitó a su mesa a 12 pobres y decidió vender su cuantiosa fortuna procedente de las minas de plata que poseía la familia y darlo todo a los más necesitados.

Fue amigo y consejero de grandes santos como santa Teresa de Jesús,

san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Borja, santo Tomás de Villanueva, san Juan de Ribera o san Pedro de Alcántara, entre otros.

Llevó una vida intensa, dedicada particularmente a la oración, a la predicación y a la formación específica de quienes se preparaban para el sacerdocio.

Tras conocerle, y seguir sus predicaciones, fueron muy sonadas algunas conversiones como la del Marqués de Lombay, que llegó a ser san Francisco de Borja, o la de Juan Ciudad-san Juan de Dios- y, sobre todo, su dedicación a la gente sencilla junto con la fundación varios colegios para la formación de los niños y jóvenes. El Maestro Ávila fundó incluso una Universidad, la de Baeza (Jaén), que durante siglos fue un destacado referente para la cualificada formación de los sacerdotes.

Entre su abundante obra, destaca el Audi, filia; Memoriales; Tratado del amor de Dios; Tratado sobre el sacerdocio; Pláticas; Sermones; así como un abundante epistolario, un catecismo y una peculiar obra en verso: Doctrina cristiana, concebida para que la cantaran los niños.

San Juan de Ávila fue declarado patrono del clero secular español en 1946 por Pío XII y canonizado en 1970 por Pablo VI.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ANGELUS

Plaza del San Pedro. Domingo, 22 de enero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo cae en medio de la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que se celebra del 18 al 25 de enero. Invito cordialmente a todos a unirse a la oración que Jesús dirigió al Padre en la víspera de su pasión: «Que ellos también sean uno, para que el mundo crea» (*Jn 17, 21*). Este año en particular, nuestra meditación durante la Semana de oración por la unidad de los cristianos se refiere a un pasaje de la primera carta de san Pablo a los Corintios, del que se formuló el lema: Todos seremos transformados por la victoria de Jesucristo, nuestro Señor (cf. *1 Co 15, 51-58*). Estamos llamados a contemplar la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, es decir, su resurrección, como un acontecimiento que transforma radicalmente a los que creen en él y les abre el acceso a una vida incorruptible e inmortal. Reconocer y aceptar el poder transformador de la fe en Jesucristo sostiene a los cristianos también en la búsqueda de la unidad plena entre ellos.

Este año los materiales para la Semana de oración por la unidad fueron

preparados por un grupo polaco. De hecho, Polonia ha tenido una larga historia de luchas valientes contra varias adversidades y ha dado repetidas muestras de una gran determinación, animada por la fe. Por eso, las palabras que forman el tema mencionado anteriormente, tienen una resonancia y una fuerza particulares en Polonia. A lo largo de los siglos, los cristianos polacos han intuido de forma espontánea una dimensión espiritual en su deseo de libertad y han comprendido que la verdadera victoria solo puede alcanzarse si va acompañada de una profunda transformación interior. Ellos nos recuerdan que nuestra búsqueda de unidad se puede realizar de manera realista si el cambio se da ante todo en nosotros mismos y si dejamos que Dios actúe, si nos dejamos transformar a imagen de Cristo, si entramos en la vida nueva en Cristo, que es la verdadera victoria. La unidad visible de todos los cristianos siempre es una obra que viene de lo alto, de Dios, una obra que requiere la humildad de reconocer nuestra debilidad y de acoger el don. Pero, para usar una frase que repetía a menudo el beato Papa Juan Pablo II, todo don se convierte también en un compromiso. La unidad que viene de Dios exige, por lo tanto, nuestro compromiso diario

de abrirnos los unos a los otros en la caridad.

Desde hace muchas décadas, la Semana de oración por la unidad de los cristianos constituye un elemento central en la actividad ecuménica de la Iglesia. El tiempo que dedicaremos a la oración por la comunión plena de los discípulos de Cristo, nos permitirá comprender más profundamente cómo seremos transformados por su victoria, por el poder de su resurrección. El próximo miércoles, como es costumbre, vamos a concluir la Semana de oración con la celebración solemne de las Vísperas de la fiesta de la Conversión de San Pablo, en la basílica de San Pablo Extramuros, en la que estarán presentes también los representantes de las otras Iglesias y comunidades cristianas. Espero que acudáis en gran número a ese encuentro litúrgico para renovar juntos nuestra oración al Señor, fuente de unidad. Encomendémosla desde ahora, con confianza filial, a la intercesión de la santísima Virgen María, Madre de la Iglesia.

Plaza de San Pedro. Domingo 29 de enero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este domingo (Mc 1, 21-28) nos presenta a Jesús que, un sábado, predica en la sinagoga de Cafarnaún, la pequeña ciudad sobre el

lago de Galilea donde habitaban Pedro y su hermano Andrés. A su enseñanza, que despierta la admiración de la gente, sigue la liberación de «un hombre que tenía un espíritu inmundo» (v. 23), el cual reconoce en Jesús «al santo de Dios», es decir, al Mesías. En poco tiempo, su fama se difunde por toda la región, que él recorre anunciando el reino de Dios y curando a los enfermos de todo tipo: palabra y acción. San Juan Crisóstomo pone de relieve cómo el Señor «alterna el discurso en beneficio de los oyentes, en un proceso que va de los prodigios a las palabras y pasando de nuevo de la enseñanza de su doctrina a los milagros» (*Hom. in Mattheum* 25, 1: pg 57, 328).

La palabra que Jesús dirige a los hombres abre inmediatamente el acceso a la voluntad del Padre y a la verdad de sí mismos. En cambio, no sucedía lo mismo con los escribas, que debían esforzarse por interpretar las Sagradas Escrituras con innumerables reflexiones. Además, a la eficacia de la palabra, Jesús unía la de los signos de liberación del mal. San Atanasio observa que «mandar a los demonios y expulsarlos no es obra humana sino divina»; de hecho, el Señor «alejaba de los hombres todas las enfermedades y dolencias. ¿Quién, viendo su poder... hubiera podido aún dudar de que él era el Hijo, la Sabiduría y el Poder de Dios?» (*Oratio de Incarnatione Verbi* 18.19: pg 25, 128 bc.129 b). La autoridad divina no es una fuerza de la naturaleza. Es el poder del amor de

Dios que crea el universo y, encarnándose en el Hijo unigénito, abajándose a nuestra humanidad, sana al mundo corrompido por el pecado. Romano Guardini escribe: «Toda la vida de Jesús es una traducción del poder en humildad..., es la soberanía que se abaja a la forma de siervo» (*Il Potere*, Brescia 1999, pp. 141-142).

A menudo, para el hombre la autoridad significa posesión, poder, dominio, éxito. Para Dios, en cambio, la autoridad significa servicio, humildad, amor; significa entrar en la lógica de Jesús que se inclina para lavar los pies de los discípulos (cf. *Jn* 13, 5), que busca el verdadero bien del hombre, que cura las heridas, que es capaz de un amor tan grande como para dar la vida, porque es Amor. En una de sus cartas, santa Catalina de Siena escribe: «Es necesario que veamos y conozcamos, en verdad, con la luz de la fe, que Dios es el Amor supremo y eterno, y no puede desear otra cosa que no sea nuestro bien» (*Ep.* 13 en: *Le Lettere*, vol. 3, Bolonia 1999, p. 206).

Queridos amigos, el próximo jueves 2 de febrero, celebraremos la fiesta de la Presentación del Señor en el templo, Jornada mundial de la vida consagrada. Invoquemos con confianza a María santísima, para que guíe nuestro corazón a recurrir siempre a la misericordia divina, que libera y cura nuestra humanidad, colmándola de toda gracia y benevolencia, con el poder del amor.

Plaza de San Pedro. Domingo, 5 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este domingo nos presenta a Jesús que cura a los enfermos: primero a la suegra de Simón Pedro, que estaba en cama con fiebre, y él, tomándola de la mano, la sanó y la levantó; y luego a todos los enfermos en Cafarnaún, probados en el cuerpo, en la mente y en el espíritu; y «curó a muchos... y expulsó muchos demonios» (*Mc* 1, 34). Los cuatro evangelistas coinciden en testimoniar que la liberación de enfermedades y padecimientos de cualquier tipo constituía, junto con la predicación, la principal actividad de Jesús en su vida pública. De hecho, las enfermedades son un signo de la acción del Mal en el mundo y en el hombre, mientras que las curaciones demuestran que el reino de Dios, Dios mismo, está cerca. Jesucristo vino para vencer el mal desde la raíz, y las curaciones son un anticipo de su victoria, obtenida con su muerte y resurrección.

Un día, Jesús dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos» (*Mc* 2, 17). En aquella ocasión, se refería a los pecadores, que él había venido a llamar y a salvar, pero sigue siendo cierto que la enfermedad es una condición típicamente humana, en la que experimentamos fuertemente que no somos autosuficientes, sino que necesitamos de los demás. En este sentido, podríamos decir,

de modo paradójico, que la enfermedad puede ser un momento saludable, en el que se puede experimentar la atención de los demás y prestar atención a los demás. Sin embargo, la enfermedad es siempre una prueba, que puede llegar a ser larga y difícil. Cuando la curación no llega y el sufrimiento se prolonga, podemos quedar como abrumados, aislados, y entonces nuestra vida se deprime y se deshumaniza. ¿Cómo debemos reaccionar ante este ataque del Mal? Ciertamente con el tratamiento apropiado -la medicina en las últimas décadas ha dado grandes pasos, y por ello estamos agradecidos-, pero la Palabra de Dios nos enseña que hay una actitud determinante y de fondo para hacer frente a la enfermedad, y es la fe en Dios, en su bondad. Lo repite siempre Jesús a las personas a quienes sana: Tu fe te ha salvado (cf. *Mc* 5, 34.36). Incluso frente a la muerte, la fe puede hacer posible lo que humanamente es imposible. ¿Pero fe en qué? En el amor de Dios. He aquí la respuesta verdadera que derrota radicalmente al Mal. Así como Jesús se enfrentó al Maligno con la fuerza del amor que le venía del Padre, así también nosotros podemos afrontar y vencer la prueba de la enfermedad, teniendo nuestro corazón inmerso en el amor de Dios. Todos conocemos personas que han soportado sufrimientos terribles, porque Dios les daba una profunda serenidad. Pienso en el reciente ejemplo de la beata Chiara Badano, segada en la flor de la juventud por un mal sin remedio: cuantos iban a visitarla recibían de ella luz y confianza. Pero, en la enfermedad, todos necesita-

mos calor humano: para consolar a una persona enferma, más que las palabras, cuenta la cercanía serena y sincera.

Queridos amigos, el próximo sábado, 11 de febrero, memoria de Nuestra Señora de Lourdes, se celebra la Jornada mundial del enfermo. Hagamos también como la gente en tiempos de Jesús: presentémosle espiritualmente a todos los enfermos, confiando en que él quiere y puede curarlos. E invoquemos la intercesión de Nuestra Señora, en especial por las situaciones de mayor sufrimiento y abandono. María, Salud de los enfermos, ruega por nosotros.

Plaza del San Pedro. Domingo, 12 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El domingo pasado, vimos que Jesús, en su vida pública, curó a muchos enfermos, revelando que Dios quiere para el hombre la vida y la vida en plenitud. El evangelio de este domingo (*Mc* 1, 40-45) nos muestra a Jesús en contacto con la forma de enfermedad considerada en aquel tiempo como la más grave, tanto que volvía a la persona «impura» y la excluía de las relaciones sociales: hablamos de la lepra. Una legislación especial (cf. *Lv* 13-14) reservaba a los sacerdotes la tarea de declarar a la persona leprosa, es decir, impura; y también correspondía al sacerdote constatar la curación y readmitir al enfermo sanado a la vida normal.

Mientras Jesús estaba predicando por las aldeas de Galilea, un leproso se le acercó y le dijo: «Si quieres, puedes limpiarme». Jesús no evita el contacto con este hombre; más aún, impulsado por una íntima participación en su condición, extiende su mano y lo toca -superando la prohibición legal-, y le dice: «Quiero, queda limpio». En ese gesto y en esas palabras de Cristo, está toda la historia de la salvación, está encarnada la voluntad de Dios de curarnos, de purificarnos del mal que nos desfigura y arruina nuestras relaciones. En aquel contacto entre la mano de Jesús y el leproso, queda derribada toda barrera entre Dios y la impureza humana, entre lo sagrado y su opuesto, no para negar el mal y su fuerza negativa, sino para demostrar que el amor de Dios es más fuerte que cualquier mal, incluso más que el más contagioso y horrible. Jesús tomó sobre sí nuestras enfermedades, se convirtió en «leproso» para que nosotros fuéramos purificados.

Un espléndido comentario existencial a este evangelio es la célebre experiencia de san Francisco de Asís, que resume al principio de su Testamento: «El Señor me dio de esta manera a mí, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: en efecto, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leproso. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó

en dulzura del alma y del cuerpo; y después de esto, permanecí un poco de tiempo, y salí del mundo» (*Fuentes franciscanas*, 110). En aquellos leproso, que Francisco encontró cuando todavía estaba «en pecados» -como él dice-, Jesús estaba presente, y cuando Francisco se acercó a uno de ellos, y, venciendo la repugnancia que sentía, lo abrazó, Jesús lo curó de su lepra, es decir, de su orgullo, y lo convirtió al amor de Dios. ¡Esta es la victoria de Cristo, que es nuestra curación profunda y nuestra resurrección a una vida nueva!

Queridos amigos, dirijámonos en oración a la Virgen María, a quien ayer celebramos recordando sus apariciones en Lourdes. A santa Bernardita la Virgen le dio un mensaje siempre actual: la llamada a la oración y a la penitencia. A través de su Madre es siempre Jesús quien sale a nuestro encuentro para liberarnos de toda enfermedad del cuerpo y del alma. ¡Dejémonos tocar y purificar por él, y seamos misericordiosos con nuestros hermanos!

Plaza de San Pedro. Solemnidad de la Catedral de San Pedro. Domingo, 19 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo es especialmente festivo aquí en el Vaticano, con motivo

del consistorio realizado ayer, en el que he creado 22 nuevos cardenales. Con ellos, he tenido la alegría de concelebrar, esta mañana, la Eucaristía en la basílica de San Pedro, junto a la tumba del Apóstol a quien Jesús llamó a ser la «piedra» sobre la cual edificaría su Iglesia (cf. *Mt* 16, 18). Por eso, os invito a todos a unir también vuestra oración por estos venerables hermanos, que ahora están aún más comprometidos a colaborar conmigo en la dirección de la Iglesia universal y a dar testimonio del Evangelio hasta el sacrificio de su vida. Esto es lo que significa el color rojo de sus vestidos: el color de la sangre y del amor. Algunos de ellos trabajan en Roma, al servicio de la Santa Sede; otros son pastores de importantes iglesias diocesanas; y otros se han distinguido por una larga y valiosa actividad de estudio y enseñanza. Ahora forman parte del Colegio que ayuda al Papa más de cerca en su ministerio de comunión y de evangelización: los recibimos con alegría, recordando lo que dijo Jesús a los doce Apóstoles: «El que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro servidor, porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (*Mc* 10, 44-45).

Este acontecimiento eclesial tiene como trasfondo la fiesta litúrgica de la Catedral de San Pedro, adelantada a hoy, porque el próximo 22 de febrero -la fecha de esa fiesta-, será el miércoles de Ceniza, inicio de la Cuaresma. La «catedral» es el sitio reservado para

el obispo, y de ahí deriva el nombre de «catedral» dado a la iglesia donde, precisamente, el obispo preside la liturgia y enseña al pueblo. La Cátedra de San Pedro, representada en el ábside de la basílica vaticana por una monumental escultura de Bernini, es símbolo de la misión especial de Pedro y de sus sucesores de pastorear el rebaño de Cristo, manteniéndolo unido en la fe y en la caridad. Ya a inicios del siglo II, san Ignacio de Antioquía atribuía a la Iglesia que estaba en Roma un singular primado, saludándola, en su carta a los Romanos, como la que «preside en la caridad». Esta función especial de servicio le viene a la comunidad romana y a su obispo por el hecho de que en esta ciudad derramaron su sangre los apóstoles Pedro y Pablo, así como otros muchos mártires. Volvemos, así, al testimonio de la sangre y de la caridad. La Cátedra de Pedro, por lo tanto, es ciertamente un signo de autoridad, pero de la autoridad de Cristo, basada en la fe y en el amor.

Queridos amigos, encomendemos a los nuevos cardenales a la protección maternal de María santísima, para que siempre los asista en su servicio eclesial y los sostenga en las pruebas. Que María, Madre de la Iglesia, nos ayude a mí y a mis colaboradores a trabajar incansablemente por la unidad del pueblo de Dios y para proclamar a todos los pueblos el mensaje de salvación, realizando con humildad y valentía el servicio a la verdad en la caridad.

AUDIENCIAS

Sala Pablo VI. Miércoles, 25 de enero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis de hoy centramos nuestra atención en la oración que Jesús dirige al Padre en la «Hora» de su elevación y glorificación (cf. *Jn* 17, 1-26). Como afirma el *Catecismo de la Iglesia católica*: «La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración “sacerdotal” de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su “paso” [pascua] hacia el Padre donde él es “consagrado” enteramente al Padre» (n. 2747).

Esta oración de Jesús es comprensible en su extrema riqueza sobre todo si la colocamos en el trasfondo de la fiesta judía de la expiación, el *Yom kippur*. Ese día el Sumo Sacerdote realiza la expiación primero por sí mismo, luego por la clase sacerdotal y, finalmente, por toda la comunidad del pueblo. El objetivo es dar de nuevo al pueblo de Israel, después de las transgresiones de un año, la consciencia de la reconciliación con Dios, la consciencia de ser el pueblo elegido, el «pueblo santo» en medio de los demás pueblos. La oración de Jesús, presentada en el capítulo 17 del Evangelio según san Juan, retoma la estructura de esta fiesta. En aquella noche Jesús se dirige al Padre en el momento en el que se está ofreciendo a sí mismo. Él, sacerdote y víctima, reza

por sí mismo, por los apóstoles y por todos aquellos que creerán en él, por la Iglesia de todos los tiempos (cf. *Jn* 17, 20).

La oración que Jesús hace por sí mismo es la petición de su propia glorificación, de su propia «elevación» en su «Hora». En realidad, es más que una petición y que una declaración de plena disponibilidad a entrar, libre y generosamente, en el designio de Dios Padre que se cumple al ser entregado y en la muerte y resurrección. Esta «Hora» comenzó con la traición de Judas (cf. *Jn* 13, 31) y culminará en la ascensión de Jesús resucitado al Padre (cf. *Jn* 20, 17). Jesús comenta la salida de Judas del cenáculo con estas palabras: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él» (*Jn* 13, 31). No por casualidad, comienza la oración sacerdotal diciendo: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti» (*Jn* 17, 1).

La glorificación que Jesús pide para sí mismo, en calidad de Sumo Sacerdote, es el ingreso en la plena obediencia al Padre, una obediencia que lo conduce a su más plena condición filial: «Y ahora, Padre, glorifícame junto a ti con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese» (*Jn* 17, 5). Esta disponibilidad y esta petición constituyen el primer acto del sacerdocio nuevo de Jesús, que consiste en entregarse totalmente en la cruz, y precisamente

en la cruz -el acto supremo de amor- él es glorificado, porque el amor es la gloria verdadera, la gloria divina.

El segundo momento de esta oración es la intercesión que Jesús hace por los discípulos que han estado con él. Son aquellos de los cuales Jesús puede decir al Padre: «He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra» (Jn 17, 6). «Manifestar el nombre de Dios a los hombres» es la realización de una presencia nueva del Padre en medio del pueblo, de la humanidad. Este «manifestar» no es solo una *palabra*, sino que es una *realidad* en Jesús; Dios está con nosotros, y así el nombre -su presencia con nosotros, el hecho de ser uno de nosotros- se ha hecho una «realidad». Por lo tanto, esta manifestación se realiza en la encarnación del Verbo. En Jesús, Dios entra en la carne humana, se hace cercano de modo único y nuevo. Y esta presencia alcanza su cumbre en el sacrificio que Jesús realiza en su Pascua de muerte y resurrección.

En el centro de esta oración de intercesión y de expiación en favor de los discípulos está la petición de *consagración*. Jesús dice al Padre: «No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y, por ellos, yo me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad»

(Jn 17, 16-19). Pregunto: En este caso, ¿qué significa «consagrar»? Ante todo, es necesario decir que propiamente «consagrado» o «santo» es solo Dios. Consagrar, por lo tanto, quiere decir transferir una realidad -una persona o cosa- a la propiedad de Dios. Y, en esto, se presentan dos aspectos complementarios: por un lado, sacar de las cosas comunes, separar, «apartar» del ambiente de la vida personal del hombre para entregarse totalmente a Dios; y, por otro, esta separación, este traslado a la esfera de Dios, tiene el significado de «envío», de misión: precisamente porque al entregarse a Dios, la realidad, la persona consagrada existe «para» los demás, se entrega a los demás. Entregar a Dios quiere decir ya no pertenecerse a sí mismo, sino a todos. Es consagrado quien, como Jesús, es separado del mundo y apartado para Dios con vistas a una tarea y, precisamente por ello, está completamente a disposición de todos. Para los discípulos, será continuar la misión de Jesús, entregarse a Dios para estar así en misión para todos. La tarde de la Pascua, el Resucitado, al aparecerse a sus discípulos, les dirá: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21).

El tercer acto de esta oración sacerdotal extiende la mirada hasta el fin de los tiempos. En esta oración, Jesús se dirige al Padre para interceder en favor de todos aquellos que serán conducidos a la fe mediante la misión inaugurada por los apóstoles y continuada en la

historia: «No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos» (*Jn* 17, 20). Jesús ruega por la Iglesia de todos los tiempos, ruega también por nosotros. El *Catecismo de la Iglesia católica* comenta: «Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la “Hora de Jesús” llena los últimos tiempos y los lleva a su consumación» (n. 2749).

La petición central de la oración sacerdotal de Jesús dedicada a sus discípulos de todos los tiempos es la petición de la futura unidad de cuantos crearán en él. Esa unidad no es producto del mundo, sino que proviene exclusivamente de la unidad divina y llega a nosotros del Padre mediante el Hijo y en el Espíritu Santo. Jesús invoca un don que proviene del cielo, y que tiene su efecto -real y perceptible- en la tierra. Él ruega «para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn* 17, 21). La unidad de los cristianos, por una parte, es una realidad secreta que está en el corazón de las personas creyentes. Pero, al mismo tiempo, esa unidad debe aparecer con toda claridad en la historia, debe aparecer para que el mundo crea; tiene un objetivo muy práctico y concreto, debe aparecer para que todos realmente sean uno. La unidad de los futuros discípulos, al ser unidad con Jesús -a quien el Padre envió al mundo-, es también la

fuente originaria de la eficacia de la misión cristiana en el mundo.

«Podemos decir que en la oración sacerdotal de Jesús se cumple la institución de la Iglesia... Precisamente aquí, en el acto de la última Cena, Jesús crea la Iglesia. Porque, ¿qué es la Iglesia sino la comunidad de los discípulos que, mediante la fe en Jesucristo como enviado del Padre, recibe su unidad y se ve implicada en la misión de Jesús de salvar el mundo llevándolo al conocimiento de Dios? Aquí encontramos realmente una verdadera definición de la Iglesia.

La Iglesia nace de la oración de Jesús. Y esta oración no es solamente palabra: es el acto en que él se “consagra” a sí mismo, es decir, “se sacrifica” por la vida del mundo» (cf. *Jesús de Nazaret*, II, 123 s).

Jesús ruega para que sus discípulos sean uno. En virtud de esa unidad, recibida y custodiada, la Iglesia puede caminar «en el mundo» sin ser «del mundo» (cf. *Jn* 17, 16) y vivir la misión que le ha sido confiada para que el mundo crea en el Hijo y en el Padre que lo envió. La Iglesia se convierte entonces en el lugar donde continúa la misión misma de Cristo: sacar al «mundo» de la alienación del hombre de Dios y de sí mismo, es decir, sacarlo del pecado, para que vuelva a ser el mundo de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, hemos comentado solo algún elemento

de la gran riqueza de la oración sacerdotal de Jesús, que os invito a leer y a meditar, para que nos guíe en el diálogo con el Señor, para que nos enseñe a rezar. Así pues, también nosotros, en nuestra oración, pidamos a Dios que nos ayude a entrar, de forma más plena, en el proyecto que tiene para cada uno de nosotros; pidámosle que nos «consagre» a él, que le pertenezcamos cada vez más, para poder amar cada vez más a los demás, a los cercanos y a los lejanos; pidámosle que seamos siempre capaces de abrir nuestra oración a las dimensiones del mundo, sin limitarla a la petición de ayuda para nuestros problemas, sino recordando ante el Señor a nuestro prójimo, comprendiendo la belleza de interceder por los demás; pidámosle el don de la unidad visible entre todos los creyentes en Cristo -lo hemos invocado con fuerza en esta Semana de oración por la unidad de los cristianos-; pidamos estar siempre dispuestos a responder a quien nos pida razón de la esperanza que está en nosotros (cf. *1 P 3*, 15). Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 1 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero hablar de la oración de Jesús en Getsemaní, en el Huerto de los Olivos. El escenario de la narración evangélica de esta oración es particularmente significativo. Jesús, después

de la última Cena, se dirige al monte de los Olivos, mientras ora juntamente con sus discípulos. Narra el evangelista san Marcos: «Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos» (14, 26). Se hace probablemente alusión al canto de algunos Salmos del *'hallél* con los cuales se da gracias a Dios por la liberación del pueblo de la esclavitud y se pide su ayuda ante las dificultades y amenazas siempre nuevas del presente. El recorrido hasta Getsemaní está lleno de expresiones de Jesús que hacen sentir inminente su destino de muerte y anuncian la próxima dispersión de los discípulos.

También aquella noche, al llegar a la finca del monte de los Olivos, Jesús se prepara para la oración personal. Pero, en esta ocasión, sucede algo nuevo: parece que no quiere quedarse solo. Muchas veces Jesús se retiraba a un lugar apartado de la multitud e incluso de los discípulos, permaneciendo «en lugares solitarios» (cf. *Mc 1*, 35) o subiendo «al monte», dice san Marcos (cf. *Mc 6*, 46). En Getsemaní, en cambio, invita a Pedro, Santiago y Juan a que estén más cerca. Son los discípulos que había llamado a estar con él en el monte de la Transfiguración (cf. *Mc 9*, 2-13). Esta cercanía de los tres durante la oración en Getsemaní es significativa. También aquella noche Jesús rezará al Padre «solo», porque su relación con él es totalmente única y singular: es la relación del Hijo Unigénito. Es más, se podría decir que, sobre todo aquella noche, nadie podía acercarse real-

mente al Hijo, que se presenta al Padre en su identidad absolutamente única, exclusiva. Sin embargo, Jesús, incluso llegando «solo» al lugar donde se detendrá a rezar, quiere que, al menos, tres discípulos no permanezcan lejos, en una relación más estrecha con él. Se trata de una cercanía espacial, una petición de solidaridad en el momento en que siente acercarse la muerte; pero es sobre todo una cercanía en la oración, para expresar, en cierta manera, la sintonía con él en el momento en que se dispone a cumplir hasta el fondo la voluntad del Padre; y es una invitación a todo discípulo a seguirlo en el camino de la cruz. El evangelista san Marcos narra: «Se llevó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y empezó a sentir espanto y angustia. Les dijo: “Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad”» (14, 33-34).

Jesús, en la palabra que dirige a los tres, una vez más se expresa con el lenguaje de los Salmos: «Mi alma está triste», una expresión del Salmo 43 (cf. *Sal* 43, 5). La dura determinación «hasta la muerte», luego, hace referencia a una situación vivida por muchos de los enviados de Dios en el Antiguo Testamento y expresada en su oración. De hecho, no pocas veces seguir la misión que se les encomienda significa encontrar hostilidad, rechazo, persecución. Moisés siente de forma dramática la prueba que sufre mientras guía al pueblo en el desierto, y dice a Dios: «Yo solo no puedo cargar con todo este pueblo, pues supera mis fuerzas. Si me

vas a tratar así, hazme morir, por favor, si he hallado gracia a tus ojos» (*Nm* 11, 14-15). Tampoco para el profeta Elías es fácil realizar el servicio a Dios y a su pueblo. En el *Primer Libro de los Reyes* se narra: «Luego anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: “¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!”» (19, 4).

Las palabras de Jesús a los tres discípulos a quienes llamó a estar cerca de él durante la oración en Getsemaní revelan en qué medida experimenta miedo y angustia en aquella «Hora», experimenta la última profunda soledad precisamente mientras se está llevando a cabo el designio de Dios. En ese miedo y angustia de Jesús, se recapitula todo el horror del hombre ante la propia muerte, la certeza de su inexorabilidad y la percepción del peso del mal que roza nuestra vida.

Después de la invitación dirigida a los tres a permanecer y velar en oración, Jesús «solo» se dirige al Padre. El evangelista san Marcos narra que él «adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejara de él aquella hora» (14, 35). Jesús cae rostro en tierra: es una posición de la oración que expresa la obediencia a la voluntad del Padre, el abandonarse con plena confianza a él. Es un gesto que se repite al comienzo de la celebración de la Pasión, el Viernes Santo, así como en la profesión monástica y en

las ordenaciones diaconal, presbiteral y episcopal, para expresar, en la oración, también corporalmente, el abandono completo a Dios, la confianza en él. Luego Jesús pide al Padre que, si es posible, aparte de él aquella hora. No es solo el miedo y la angustia del hombre ante la muerte, sino el desconcierto del Hijo de Dios que ve la terrible masa del mal que deberá tomar sobre sí para superarlo, para privarlo de poder.

Queridos amigos, también nosotros, en la oración debemos ser capaces de llevar ante Dios nuestros cansancios, el sufrimiento de ciertas situaciones, de ciertas jornadas, el compromiso cotidiano de seguirlo, de ser cristianos, así como el peso del mal que vemos en nosotros y en nuestro entorno, para que él nos dé esperanza, nos haga sentir su cercanía, nos proporcione un poco de luz en el camino de la vida.

Jesús continúa su oración: «¡*Abbá!* ¡Padre!: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (*Mc* 14, 36). En esta invocación, hay tres pasajes reveladores. Al comienzo, tenemos la duplicación del término con el que Jesús se dirige a Dios: «¡*Abbá!* ¡Padre!» (*Mc* 14, 36a). Sabemos bien que la palabra aramea *Abbá* es la que utilizaba el niño para dirigirse a su papá, y, por lo tanto, expresa la relación de Jesús con Dios Padre, una relación de ternura, de afecto, de confianza, de abandono. En la parte central de la invocación, está el segundo elemento: la consciencia de la

omnipotencia del Padre -«tú lo puedes todo»-, que introduce una petición en la que, una vez más, aparece el drama de la voluntad humana de Jesús ante la muerte y el mal: «Aparta de mí este cáliz». Hay una tercera expresión de la oración de Jesús, y es la expresión decisiva, donde la voluntad humana se adhiere plenamente a la voluntad divina. En efecto, Jesús concluye diciendo con fuerza: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (*Mc* 14, 36c). En la unidad de la persona divina del Hijo, la voluntad humana encuentra su realización plena en el abandono total del *yo* en el *tú* del Padre, al que llama *Abbá*. San Máximo el Confesor afirma que desde el momento de la creación del hombre y de la mujer, la voluntad humana está orientada a la voluntad divina, y la voluntad humana es plenamente libre y encuentra su realización precisamente en el «sí» a Dios. Por desgracia, a causa del pecado, este «sí» a Dios se ha transformado en oposición: Adán y Eva pensaron que el «no» a Dios sería la cumbre de la libertad, el ser plenamente uno mismo. Jesús, en el monte de los Olivos, reconduce la voluntad humana al «sí» pleno a Dios; en él, la voluntad natural está plenamente integrada en la orientación que le da la Persona divina. Jesús vive su existencia según el centro de su Persona: su ser Hijo de Dios. Su voluntad humana es atraída por el yo del Hijo, que se abandona totalmente al Padre. De este modo, Jesús nos dice que el ser humano solo alcanza su verdadera altura, solo llega a ser «divino» conformando

su propia voluntad a la voluntad divina; solo saliendo de sí, solo en el «sí» a Dios, se realiza el deseo de Adán, de todos nosotros, el deseo de ser completamente libres. Es lo que realiza Jesús en Getsemaní: conformando la voluntad humana a la voluntad divina nace el hombre auténtico, y nosotros somos redimidos.

El *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica* enseña sintéticamente: «La oración de Jesús durante su agonía en el huerto de Getsemaní y sus últimas palabras en la cruz revelan la profundidad de su oración filial: Jesús lleva a cumplimiento el designio amoroso del Padre, y toma sobre sí todas las angustias de la humanidad, todas las súplicas e intercesiones de la historia de la salvación; las presenta al Padre, quien las acoge y escucha, más allá de toda esperanza, resucitándolo de entre los muertos» (n. 543). Verdaderamente «en ningún otro lugar de las Escrituras, podemos asomarnos tan profundamente al misterio interior de Jesús como en la oración del monte de los Olivos» (*Jesús de Nazaret* II, 186).

Queridos hermanos y hermanas, cada día en la oración del Padrenuestro pedimos al Señor: «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (*Mt* 6, 10). Es decir, reconocemos que existe una voluntad de Dios con respecto a nosotros y para nosotros, una voluntad de Dios para nuestra vida, que se ha de convertir cada día más en la referencia de nuestro querer y

de nuestro ser; reconocemos, además, que es en el «cielo» donde se hace la voluntad de Dios y que la «tierra» solamente se convierte en «cielo», lugar de la presencia del amor, de la bondad, de la verdad, de la belleza divina, si en ella se cumple la voluntad de Dios. En la oración de Jesús al Padre, en aquella noche terrible y estupenda de Getsemaní, la «tierra» se convirtió en «cielo»; la «tierra» de su voluntad humana, sacudida por el miedo y la angustia, fue asumida por su voluntad divina, de forma que la voluntad de Dios se cumplió en la tierra. Esto es importante también en nuestra oración: debemos aprender a abandonarnos más a la Providencia divina, pedir a Dios la fuerza de salir de nosotros mismos para renovarle nuestro «sí», para repetirle que «se haga tu voluntad», para conformar nuestra voluntad a la suya. Es una oración que debemos hacer cada día, porque no siempre es fácil abandonarse a la voluntad de Dios, repetir el «sí» de Jesús, el «sí» de María. Los relatos evangélicos de Getsemaní muestran dolorosamente que los tres discípulos, elegidos por Jesús para que estuvieran cerca de él, no fueron capaces de velar con él, de compartir su oración, su adhesión al Padre, y fueron vencidos por el sueño. Queridos amigos, pidamos al Señor que seamos capaces de velar con él en la oración, de seguir la voluntad de Dios cada día incluso cuando habla de cruz, de vivir una intimidad cada vez mayor con el Señor, para traer a esta «tierra» un poco del «cielo» de Dios. Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 8 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero reflexionar con vosotros sobre la oración de Jesús en la inminencia de la muerte, deteniéndome en lo que refieren san Marcos y san Mateo. Los dos evangelistas nos presentan la oración de Jesús moribundo no solo en lengua griega, en la que está escrito su relato, sino también, por la importancia de aquellas palabras, en una mezcla de hebreo y arameo. De este modo, transmitieron no solo el contenido, sino hasta el sonido que esa oración tuvo en los labios de Jesús: escuchamos realmente las palabras de Jesús como eran. Al mismo tiempo, nos describieron la actitud de los presentes en el momento de la crucifixión, que no comprendieron -o no quisieron comprender- esta oración.

Como hemos escuchado, escribe san Marcos: «Llegado el mediodía toda la región quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. Y a las tres, Jesús clamó con voz potente: “*Eloí, Eloí, lemá sabactaní?*”, que significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”» (15, 33-34). En la estructura del relato, la oración, el grito de Jesús se eleva en el culmen de las tres horas de tinieblas que, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, cubrieron toda la tierra. Estas tres horas de oscuridad son, a su vez, la continuación de un lapso de tiempo anterior, también de tres horas, que

comenzó con la crucifixión de Jesús. El evangelista san Marcos, en efecto, nos informa que: «Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron» (cf. 15, 25). Del conjunto de las indicaciones horarias del relato, las seis horas de Jesús en la cruz están articuladas en dos partes cronológicamente equivalentes.

En las tres primeras horas, desde las nueve hasta el mediodía, tienen lugar las burlas por parte de diversos grupos de personas, que muestran su escepticismo, afirman que no creen. Escribe san Marcos: «Los que pasaban lo injuriaban» (15, 29); «de igual modo, también los sumos sacerdotes, con los escribas, entre ellos se burlaban de él» (15, 31); «también los otros crucificados lo insultaban» (15, 32). En las tres horas siguientes, desde mediodía «hasta las tres de la tarde», el evangelista habla solo de las tinieblas que cubrían toda la tierra; la oscuridad ocupa ella sola toda la escena, sin ninguna referencia a movimientos de personajes o a palabras. Cuando Jesús se acerca cada vez más a la muerte, solo está la oscuridad que cubre «toda la tierra». Incluso el cosmos toma parte en este acontecimiento: la oscuridad envuelve a personas y cosas, pero también en este momento de tinieblas Dios está presente, no abandona. En la tradición bíblica, la oscuridad tiene un significado ambivalente: es signo de la presencia y de la acción del mal, pero también de una misteriosa presencia y acción de Dios, que es capaz de vencer toda tiniebla. En el *Libro del Éxodo*, por ejemplo,

leemos: «El Señor le dijo a Moisés: “Voy a acercarme a ti en una nube espesa”» (19, 9); y también: «El pueblo se quedó a distancia y Moisés se acercó hasta la nube donde estaba Dios» (20, 21). En los discursos del *Deuteronomio*, Moisés relata: «La montaña ardía en llamas que se elevaban hasta el cielo entre nieblas y densas nubes» (4, 11); vosotros «oísteis la voz que salía de la tiniebla, mientras ardía la montaña» (5, 23). En la escena de la crucifixión de Jesús, las tinieblas envuelven la tierra y son tinieblas de muerte en las que el Hijo de Dios se sumerge para traer la vida con su acto de amor.

Volviendo a la narración de san Marcos, Jesús, ante los insultos de las diversas categorías de personas, ante la oscuridad que lo cubre todo, en el momento en que se encuentra ante la muerte, con el grito de su oración muestra que, junto al peso del sufrimiento y de la muerte donde parece haber abandonado, la ausencia de Dios, él tiene la plena certeza de la cercanía del Padre, que aprueba este acto de amor supremo, de donación total de sí mismo, aunque no se escuche, como en otros momentos, la voz de lo alto. Al leer los Evangelios, nos damos cuenta de que Jesús, en otros pasajes importantes de su existencia terrena, había visto cómo a los signos de la presencia del Padre y de la aprobación a su camino de amor se unía también la voz clarificadora de Dios. Así, en el episodio que sigue al bautismo en el Jordán, al abrirse los cielos, se escuchó la palabra del Pa-

dre: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco» (*Mc* 1, 11). Después, en la Transfiguración, el signo de la nube estuvo acompañado por la palabra: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo» (*Mc* 9, 7). En cambio, al acercarse la muerte del Crucificado, desciende el silencio; no se escucha ninguna voz, aunque la mirada de amor del Padre permanece fija en la donación de amor del Hijo.

Pero, ¿qué significado tiene la oración de Jesús, aquel grito que eleva al Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado», la duda de su misión, de la presencia del Padre? En esta oración, ¿no se refleja, quizá, la consciencia precisamente de haber sido abandonado? Las palabras que Jesús dirige al Padre son el inicio del Salmo 22, donde el salmista manifiesta a Dios la tensión entre sentirse dejado solo y la consciencia cierta de la presencia de Dios en medio de su pueblo. El salmista reza: «Dios mío, de día te grito, y no respondes; de noche, y no me haces caso. Porque tú eres el Santo y habitas entre las alabanzas de Israel» (vv. 3-4). El salmista habla de «grito» para expresar ante Dios, aparentemente ausente, todo el sufrimiento de su oración: en el momento de angustia la oración se convierte en un grito.

Y esto sucede también en nuestra relación con el Señor: ante las situaciones más difíciles y dolorosas, cuando parece que Dios no escucha, no debemos temer confiarle a él el peso que llevamos en nuestro corazón, no debemos tener

miedo de gritarle nuestro sufrimiento; debemos estar convencidos de que Dios está cerca, aunque en apariencia calle.

Al repetir desde la cruz precisamente las palabras iniciales del Salmo, -«*Elí, Elí, lemá sabactaní?*»- «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mt 27, 46*), gritando las palabras del Salmo, Jesús reza en el momento del último rechazo de los hombres, en el momento del abandono; reza, sin embargo, con el Salmo, consciente de la presencia de Dios Padre también en esta hora en la que siente el drama humano de la muerte. Pero en nosotros surge una pregunta: ¿Cómo es posible que un Dios tan poderoso no intervenga para evitar esta prueba terrible a su Hijo? Es importante comprender que la oración de Jesús no es el grito de quien va al encuentro de la muerte con desesperación, y tampoco es el grito de quien es consciente de haber sido abandonado. Jesús, en aquel momento, hace suyo todo el Salmo 22, el Salmo del pueblo de Israel que sufre, y de este modo toma sobre sí no solo la pena de su pueblo, sino también la pena de todos los hombres que sufren a causa de la opresión del mal; y, al mismo tiempo, lleva todo esto al corazón de Dios mismo con la certeza de que su grito será escuchado en la Resurrección: «El grito en el extremo tormento es al mismo tiempo certeza de la respuesta divina, certeza de la salvación, no solamente para Jesús mismo, sino para “muchos”» (*Jesús de Nazaret II*, p. 251). En esta oración de Jesús, se encierran la

extrema confianza y el abandono en las manos de Dios, incluso cuando parece ausente, cuando parece que permanece en silencio, siguiendo un designio que para nosotros es incomprendible. En el *Catecismo de la Iglesia católica*, leemos: «En el amor redentor que le unía siempre al Padre, Jesús nos asumió desde el alejamiento con relación a Dios por nuestro pecado hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”» (n. 603). Su sufrimiento es un sufrimiento en comunión con nosotros y por nosotros, que deriva del amor y ya lleva en sí mismo la redención, la victoria del amor.

Las personas presentes al pie de cruz de Jesús no logran entender y piensan que su grito es una súplica dirigida a Elías. En una escena agitada, buscan apagarle la sed para prolongarle la vida y verificar si realmente Elías venía en su ayuda, pero un fuerte grito puso fin a la vida terrena de Jesús y al deseo de los que estaban al pie de la cruz. En el momento extremo, Jesús deja que su corazón exprese el dolor, pero deja emerger, al mismo tiempo, el sentido de la presencia del Padre y el consenso a su designio de salvación de la humanidad. También nosotros nos encontramos siempre y nuevamente ante el «hoy» del sufrimiento, del silencio de Dios -lo expresamos muchas veces en nuestra oración-, pero nos encontramos también ante el «hoy» de la Resurrección, de la respuesta de Dios que tomó sobre sí nuestros sufrimientos,

para cargarlos juntamente con nosotros y darnos la firme esperanza de que serán vencidos (cf. Carta enc. *Spe salvi*, 35-40).

Queridos amigos, en la oración llevamos a Dios nuestras cruces de cada día, con la certeza de que él está presente y nos escucha. El grito de Jesús nos recuerda que, en la oración debemos superar las barreras de nuestro «yo» y de nuestros problemas y abrirnos a las necesidades y a los sufrimientos de los demás. La oración de Jesús moribundo en la cruz nos enseña a rezar con amor por tantos hermanos y hermanas que sienten el peso de la vida cotidiana, que viven momentos difíciles, que atraviesan situaciones de dolor, que no cuentan con una palabra de consuelo. Llevemos todo esto al corazón de Dios, para que también ellos puedan sentir el amor de Dios que no nos abandona nunca. Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 15 de febrero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestra escuela de oración, el miércoles pasado hablé sobre la oración de Jesús en la cruz tomada del Salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Ahora quiero continuar con la meditación sobre la oración de Jesús en la cruz, en la inminencia de la muerte. Quiero detenerme hoy en la

narración que encontramos en el Evangelio de san Lucas. El evangelista nos ha transmitido tres palabras de Jesús en la cruz, dos de las cuales -la primera y la tercera- son oraciones dirigidas explícitamente al Padre. La segunda, en cambio, está constituida por la promesa hecha al así llamado buen ladrón, crucificado con él. En efecto, respondiendo a la oración del ladrón, Jesús lo tranquiliza: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (*Lc 23, 43*). En el relato de san Lucas, se entrecruzan muy sugestivamente las dos oraciones que Jesús moribundo dirige al Padre y la acogida de la petición que le dirige a él el pecador arrepentido. Jesús invoca al Padre y al mismo tiempo escucha la oración de este hombre al que a menudo se llama *latro poenitens*, «el ladrón arrepentido».

Detengámonos en estas tres palabras de Jesús. La primera la pronuncia inmediatamente después de haber sido clavado en la cruz, mientras los soldados se dividen sus vestiduras como triste recompensa de su servicio. En cierto sentido, con este gesto se cierra el proceso de la crucifixión. Escribe san Lucas: «Y cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte» (23, 33-34). La primera oración que Jesús dirige al Padre es de intercesión: pide el perdón para sus propios verdugos. Así Jesús

realiza en primera persona lo que había enseñado en el sermón de la montaña cuando dijo: «A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian» (Lc 6, 27), y también había prometido a quienes saben perdonar: «será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo» (v. 35). Ahora, desde la cruz, él no solo perdona a sus verdugos, sino que se dirige directamente al Padre intercediendo a su favor.

Esta actitud de Jesús encuentra una «imitación» conmovedora en el relato de la lapidación de san Esteban, primer mártir. Esteban, en efecto, ya próximo a su fin, «cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo: “Señor, no les tengas en cuenta este pecado”. Y, con estas palabras, murió» (Hch 7, 60): estas fueron sus últimas palabras. La comparación entre la oración de perdón de Jesús y la oración del proto-mártir es significativa. San Esteban se dirige al Señor resucitado y pide que su muerte -un gesto definido claramente con la expresión «este pecado»- no se impute a los que lo lapidaban. Jesús en la cruz se dirige al Padre y no solo pide el perdón para los que lo crucifican, sino que ofrece también una lectura de lo que está sucediendo. Según sus palabras, en efecto, los hombres que lo crucifican «no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Es decir, él pone la ignorancia, el «no saber», como motivo de la petición de perdón al Padre, porque esta ignorancia deja abierto el camino hacia la conversión, como sucede por lo de-

más en las palabras que pronunciará el centurión en el momento de la muerte de Jesús: «Realmente, este hombre era justo» (v. 47), era el Hijo de Dios. «Por eso es más consolador aún para todos los hombres y en todos los tiempos que el Señor, tanto respecto a los que verdaderamente no sabían -los verdugos- como a los que sabían y lo condenaron, haya puesto la ignorancia como motivo para pedir que se les perdone: la ve como una puerta que puede llevarnos a la conversión» (*Jesús de Nazaret*, II, 243-244).

La segunda palabra de Jesús en la cruz transmitida por san Lucas es una palabra de esperanza, es la respuesta a la oración de uno de los dos hombres crucificados con él. El buen ladrón, ante Jesús, entra en sí mismo y se arrepiente, se da cuenta de que se encuentra ante el Hijo de Dios, que hace visible el Rostro mismo de Dios, y le suplica: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (v. 42). La respuesta del Señor a esta oración va mucho más allá de la petición; en efecto dice: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (v. 43). Jesús es consciente de que entra directamente en la comunión con el Padre y de que abre nuevamente al hombre el camino hacia el paraíso de Dios. Así, a través de esta respuesta da la firme esperanza de que la bondad de Dios puede tocarnos incluso en el último instante de la vida, y la oración sincera, incluso después de una vida equivocada, encuentra los brazos abiertos del Padre bueno que espera el regreso del hijo.

Pero detengámonos en las últimas palabras de Jesús moribundo. El evangelista relata: «Era ya casi mediodía, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta las tres de la tarde, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, dicho esto, expiró» (vv. 44-46). Algunos aspectos de esta narración son diversos con respecto al cuadro que ofrecen san Marcos y san Mateo. Las tres horas de oscuridad no están descritas en san Marcos, mientras que en san Mateo están vinculadas con una serie de acontecimientos apocalípticos diversos, como el terremoto, la apertura de los sepulcros y los muertos que resucitan (cf. *Mt* 27, 51-53). En san Lucas las horas de oscuridad tienen su causa en el eclipse del sol, pero en aquel momento se produce también el rasgarse del velo del templo. De este modo el relato de san Lucas presenta dos signos, en cierto modo paralelos, en el cielo y en el templo. El cielo pierde su luz, la tierra se hunde, mientras en el templo, lugar de la presencia de Dios, se rasga el velo que protege el santuario. La muerte de Jesús se caracteriza explícitamente como acontecimiento cósmico y litúrgico; en particular, marca el comienzo de un nuevo culto, en un templo no construido por hombres, porque es el Cuerpo mismo de Jesús muerto y resucitado, que reúne a los pueblos y los une en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

La oración de Jesús, en este momento de sufrimiento -«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»- es un fuerte grito de confianza extrema y total en Dios. Esta oración expresa la plena consciencia de no haber sido abandonado. La invocación inicial -«Padre»- hace referencia a su primera declaración cuando era un adolescente de doce años. Entonces permaneció durante tres días en el templo de Jerusalén, cuyo velo ahora se ha rasgado. Y cuando sus padres le manifestaron su preocupación, respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (*Lc* 2, 49). Desde el comienzo hasta el final, lo que determina completamente el sentir de Jesús, su palabra, su acción, es la relación única con el Padre. En la cruz, él vive plenamente, en el amor, su relación filial con Dios, que anima su oración.

Las palabras pronunciadas por Jesús después de la invocación «Padre» retoman una expresión del Salmo 31: «A tus manos encomiendo mi espíritu» (*Sal* 31, 6). Estas palabras, sin embargo, no son una simple cita, sino que más bien manifiestan una decisión firme: Jesús se «entrega» al Padre en un acto de total abandono. Estas palabras son una oración de «abandono», llena de confianza en el amor de Dios. La oración de Jesús ante la muerte es dramática como lo es para todo hombre, pero, al mismo tiempo, está impregnada de esa calma profunda que nace de la confianza en el Padre y de la volun-

tad de entregarse totalmente a él. En Getsemaní, cuando había entrado en el combate final y en la oración más intensa y estaba a punto de ser «entregado en manos de los hombres» (Lc 9, 44), «le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre» (Lc 22, 44). Pero su corazón era plenamente obediente a la voluntad del Padre, y por ello «un ángel del cielo» vino a confortarlo (cf. Lc 22, 42-43). Ahora, en los últimos momentos, Jesús se dirige al Padre diciendo cuáles son realmente las manos a las que él entrega toda su existencia. Antes de partir en viaje hacia Jerusalén, Jesús había insistido con sus discípulos: «Meteos bien en los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres» (Lc 9, 44). Ahora que su muerte es inminente, él sella en la oración su última decisión: Jesús se dejó entregar «en manos de los hombres», pero su espíritu lo pone en las manos del Padre; así -como afirma el evangelista san Juan- todo se cumplió, el supremo acto de amor se cumplió hasta el final, al límite y más allá del límite.

Queridos hermanos y hermanas, las palabras de Jesús en la cruz en los últimos instantes de su vida terrena ofrecen indicaciones comprometedoras a nuestra oración, pero la abren también a una serena confianza y a una firme esperanza. Jesús, que pide al Padre que perdone a los que lo están crucificando, nos invita al difícil gesto de rezar incluso por aquellos que nos han hecho mal,

nos han perjudicado, sabiendo perdonar siempre, a fin de que la luz de Dios ilumine su corazón; y nos invita a vivir, en nuestra oración, la misma actitud de misericordia y de amor que Dios tiene para con nosotros: «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden», decimos cada día en el «Padrenuestro». Al mismo tiempo, Jesús, que en el momento extremo de la muerte se abandona totalmente en las manos de Dios Padre, nos comunica la certeza de que, por más duras que sean las pruebas, difíciles los problemas y pesado el sufrimiento, nunca caeremos fuera de las manos de Dios, esas manos que nos han creado, nos sostienen y nos acompañan en el camino de la vida, porque las guía un amor infinito y fiel. Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 22 de febrero de 2012

Miércoles de Ceniza

Queridos hermanos y hermanas:

En esta catequesis, quiero hablar brevemente del tiempo de Cuaresma, que comienza hoy con la liturgia del Miércoles de Ceniza. Se trata de un itinerario de cuarenta días que nos conducirá al Triduo pascual, memoria de la pasión, muerte y resurrección del Señor, el corazón del misterio de nuestra salvación. En los primeros siglos de vida de la Iglesia, este era el

tiempo en que los que habían oído y acogido el anuncio de Cristo iniciaban, paso a paso, su camino de fe y de conversión para llegar a recibir el sacramento del Bautismo. Se trataba de un acercamiento al Dios vivo y de una iniciación en la fe que debía realizarse gradualmente, mediante un cambio interior por parte de los catecúmenos, es decir, de quienes deseaban hacerse cristianos, incorporándose así a Cristo y a la Iglesia.

Sucesivamente, también a los penitentes y luego a todos los fieles se les invitaba a vivir este itinerario de renovación espiritual, para conformar cada vez más su existencia a la de Cristo. La participación de toda la comunidad en los diversos pasos del itinerario cuaresmal subraya una dimensión importante de la espiritualidad cristiana: la redención, no de algunos, sino de todos, está disponible gracias a la muerte y resurrección de Cristo. Por tanto, sea los que recorran un camino de fe como catecúmenos para recibir el Bautismo, sea quienes se habían alejado de Dios y de la comunidad de la fe y buscaban la reconciliación, sea quienes vivían la fe en plena comunión con la Iglesia, todos sabían que el tiempo que precede a la Pascua es un tiempo de *metánoia*, es decir, de cambio interior, de arrepentimiento; el tiempo que identifica nuestra vida humana y toda nuestra historia como un proceso de conversión que se pone en movimiento ahora para encontrar al Señor al final de los tiempos.

Con una expresión que se ha hecho típica en la liturgia, la Iglesia denomina el período en el que hemos entrado hoy «*Quadragesima*», es decir, tiempo de cuarenta días y, con una clara referencia a la Sagrada Escritura, nos introduce así en un contexto espiritual preciso. De hecho, cuarenta es el número simbólico con el que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento representan los momentos más destacados de la experiencia de la fe del pueblo de Dios. Es una cifra que expresa el tiempo de la espera, de la purificación, de la vuelta al Señor, de la consciencia de que Dios es fiel a sus promesas. Este número no constituye un tiempo cronológico exacto, resultado de la suma de los días. Indica más bien una paciente perseverancia, una larga prueba, un período suficiente para ver las obras de Dios, un tiempo dentro del cual es preciso decidirse y asumir las propias responsabilidades sin más dilaciones. Es el tiempo de las decisiones maduras.

El número cuarenta aparece ante todo en la historia de Noé. Este hombre justo, a causa del diluvio, pasa cuarenta días y cuarenta noches en el arca, junto a su familia y a los animales que Dios le había dicho que llevara consigo. Y espera otros cuarenta días, después del diluvio, antes de tocar la tierra firme, salvada de la destrucción (cf. *Gn* 7, 4.12; 8, 6). Luego, la próxima etapa: Moisés permanece en el monte Sinaí, en presencia del Señor, cuarenta días y cuarenta noches, para recibir la Ley. En todo este tiempo, ayuna (cf.

Ex 24, 18). Cuarenta son los años de viaje del pueblo judío desde Egipto hasta la Tierra prometida, tiempo apto para experimentar la fidelidad de Dios: «Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años... Tus vestidos no se han gastado ni se te han hinchado los pies durante estos cuarenta años», dice Moisés en el Deuteronomio al final de estos cuarenta años de emigración (*Dt* 8, 2.4). Los años de paz de los que goza Israel bajo los Jueces son cuarenta (cf. *Jc* 3, 11.30), pero, transcurrido este tiempo, comienza el olvido de los dones de Dios y la vuelta al pecado. El profeta Elías emplea cuarenta días para llegar al Horeb, el monte donde se encuentra con Dios (cf. *1 R* 19, 8). Cuarenta son los días durante los cuales los ciudadanos de Nínive hacen penitencia para obtener el perdón de Dios (cf. *Gn* 3, 4). Cuarenta son también los años de los reinos de Saúl (cf. *Hch* 13, 21), de David (cf. *2 Sm* 5, 4-5) y de Salomón (*1 R* 11, 41), los tres primeros reyes de Israel. También los Salmos reflexionan sobre el significado bíblico de los cuarenta años, como por ejemplo el *Salmo* 95, del que hemos escuchado un pasaje: «Ojalá escuchéis hoy su voz: “No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras”. Durante cuarenta años aquella generación me asqueó, y dije: “Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mi camino”» (vv. 7c-10).

En el Nuevo Testamento, Jesús, antes de iniciar su vida pública, se retira al desierto durante cuarenta días, sin comer ni beber (cf. *Mt* 4, 2): se alimenta de la Palabra de Dios, que usa como arma para vencer al diablo. Las tentaciones de Jesús evocan las que el pueblo judío afrontó en el desierto, pero que no supo vencer. Cuarenta son los días durante los cuales Jesús resucitado instruye a los suyos, antes de ascender al cielo y enviar el Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 3).

Con este número recurrente -cuarenta- se describe un contexto espiritual que sigue siendo actual y válido, y la Iglesia, precisamente mediante los días del período cuaresmal, quiere mantener su valor perenne y hacernos presente su eficacia. La liturgia cristiana de la Cuaresma tiene como finalidad favorecer un camino de renovación espiritual, a la luz de esta larga experiencia bíblica y sobre todo aprender a imitar a Jesús, que en los cuarenta días pasados en el desierto enseñó a vencer la tentación con la Palabra de Dios. Los cuarenta años de la peregrinación de Israel en el desierto presentan actitudes y situaciones ambivalentes. Por una parte, son el tiempo del primer amor con Dios y entre Dios y su pueblo, cuando él hablaba a su corazón, indicándole continuamente el camino por recorrer. Dios, por decirlo así, había puesto su morada en medio de Israel, lo precedía dentro de una nube o de una columna de fuego, proveía cada día a su sustento haciendo que bajara

el maná y que brotara agua de la roca. Por tanto, los años pasados por Israel en el desierto se pueden ver como el tiempo de la elección especial de Dios y de la adhesión a él por parte del pueblo: tiempo del primer amor. Por otro lado, la Biblia muestra asimismo otra imagen de la peregrinación de Israel en el desierto: también es el tiempo de las tentaciones y de los peligros más grandes, cuando Israel murmura contra su Dios y quisiera volver al paganismo y se construye sus propios ídolos, pues siente la exigencia de venerar a un Dios más cercano y tangible. También es el tiempo de la rebelión contra el Dios grande e invisible.

Esta ambivalencia, tiempo de la cercanía especial de Dios -tiempo del primer amor-, y tiempo de tentación -tentación de volver al paganismo-, la volvemos a encontrar, de modo sorprendente, en el camino terreno de Jesús, naturalmente sin ningún compromiso con el pecado. Después del bautismo de penitencia en el Jordán, en el que asume sobre sí el destino del Siervo de Dios que renuncia a sí mismo y vive para los demás y se mete entre los pecadores para cargar sobre sí el pecado del mundo, Jesús se dirige al desierto para estar cuarenta días en profunda unión con el Padre, repitiendo así la historia de Israel, todos los períodos de cuarenta días o años a los que he aludido. Esta dinámica es una constante en la vida terrena de Jesús, que busca siempre momentos de soledad para orar a su Padre y permanecer

en íntima comunión, en íntima soledad con él, en exclusiva comunión con él, y luego volver en medio de la gente. Pero en este tiempo de «desierto» y de encuentro especial con el Padre, Jesús se encuentra expuesto al peligro y es asaltado por la tentación y la seducción del Maligno, el cual le propone un camino mesiánico diferente, alejado del proyecto de Dios, porque pasa por el poder, el éxito, el dominio, y no por el don total en la cruz. Esta es la alternativa: un mesianismo de poder, de éxito, o un mesianismo de amor, de entrega de sí mismo.

Esta situación de ambivalencia describe también la condición de la Iglesia en camino por el «desierto» del mundo y de la historia. En este «desierto», los creyentes, ciertamente, tenemos la oportunidad de hacer una profunda experiencia de Dios que fortalece el espíritu, confirma la fe, alimenta la esperanza y anima la caridad; una experiencia que nos hace partícipes de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte mediante el sacrificio de amor en la cruz. Pero el «desierto» también es el aspecto negativo de la realidad que nos rodea: la aridez, la pobreza de palabras de vida y de valores, el laicismo y la cultura materialista, que encierran a la persona en el horizonte mundano de la existencia sustrayéndolo a toda referencia a la trascendencia. Este es también el ambiente en el que el cielo que está sobre nosotros se oscurece, porque lo cubren las nubes del egoísmo, de la incomprensión y del

engaño. A pesar de esto, también para la Iglesia de hoy, el tiempo del desierto puede transformarse en tiempo de gracia, pues tenemos la certeza de que incluso de la roca más dura Dios puede hacer que brote el agua viva que quita la sed y restaura.

Queridos hermanos y hermanas, en estos cuarenta días que nos conducirán a la Pascua de Resurrección podemos encontrar nuevo valor para

aceptar con paciencia y con fe todas las situaciones de dificultad, de aflicción y de prueba, conscientes de que el Señor hará surgir de las tinieblas el nuevo día. Y si permanecemos fieles a Jesús, siguiéndolo por el camino de la cruz, se nos dará de nuevo el claro mundo de Dios, el mundo de la luz, de la verdad y de la alegría: será el alba nueva creada por Dios mismo. ¡Feliz camino de Cuaresma a todos vosotros!

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a una Delegación Ecuménica de Finlandia con ocasión de la fiesta de San Enrique

Jueves, 19 de enero de 2012.

Querido monseñor Sipponen, querido monseñor Häkkinen, estimados amigos de Finlandia:

Con gran alegría, os doy la bienvenida, miembros de la delegación de Finlandia, con ocasión de vuestra peregrinación ecuménica anual a Roma para celebrar una vez más la fiesta de hoy de san Enrique, santo patrono de Finlandia. Al recordar a nuestros santos patronos damos gracias por la acción del Espíritu Santo, que ha modelado y transformado la vida de cuantos nos han dejado un ejemplo extraordinario de fidelidad a Cristo y al Evangelio.

La visita anual de una delegación ecuménica de Finlandia testimonia el aumento de la comunión entre las tradiciones cristianas representadas en vuestro país. Tengo la profunda esperanza de que esta comunión siga creciendo, dando ricos frutos entre los católicos, los luteranos y todos los demás cristianos en vuestra amada nación. Nuestra amistad cada vez más profunda y nuestro testimonio común de Jesucristo -especialmente ante el mundo actual, que tan a menudo carece de una orientación auténtica y desea escuchar el mensaje de salvación- tiene que apresurar nuestros progresos hacia la solución de las diferencias que aún permanecen entre nosotros, y también de todos los temas sobre los que los cristianos están divididos.

Recientemente, las cuestiones éticas se han convertido en uno de los puntos de

divergencia entre los cristianos, especialmente en lo que concierne a la correcta comprensión de la naturaleza humana y de su dignidad. Es necesario que los cristianos lleguen a un acuerdo profundo en las cuestiones antropológicas, que puede ayudar a la sociedad y a los políticos a tomar decisiones sabias y acertadas sobre temas importantes en las esferas de la vida humana, de la familia y de la sexualidad.

A este respecto, el reciente documento de diálogo ecuménico bilateral en el contexto finlandés-sueco no solo refleja un acercamiento entre católicos y luteranos en lo que atañe a la comprensión de la justificación, sino que exhorta a los cristianos a renovar su compromiso de imitar a Cristo en la vida y en las obras. Confiamos en el poder del Espíritu Santo para que haga posible lo que puede parecer todavía fuera de nuestro alcance: una amplia renovación de la santidad y de la práctica pública de la virtud cristiana, según el ejemplo de los grandes testigos que nos han precedido.

Durante la Semana de oración por la unidad de los cristianos de este año, la segunda lectura de los textos sugeridos para la jornada de hoy recuerda la paciencia de creyentes fieles como Abraham (cf. *Hb* 6, 15), que han sido premiados por su fe y confianza en Dios. La convicción de que Dios interviene amorosamente en nuestra historia nos enseña a no poner un énfasis inoportuno en aquello que podemos hacer con nuestros propios esfuerzos. Nuestro deseo de una unidad plena y visible de los cristianos requiere

una espera paciente y confiada, no con un espíritu de impotencia o de pasividad, sino con una profunda confianza en que la unidad de todos los cristianos en una sola Iglesia es de verdad un don de Dios y no un logro nuestro. Esta espera paciente, en devota esperanza, nos transforma y nos prepara para una unidad visible no como la programamos nosotros, sino como nos la concede Dios.

Tengo la ferviente esperanza de que vuestra visita a Roma ayude a hacer más profundas las relaciones fraternas existentes entre luteranos y católicos en Finlandia. Agradecemos a Dios todo lo que nos ha concedido hasta ahora y pidámosle que nos colme del Espíritu de la verdad para guiarnos hacia un amor y una unidad cada vez mayores. Sobre vosotros y sobre todos vuestros connacionales invoco las bendiciones abundantes de Dios.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los profesores y alumnos del Almo
Colegio Capránica***

*Sala Clementina. Viernes, 20 de enero
de 2012*

*Señor cardenal, excelencia, queridos
hermanos:*

Es siempre motivo de alegría para mí encontrarme con la comunidad del Almo Colegio Capránica, que desde hace más de cinco siglos constituye uno de los seminarios de la diócesis de

Roma. Os saludo a todos con afecto, en particular naturalmente a su eminencia el cardenal Martino y al rector, monseñor Ermenegildo Manicardi. Y agradezco a su eminencia sus amables palabras. Con ocasión de la memoria de santa Inés, patrona del Colegio, quiero ofrecerles algunas reflexiones que me sugiere precisamente su figura.

Santa Inés es una de las famosas jóvenes romanas que han ilustrado la belleza genuina de la fe en Cristo y de la amistad con él. Su doble título de virgen y mártir recuerda la totalidad de las dimensiones de la santidad. Se trata de una santidad completa que os pide también a vosotros vuestra fe cristiana y la vocación sacerdotal especial con la que el Señor os ha llamado y os vincula a él. *Martirio* -para santa Inés- quería decir la aceptación generosa y libre de entregar su vida joven, en su totalidad y sin reservas, para que el Evangelio fuera anunciado como verdad y belleza que iluminan la existencia. En el martirio de santa Inés, aceptado con valor en el estadio de Domiciano, resplandece para siempre la belleza de pertenecer a Cristo sin vacilaciones, confiándose a él. Todavía hoy, a cualquiera que pase por la plaza Navona la imagen de la santa desde el frontispicio de la iglesia de Santa Inés in Agone le recuerda que nuestra ciudad está fundada también sobre la amistad con Cristo y el testimonio de su Evangelio, de muchos de sus hijos e hijas. Su generosa entrega a él y al bien de los hermanos es un componente primario de la fisonomía espiritual de Roma.

Con el martirio Inés, sella también el otro elemento decisivo de su vida, la *virginidad* por Cristo y por la Iglesia. El don total del martirio se prepara, de hecho, con la decisión consciente, libre y madura de la virginidad, testimonio de la voluntad de ser totalmente de Cristo. Si el martirio es un acto heroico final, la virginidad es fruto de una prolongada amistad con Jesús madurada en la escucha constante de su Palabra, en el diálogo de la oración y en el encuentro eucarístico. Inés, todavía joven, había aprendido que ser discípulos del Señor quiere decir amarlo poniendo en juego toda la existencia. Este título doble -virgen y mártir- recuerda a nuestra reflexión que un testigo creíble de la fe debe ser una persona que vive por Cristo, con Cristo y en Cristo, transformando su vida según las exigencias más altas de la gratuidad.

También la formación del presbítero exige integridad, perfección, ejercicio ascético, constancia y fidelidad heroica, en todos los aspectos que la constituyen; en el fondo debe haber una vida espiritual sólida animada por una intensa relación con Dios a nivel personal y comunitario, con particular cuidado en las celebraciones litúrgicas y en la frecuencia de los sacramentos. La vida sacerdotal exige una aspiración creciente a la santidad, un claro *sensus Ecclesiae* y una apertura a la fraternidad sin exclusiones ni parcialidad. Del camino de santidad del presbítero forma parte también su elección de elaborar, con la ayuda de Dios, la propia

inteligencia y el propio compromiso, una cultura personal verdadera y sólida, fruto de un estudio apasionado y constante. La fe tiene una dimensión racional e intelectual que le es esencial. Para un seminarista y para un sacerdote joven, que aún se dedica al estudio académico, se trata de asimilar aquella síntesis entre fe y razón que es propia del cristianismo. El Verbo de Dios se hizo carne y el presbítero, auténtico sacerdote del Verbo encarnado, debe ser cada vez más un reflejo, luminoso y profundo, de la Palabra eterna que nos ha sido dada. Quien es maduro también en esta formación cultural global puede ser más eficazmente educador y animador de aquella adoración «en Espíritu y verdad» de la que habla Jesús a la samaritana (cf. *Jn* 4, 23). Esta adoración, que se forma en la escucha de la Palabra de Dios y en la fuerza del Espíritu Santo, está llamada a ser, sobre todo en la liturgia, el «*rationabile obsequium*», del que nos habla el apóstol san Pablo, un culto en el que el hombre mismo en la totalidad de su ser dotado de razón, se vuelve adoración, glorificación del Dios viviente, y que puede alcanzarse no conformándose a este mundo, sino dejándose transformar por Cristo, renovando el modo de pensar, para poder discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable a él y perfecto (cf. *Rm* 12, 1-2).

Queridos alumnos del Colegio Capránica, vuestro compromiso en el camino de la santidad, también con una sólida formación cultural, corresponde

a la intención originaria de esta institución, fundada hace 555 años por el cardenal Domenico Capránica. Tened siempre un sentido profundo de la historia y de la tradición de la Iglesia. El hecho de estar en Roma es un don que os tiene que hacer particularmente sensibles a la profundidad de la tradición católica. Vosotros ya la palpáis en la historia del edificio que os acoge. Además, vosotros vivís estos años de formación con una cercanía especial al Sucesor de Pedro: ello os permite percibir con una claridad particular las dimensiones universales de la Iglesia y el deseo de que el Evangelio llegue a todas las gentes. Aquí tenéis la posibilidad de abrir los horizontes con la experiencia de la internacionalidad; aquí, sobre todo, respiráis la catolicidad. Aprovechad lo que se os ofrece, para el servicio futuro a la diócesis de Roma o a vuestras diócesis de procedencia. De la amistad que surge en la convivencia aprended a conocer las diferentes situaciones de las naciones y de las Iglesias en el mundo, y a formaros en la visión católica. Preparaos a estar cerca de cada hombre que encontréis, sin dejar que ninguna cultura pueda ser una barrera a la Palabra de vida de la que sois anunciadores también con vuestra vida.

Queridos amigos, la Iglesia espera mucho de los sacerdotes jóvenes en la obra de evangelización y de nueva evangelización. Os animo para que en el esfuerzo diario, enraizados en la belleza de la tradición auténtica, unidos profundamente a Cristo, seáis capaces

de llevarlo a vuestras comunidades con verdad y alegría.

Que vuestro compromiso de hoy, con la intercesión de santa Inés, virgen y mártir, y de María santísima, Estrella de la evangelización, contribuya a la fecundidad de vuestro ministerio. De corazón os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos la bendición apostólica. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a numerosos miembros del Camino
Neocatecumenal***

*Sala Pablo VI. Viernes, 20 de enero
de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

También este año tengo la alegría de poder encontrarme con vosotros y compartir este momento de envío para la misión. Un saludo particular a Kiko Argüello, a Carmen Hernández y a don Mario Pezzi, y un afectuoso saludo a todos vosotros: sacerdotes, seminaristas, familias, formadores y miembros del Camino Neocatecumenal. Vuestra presencia hoy es un testimonio visible de vuestro compromiso gozoso de vivir la fe, en comunión con toda la Iglesia y con el Sucesor de Pedro, y de ser anunciadores valientes del Evangelio.

En el pasaje de san Mateo que hemos escuchado, los Apóstoles reciben un mandato preciso de Jesús: «Id, pues,

y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 19). Inicialmente habían dudado, en su corazón todavía había incertidumbre, estupor ante el acontecimiento de la resurrección. Y es Jesús mismo, el Resucitado -destaca el evangelista-, quien se acerca a ellos, les hace sentir su presencia, los envía a enseñar todo lo que les ha comunicado, dándoles una certeza que acompaña a todo anunciador de Cristo: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 21). Son palabras que resuenan con fuerza en vuestro corazón. Habéis cantado *Resurrexit*, que expresa la fe en el Viviente, en aquel que, con un acto supremo de amor, ha vencido el pecado y la muerte y da al hombre, a nosotros, el calor del amor de Dios, la esperanza de ser salvados, un futuro de eternidad.

Durante estos decenios de vida del Camino uno de vuestros compromisos firmes ha sido proclamar a Cristo resucitado, responder a sus palabras con generosidad, abandonando a menudo seguridades personales y materiales, dejando incluso el propio país, y afrontando situaciones nuevas y no siempre fáciles. Llevar a Cristo a los hombres y llevar a los hombres a Cristo: esto es lo que anima toda obra evangelizadora. Vosotros lo realizáis en un camino que ayuda a quien ya ha recibido el Bautismo a redescubrir la belleza de la vida de fe, la alegría de ser cristiano. El «seguir a Cristo» exige la aventura personal de su búsqueda, de ir con él, pero implica también salir del encierro del yo, romper el individualismo que a menudo caracteriza a la sociedad

de nuestro tiempo, para sustituir el egoísmo con la comunidad del hombre nuevo en Jesucristo. Y esto se realiza en una profunda relación personal con él, en la escucha de su Palabra, recorriendo el camino que nos ha indicado, pero también se lleva a cabo, inseparablemente, al creer con su Iglesia, con los santos, en los que se da a conocer siempre nuevamente el verdadero rostro de la Esposa de Cristo.

Como sabemos, este compromiso no siempre es fácil. A veces estáis presentes en lugares donde es necesario un primer anuncio del Evangelio, la *missio ad gentes*; a menudo, en cambio, en regiones que, aun habiendo conocido a Cristo, se han vuelto indiferentes a la fe: el laicismo ha eclipsado el sentido de Dios y oscurecido los valores cristianos. Allí vuestro compromiso y vuestro testimonio han de ser como la levadura que, con paciencia, respetando los tiempos, con *sensus Ecclesiae*, hace crecer toda la masa. La Iglesia ha reconocido en el Camino un don particular que el Espíritu Santo ha dado a nuestro tiempo, y la aprobación de los Estatutos y del «Directorio catequístico» son un signo de ello. Os animo a dar vuestra original contribución a la causa del Evangelio. En vuestra valiosa obra, buscad siempre una profunda comunión con la Sede Apostólica y con los pastores de las Iglesias particulares, en las que estáis insertados: la unidad y la armonía del Cuerpo eclesial son un importante testimonio de Cristo y de su Evangelio en el mundo en que vivimos.

Queridas familias, la Iglesia os da las gracias; os necesita para la nueva evangelización. La familia es una célula importante para la comunidad eclesial, donde se forma la vida humana y cristiana. Con gran alegría, veo a vuestros hijos, muchos niños que os miran a vosotros, queridos padres, que miran vuestro ejemplo. Un centenar de familias están a punto de partir para doce misiones *ad gentes*. Os invito a no tener miedo: quien lleva el Evangelio jamás está solo. Saludo con afecto a los sacerdotes y a los seminaristas: amad a Cristo y a la Iglesia, transmitid la alegría de haberlo encontrado y la belleza de haberle dado todo. Saludo también a los itinerantes, a los responsables y a todas las comunidades del Camino. Seguid siendo generosos con el Señor: os dará siempre su consuelo.

Hace unos momentos, se os ha leído el Decreto con el que se aprueban las celebraciones presentes en el «Directorio catequístico del Camino neocatecumenal», que no son estrictamente litúrgicas, pero forman parte del itinerario de crecimiento en la fe. Es otro elemento que os muestra cómo la Iglesia os acompaña con atención en un discernimiento paciente, que comprende vuestra riqueza, pero que también tiene en cuenta la comunión y la armonía de todo el *Corpus Ecclesiae*.

Este hecho me brinda la ocasión para una breve reflexión sobre el valor de la liturgia. El concilio Vaticano II la define como la obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia (cf. *Sacrosanctum*

Concilium, 7). A simple vista, esto podría parecer extraño, porque da la impresión de que la obra de Cristo designa las acciones redentoras *históricas* de Jesús, su pasión, muerte y resurrección. ¿En qué sentido, entonces, la liturgia es obra de Cristo? La pasión, muerte y resurrección de Jesús no son solo acontecimientos históricos; alcanzan y penetran la historia, pero la trascienden y permanecen siempre presentes en el corazón de Cristo. En la acción litúrgica de la Iglesia, está la presencia activa de Cristo resucitado, que hace presente y eficaz para nosotros hoy el mismo Misterio pascual, para nuestra salvación; nos atrae en este acto de entrega de sí mismo que en su corazón siempre está presente y nos hace participar en esta presencia del Misterio pascual. Esta obra del Señor Jesús, que es el verdadero contenido de la liturgia; este entrar en la presencia del Misterio pascual, es también obra de la Iglesia, que, al ser su cuerpo, es un único sujeto con Cristo -*Christus totus caput et corpus*-, dice san Agustín. En la celebración de los sacramentos, Cristo nos sumerge en el Misterio pascual para hacernos pasar de la muerte a la vida, del pecado a la vida nueva en Cristo.

Esto vale de modo muy especial para la celebración de la Eucaristía, que, al ser el culmen de la vida cristiana, es también el centro de su redescubrimiento, al que tiende el neocatecumenado. Como rezan vuestros Estatutos, «la Eucaristía es esencial para el neocatecumenado, puesto que es catecumenado posbautismal, vivido en pequeñas comunidades» (art. 13 § 1). Precisamente para favore-

cer un nuevo acercamiento a la riqueza de la vida sacramental por parte de personas que se han alejado de la Iglesia, o no han recibido una formación adecuada, los neocatecumenales pueden celebrar la Eucaristía dominical en pequeñas comunidades, después de las primeras Vísperas del domingo, según las disposiciones del obispo diocesano (cf. *Estatutos*, art. 13 § 2). Pero toda celebración eucarística es una acción del único Cristo juntamente con su única Iglesia, y por eso mismo está abierta esencialmente a todos los que pertenecen a su Iglesia. Este carácter público de la sagrada Eucaristía se expresa en el hecho de que toda celebración de la santa misa es dirigida, en última instancia, por el obispo como miembro del Colegio episcopal, responsable de una determinada Iglesia local (cf. *Lumen gentium*, 26). La celebración en pequeñas comunidades, regulada por los libros litúrgicos, que hay que seguir fielmente, y con las particularidades aprobadas en los Estatutos del Camino, tiene como finalidad ayudar a cuantos recorren el itinerario neocatecumenal a percibir la gracia de estar insertados en el misterio salvífico de Cristo, que hace posible un testimonio cristiano capaz de asumir también los rasgos de la radicalidad. Al mismo tiempo, la maduración progresiva de la persona y de la pequeña comunidad en la fe debe favorecer su inserción en la vida de la gran comunidad eclesial, que tiene su forma ordinaria en la celebración litúrgica de la parroquia, en la cual y por la cual se actúa el Neocatecumenado (cf. *Estatutos*, art. 6).

Pero también durante el camino es importante no separarse de la comunidad parroquial, precisamente en la celebración de la Eucaristía, que es el verdadero lugar de la unidad de todos, donde el Señor nos abraza en los diversos estados de nuestra madurez espiritual y nos une en el único pan, que nos hace un único cuerpo (cf. *1 Co* 10, 16 s).

¡Ánimo! El Señor os acompaña siempre, y también yo os aseguro mi oración y os agradezco las numerosas muestras de cercanía. Os pido que también os acordéis de mí en vuestras oraciones. Que la santísima Virgen María os asista con su mirada maternal, y os sostenga mi bendición apostólica, que extiendo a todos los miembros del Camino. Gracias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, al Tribunal de la Rota Romana por la inauguración del Año Judicial

Sala Clementina. Sábado, 21 de enero de 2012

Queridos componentes del Tribunal de la Rota romana:

Es para mí motivo de alegría recibirlos hoy en el encuentro anual con ocasión de la inauguración del año judicial. Dirijo mi saludo al Colegio de los prelatos auditores, empezando por el decano, monseñor Antoni Stankiewicz, a quien agradezco sus palabras. Un

cordial saludo también a los oficiales, a los abogados, a los demás colaboradores y a todos los presentes. En esta circunstancia, renuevo mi estima por el delicado y valioso ministerio que desempeñáis en la Iglesia y que requiere siempre un renovado compromiso por la incidencia que tiene para la *salus animarum* del pueblo de Dios.

En la cita de este año, deseo partir de uno de los importantes acontecimientos eclesiales que viviremos en unos meses: me refiero al *Año de la fe*, que, tras las huellas de mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, he querido convocar en el quincuagésimo aniversario de la apertura del concilio ecuménico Vaticano II. Ese gran Pontífice -como escribí en la Carta apostólica de convocatoria- estableció por primera vez un período tal de reflexión «consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación»[1].

Retomando una exigencia similar, pasando al ámbito que afecta más directamente a vuestro servicio en la Iglesia, quiero detenerme hoy en un aspecto primario del ministerio judicial, o sea, la interpretación de la ley canónica en orden a su aplicación[2].

El nexo con el tema al que acabo de aludir -la recta interpretación de la fe- ciertamente no se reduce a una mera asonancia semántica, puesto que el derecho canónico encuentra su fundamento y su sentido mismo en las ver-

dades de fe, y la *lex agendi* no puede sino reflejar la *lex credendi*. La cuestión de la interpretación de la ley canónica, por lo demás, constituye un tema muy amplio y complejo respecto al cual me limitaré a algunas observaciones.

Ante todo, la hermenéutica del derecho canónico está estrechamente vinculada a la concepción misma de la ley de la Iglesia.

En caso de que se tendiera a identificar el derecho canónico con el sistema de las leyes canónicas, el conocimiento de aquello que es jurídico en la Iglesia consistiría esencialmente en comprender lo que establecen los textos legales. A primera vista este enfoque parece valorar plenamente la ley humana. Pero es evidente el empobrecimiento que comportaría esta concepción: con el olvido práctico del derecho natural y del derecho divino positivo, así como de la relación vital de todo derecho con la comunión y la misión de la Iglesia, el trabajo del intérprete queda privado del contacto vital con la realidad eclesial.

En los últimos tiempos, algunas corrientes de pensamiento han puesto en guardia contra el excesivo apego a las leyes de la Iglesia, empezando por los Códigos, juzgándolo, precisamente, como una manifestación de legalismo. En consecuencia, se han propuesto vías hermenéuticas que permiten una aproximación más acorde con las bases teológicas y las intenciones también pastorales de la norma canónica, llevando a una creatividad jurídica en la que

cada situación se convertiría en factor decisivo para comprobar el auténtico significado del precepto legal en el caso concreto. La misericordia, la equidad, la *oikonomia* tan apreciada en la tradición oriental, son algunos de los conceptos a los que se recurre en esa operación interpretativa. Conviene observar inmediatamente que este planteamiento no supera el positivismo que denuncia, limitándose a sustituirlo con otro en el que la obra interpretativa humana se alza como protagonista para establecer lo que es jurídico. Falta el sentido de un derecho objetivo que hay que buscar, pues este queda a merced de consideraciones que pretenden ser teológicas o pastorales, pero al final se exponen al riesgo de la arbitrariedad. De ese modo, la hermenéutica legal se vacía: en el fondo no interesa comprender la disposición de la ley, pues esta puede adaptarse dinámicamente a cualquier solución, incluso opuesta a su letra. Ciertamente existe en este caso una referencia a los fenómenos vitales, pero de los que no se capta la dimensión jurídica intrínseca.

Existe otra vía en la que la comprensión adecuada a la ley canónica abre el camino a una labor interpretativa que se inserta en la búsqueda de la verdad sobre el derecho y sobre la justicia en la Iglesia. Como quise evidenciar en el Parlamento federal de mi país, en el *Reichstag* de Berlín[3], el verdadero derecho es inseparable de la justicia. El principio, obviamente, también vale para la ley canónica, en el sentido de que esta no puede encerrarse en un sistema normativo

meramente humano, sino que debe estar unida a un orden justo de la Iglesia, en el que existe una ley superior. En esta perspectiva, la ley positiva humana pierde la primacía que se le querría atribuir, pues el derecho ya no se identifica sencillamente con ella; en cambio, en esto, la ley humana se valora como expresión de justicia, ante todo por cuanto declara como derecho divino, pero también por lo que introduce como legítima determinación de derecho humano.

Así se hace posible una hermenéutica legal que sea auténticamente jurídica, en el sentido de que, situándose en sintonía con el significado propio de la ley, se puede plantear la cuestión crucial sobre lo que es justo en cada caso. Conviene observar al respecto que, para percibir el significado propio de la ley, es necesario siempre contemplar la realidad que reglamenta, y ello no solo cuando la ley sea prevalentemente declarativa del derecho divino, sino también cuando introduzca constitutivamente reglas humanas. Estas deben interpretarse también a la luz de la realidad regulada, la cual contiene siempre un núcleo de derecho natural y divino positivo, con el que debe estar en armonía cada norma a fin de que sea racional y verdaderamente jurídica.

En esta perspectiva realista, el esfuerzo interpretativo, a veces arduo, adquiere un sentido y un objetivo. El uso de los medios interpretativos previstos por el Código de derecho canónico en el canon 17, empezando por «el significado propio de las palabras, considerado en el

texto y en el contexto», ya no es un mero ejercicio lógico. Se trata de una tarea que es vivificada por un auténtico contacto con la realidad global de la Iglesia, que permite penetrar en el verdadero sentido de la letra de la ley. Acontece entonces algo semejante a cuanto he dicho a propósito del proceso interior de san Agustín en la hermenéutica bíblica: «el trascender la letra le hizo creíble la letra misma»[4]. Se confirma así que también en la hermenéutica de la ley, el auténtico horizonte es el de la verdad jurídica que hay que amar, buscar y servir.

De ello, se deduce que la interpretación de la ley canónica debe realizarse en la Iglesia. No se trata de una mera circunstancia externa, ambiental: es una remisión al propio *humus* de la ley canónica y de las realidades reguladas por ella. El *sentire cum Ecclesia* tiene sentido también en la disciplina, a causa de los fundamentos doctrinales que siempre están presentes y operantes en las normas legales de la Iglesia. De este modo, hay que aplicar también a la ley canónica la hermenéutica de la renovación en la continuidad de la que hablé refiriéndome al concilio Vaticano II[5], tan estrechamente unido a la actual legislación canónica. La madurez cristiana lleva a amar cada vez más la ley y a quererla comprender y aplicar con fidelidad.

Estas actitudes de fondo se aplican a todas las clases de interpretación: desde la investigación científica sobre el derecho, pasando por la labor de los agentes jurídicos en sede judicial o administra-

tiva, hasta la búsqueda cotidiana de las soluciones justas en la vida de los fieles y de las comunidades. Se necesita espíritu de docilidad para acoger las leyes, procurando estudiar con honradez y dedicación la tradición jurídica de la Iglesia para poderse identificar con ella y también con las disposiciones legales emanadas por los pastores, especialmente las leyes pontificias así como el magisterio sobre cuestiones canónicas, el cual es de por sí vinculante en lo que enseña sobre el derecho[6]. Sólo de este modo se podrán discernir los casos en los que las circunstancias concretas exigen una solución equitativa para lograr la justicia que la norma general humana no ha podido prever, y se podrá manifestar en espíritu de comunión lo que puede servir para mejorar el ordenamiento legislativo.

Estas reflexiones adquieren una relevancia peculiar en el ámbito de las leyes relativas al acto constitutivo del matrimonio y su consumación y a la recepción del Orden sagrado, y de aquellas que corresponden a los procesos respectivos. Aquí la sintonía con el verdadero sentido de la ley de la Iglesia se convierte en una cuestión de amplia y profunda incidencia práctica en la vida de las personas y de las comunidades, y requiere una atención especial. En particular, hay que aplicar todos los medios jurídicamente vinculantes que tienden a asegurar la unidad en la interpretación y en la aplicación de las leyes que la justicia requiere: el magisterio pontificio específicamente concerniente en este campo, conte-

nido sobre todo en los discursos a la Rota romana; la jurisprudencia de la Rota romana, sobre cuya relevancia ya os he hablado[7]; las normas y las declaraciones emanadas por otros dicasterios de la Curia romana. Esta unidad hermenéutica en lo que es esencial no mortifica en modo alguno las funciones de los tribunales locales, llamados a ser los primeros en afrontar las complejas situaciones reales que se dan en cada contexto cultural. Cada uno de ellos, en efecto, debe proceder con un sentido de verdadera reverencia respecto a la verdad del derecho, procurando practicar ejemplarmente, en la aplicación de las instituciones judiciales y administrativas, la comunión en la disciplina, como aspecto esencial de la unidad de la Iglesia.

Antes de concluir este momento de encuentro y de reflexión, deseo recordar la reciente innovación -a la que se ha referido monseñor Stankiewicz- según la cual se han transferido a una Oficina de este Tribunal apostólico las competencias sobre los procedimientos de dispensa del matrimonio rato y no consumado, y las causas de nulidad del Orden sagrado[8]. Estoy seguro de que se dará una generosa respuesta a este nuevo compromiso eclesial.

Alentando vuestra valiosa obra, que requiere un trabajo fiel, cotidiano y comprometido, os encomiendo a la intercesión de la santísima Virgen María, *Speculum iustitiae*, y de buen grado os imparto la bendición apostólica.

NOTAS:

- [1] Motu pr. *Porta fidei*, 11 de octubre de 2011, 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de octubre de 2011, p. 3.
- [2] Cf. can. 16 § 3 CIC; can. 1498 § 3 CCEO.
- [3] Cf. *Discurso al Parlamento de la República federal de Alemania*, 22 de septiembre de 2011: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de septiembre de 2011, pp. 6-7.
- [4] Cf. *Exhort. ap. postsinodal Verbum Domini*, 30 de septiembre de 2010, 38: AAS 102 (2010) 718, n. 38.
- [5] Cf. *Discurso a la Curia romana*, 22 de diciembre de 2005: AAS 98 (2006) 40-53.
- [6] Cf. Juan Pablo II, *Discurso a la Rota romana*, 29 de enero de 2005, 6: AAS 97 (2005) 165-166.
- [7] Cf. *Discurso a la Rota romana*, 26 de enero de 2008: AAS 100 (2008) 84-88.
- [8] Cf. Motu pr. *Quaerit semper*, 30 de agosto de 2011: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de octubre de 2011, p. 2.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los profesores y alumnos de
los Seminarios Pontificios de
Campania, Calabria y Umbria***

*Sala Clementina. Jueves, 26 de enero
de 2012*

Señores cardenales, venerados hermanos y queridos seminaristas:

Me alegra mucho acogerlos con ocasión del centenario de la fundación de

los seminarios pontificios de Campania, Calabria y Umbria. Saludo a mis hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, a los tres rectores juntamente con sus colaboradores y profesores, y sobre todo os saludo con afecto a vosotros, queridos seminaristas. El nacimiento de estos tres seminarios regionales, en 1912, se debe comprender en la obra más amplia de incremento de la formación de los candidatos al sacerdocio llevada a cabo por el Papa san Pío X, en continuidad con León XIII. Para afrontar las crecientes exigencias formativas, se emprendió el camino de unificar los seminarios diocesanos en nuevos seminarios regionales, juntamente con la reforma de los estudios teológicos, que produjo un sensible aumento del nivel cualitativo, gracias a la adquisición de una cultura de base común a todos y a un período de estudio suficientemente largo y bien estructurado. A este respecto, la Compañía de Jesús desempeñó un papel importante. En efecto, a los jesuitas se les encomendó la dirección de cinco seminarios regionales, entre los cuales el de Catanzaro, desde 1926 hasta 1941, y el de Posillipo, desde la fundación hasta hoy. Pero no solo se benefició la formación académica, ya que la promoción de la vida común entre jóvenes seminaristas provenientes de realidades diocesanas diferentes favoreció un notable enriquecimiento humano. Es singular el caso del seminario campano de Posillipo, que desde 1935 se abrió a todas las regiones del sur, después de que se le reconoció la posibilidad de otorgar los grados académicos.

En el actual contexto histórico y eclesial, la experiencia de los seminarios regionales sigue siendo muy oportuna y valiosa. Gracias a la conexión con facultades e institutos teológicos, permite tener acceso a itinerarios de estudio de nivel elevado, favoreciendo una preparación adecuada al complejo escenario cultural y social en el que vivimos. Además, el carácter interdiocesano se revela como un eficaz «gimnasio» de comunión, que se desarrolla en el encuentro con sensibilidades diversas que hay que armonizar en el único servicio a la Iglesia de Cristo. En este sentido, los seminarios regionales dan una contribución incisiva y concreta al camino de comunión de las diócesis, favoreciendo el conocimiento, la capacidad de colaboración y el enriquecimiento de experiencias eclesiales entre los futuros presbíteros, entre los formadores y entre los mismos pastores de las Iglesias particulares. Asimismo, la dimensión regional es una valiosa mediación entre las líneas de la Iglesia universal y las exigencias de las realidades locales, evitando el riesgo del particularismo. Vuestras regiones, queridos amigos, son ricas en grandes patrimonios espirituales y culturales, a la vez que viven muchas dificultades sociales. Pensemos, por ejemplo, en Umbria, patria de san Francisco y de san Benito. Impregnada de espiritualidad, Umbria es meta de continuas peregrinaciones. Al mismo tiempo, esta pequeña región sufre como otras, e incluso más, la desfavorable coyuntura económica. En Campania y en Calabria, la vitali-

dad de la Iglesia local, alimentada por un sentido religioso aún vivo gracias a sólidas tradiciones y devociones, debe traducirse en una renovada evangelización. En aquellas tierras, el testimonio de las comunidades eclesiales debe afrontar fuertes emergencias sociales y culturales, como la falta de trabajo, sobre todo para los jóvenes, o el fenómeno de la criminalidad organizada.

El contexto cultural de hoy exige una sólida preparación filosófico-teológica de los futuros presbíteros. Como escribí en mi *Carta a los seminaristas*, al final del Año sacerdotal, «no se trata solamente de aprender las cosas meramente prácticas, sino de conocer y comprender la estructura interna de la fe en su totalidad, que no es un sumario de tesis, sino un organismo, una visión orgánica de manera que se convierta en una respuesta a las preguntas de los hombres que, aunque cambian exteriormente en cada generación, en el fondo son los mismos» (cf. n. 5). Además, el estudio de la teología debe tener siempre un vínculo intenso con la vida de oración. Es importante que el seminarista comprenda bien que, mientras se aplica a este objeto, hay en realidad un «Sujeto» que lo interpela, el Señor que le ha hecho oír su voz, invitándolo a dedicar su vida al servicio de Dios y de los hermanos. Así podrá realizarse en el seminarista hoy, y en el presbítero mañana, la *unidad de vida* recomendada por el documento conciliar *Presbyterorum ordinis* (cf. n. 14), la cual tiene su expresión visible en la *caridad pastoral*, «el principio

interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo» (Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 23). De hecho, es indispensable la integración armoniosa entre el ministerio, con sus múltiples actividades, y la vida espiritual del presbítero. «Para el sacerdote, que deberá acompañar a otros en el camino de la vida y hasta el momento de la muerte, es importante que haya conseguido un equilibrio justo entre corazón y mente, razón y sentimiento, cuerpo y alma, y que sea humanamente “íntegro”» (*Carta a los seminaristas*, 6). Estas son las razones que impulsan a prestar mucha atención a la dimensión humana de la formación de los candidatos al sacerdocio. De hecho, en nuestra humanidad nos presentamos ante Dios, para ser ante nuestros hermanos auténticos *hombres de Dios*. En realidad, quien quiera llegar a ser sacerdote debe ser ante todo un «hombre de Dios», como escribe san Pablo a su discípulo Timoteo (cf. *1 Tm* 6, 11). Por tanto, lo más importante en el camino al sacerdocio y durante toda la vida sacerdotal es la relación personal con Dios en Jesucristo (cf. *Carta a los seminaristas*, 1).

El beato Papa, Juan XXIII, al recibir a los superiores y a los alumnos del seminario campano con ocasión del 50º aniversario de su fundación, en vísperas del concilio Vaticano II, expresó esta firme convicción así: «A esto tiende vuestra formación, a la espera de la misión que se os confiará para la gloria de Dios y para la salvación de

las almas: formar la mente, santificar la voluntad. El mundo espera santos, sobre todo esto. Antes aún que sacerdotes cultos, elocuentes, actualizados, se requirieren sacerdotes santos y santificadores». Estas palabras siguen siendo actuales, porque en toda la Iglesia, al igual que en vuestras regiones particulares de proveniencia, hoy es más fuerte que nunca la necesidad de obreros del Evangelio, testigos creíbles y promotores de santidad con su vida misma. Que cada uno de vosotros responda a esta llamada. Para ello os aseguro mi oración, mientras os encomiendo a la guía materna de la santísima Virgen María, y de corazón os imparto una especial bendición apostólica. Gracias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe

Sala Clementina. Viernes, 27 de enero de 2012

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Para mí es siempre motivo de alegría poder encontraros con ocasión de la sesión plenaria y expresaros mi aprecio por el servicio que lleváis a cabo por la Iglesia y especialmente por el Sucesor de Pedro en su ministerio de confirmar a los hermanos en la fe (cf. *Lc* 22, 32).

Agradezco al cardenal William Levada su cordial saludo, en el que ha recordado algunos compromisos importantes resueltos por el dicasterio en estos últimos años. Y estoy particularmente agradecido a la Congregación, que, en colaboración con el Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, prepara el *Año de la fe*, percibiendo en él un momento propicio para volver a proponer a todos el don de la fe en Cristo resucitado, la luminosa enseñanza del concilio Vaticano II y la valiosa síntesis doctrinal brindada por el *Catecismo de la Iglesia católica*.

Como sabemos, en vastas zonas de la tierra la fe corre peligro de apagarse como una llama que ya no encuentra alimento. Estamos ante una profunda crisis de fe, ante una pérdida del sentido religioso, que constituye el mayor desafío para la Iglesia de hoy. Por lo tanto, la renovación de la fe debe ser la prioridad en el compromiso de toda la Iglesia en nuestros días. Deseo que el Año de la fe contribuya, con la colaboración cordial de todos los miembros del pueblo de Dios, a hacer que Dios esté nuevamente presente en este mundo y a abrir a los hombres el acceso a la fe, a confiar en ese Dios que nos ha amado hasta el extremo (cf. *Jn* 13, 1), en Jesucristo crucificado y resucitado.

El tema de la unidad de los cristianos está estrechamente vinculado a esta tarea. Por eso, quiero detenerme en algunos aspectos doctrinales relativos al camino ecuménico de la Iglesia, que ha

sido objeto de una profunda reflexión en esta plenaria, en coincidencia con la conclusión de la anual Semana de oración por la unidad de los cristianos. En efecto, el impulso de la obra ecuménica debe partir de ese «ecumenismo espiritual», de esa «alma de todo el movimiento ecuménico» (*Unitatis redintegratio*, 8), que se halla en el espíritu de la oración para que «todos sean uno» (*Jn* 17, 21).

La coherencia del compromiso ecuménico con la enseñanza del concilio Vaticano II y con toda la Tradición ha sido uno de los ámbitos al que la Congregación, en colaboración con el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, siempre ha prestado atención. Hoy podemos constatar no pocos frutos buenos producidos por los diálogos ecuménicos, pero debemos reconocer también que el riesgo de un falso irenismo y de un indiferentismo, del todo ajeno al espíritu del concilio Vaticano II, exige nuestra vigilancia. Este indiferentismo está causado por la opinión, cada vez más difundida, de que la verdad no sería accesible al hombre; por lo tanto, sería necesario limitarse a encontrar reglas para una praxis capaz de mejorar el mundo. Y así la fe sería sustituida por un moralismo sin fundamento profundo. El centro del verdadero ecumenismo es, en cambio, la fe en la cual el hombre encuentra la verdad que se revela en la Palabra de Dios. Sin la fe todo el movimiento ecuménico se reduciría a una forma de «contrato social»

al cual adherirse por un interés común, una «praxiología» para crear un mundo mejor. La lógica del concilio Vaticano II es completamente distinta: la búsqueda sincera de la unidad plena de todos los cristianos es un dinamismo animado por la Palabra de Dios, por la Verdad divina que nos habla en esta Palabra.

Por ello, el problema crucial, que marca de modo transversal los diálogos ecuménicos, es la cuestión de la estructura de la Revelación -la relación entre la Sagrada Escritura, la Tradición viva en la Santa Iglesia y el Ministerio de los sucesores de los Apóstoles como testimonio de la verdadera fe-. Y aquí está implícita la cuestión de la eclesiología que forma parte de este problema: cómo llega la verdad de Dios a nosotros. Aquí, por lo demás, es fundamental el discernimiento entre la Tradición con mayúscula y las tradiciones. No quiero entrar en detalles; solo una observación. Un paso importante de ese discernimiento se dio en la preparación y aplicación de las medidas para grupos de fieles procedentes del anglicanismo, que desean entrar en la comunión plena de la Iglesia, en la unidad de la Tradición divina, común y esencial, conservando las propias tradiciones espirituales, litúrgicas y pastorales, que son conformes a la fe católica (cf. Const. *Anglicanorum coetibus*, art. III). Existe, en efecto, una riqueza espiritual en las diversas confesiones cristianas que es expresión de la única fe y don que hay que compartir y encontrar juntos en la Tradición de la Iglesia.

Hoy, además, una de las cuestiones fundamentales está constituida por la problemática de los métodos adoptados en los diversos diálogos ecuménicos. También esos diálogos deben reflejar la prioridad de la fe. En todo diálogo verdadero, el interlocutor tiene derecho a conocer la verdad. Lo exige la caridad hacia el hermano. En este sentido, es necesario afrontar con valentía también las cuestiones controvertidas, siempre con espíritu de fraternidad y de respeto recíproco. Es importante, además, ofrecer una interpretación correcta de ese «orden o “jerarquía” de las verdades en la doctrina católica», puesto de relieve en el decreto *Unitatis redintegratio* (n. 11), que no significa en modo alguno reducir el depósito de la fe, sino hacer que surja de él la estructura interna, la organicidad de esta única estructura. Asimismo, tienen gran relevancia los documentos de estudio producidos por los diversos diálogos ecuménicos. Esos textos no se pueden ignorar, pues constituyen un fruto importante, si bien provisional, de la reflexión común madurada durante años. No obstante, hay que reconocerlos en su justo significado como contribuciones ofrecidas a la autoridad competente de la Iglesia, que es la única llamada a juzgarlos de modo definitivo. Atribuir a tales textos un peso vinculante o casi conclusivo de las espinosas cuestiones de los diálogos, sin la debida valoración por parte de la autoridad eclesial, en última instancia no ayudaría al camino hacia una unidad plena en la fe.

Una última cuestión que deseo mencionar es la problemática moral, que constituye un nuevo desafío para el camino ecuménico. En los diálogos, no podemos ignorar las grandes cuestiones morales acerca de la vida humana, la familia, la sexualidad, la bioética, la libertad, la justicia y la paz. Será importante hablar de estos temas con una sola voz, acudiendo al fundamento en la Escritura y en la tradición viva de la Iglesia. Esta tradición nos ayuda a descifrar el lenguaje del Creador en su creación. Defendiendo los valores fundamentales de la gran tradición de la Iglesia, defendemos al hombre, defendemos la creación.

Como conclusión de estas reflexiones, deseo una colaboración estrecha y fraterna de la Congregación con el competente Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cris-

tianos, a fin de promover eficazmente el restablecimiento de la unidad plena entre todos los cristianos. La división entre los cristianos, en efecto, «contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura» (Decr. *Unitatis redintegratio*, 1). Así pues, la unidad no solo es fruto de la fe, sino también un medio y casi un presupuesto para anunciar de forma cada vez más creíble la fe a aquellos que no conocen aún al Salvador. Jesús oró: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn* 17, 21).

Renovando mi gratitud por vuestro servicio, os aseguro mi constante cercanía espiritual y a todos os imparto de corazón la bendición apostólica. Gracias.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración de las Visperas al final de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

Fiesta de la Conversión de San Pablo. Basílica de San Pablo Extramuros. Miércoles, 25 de enero de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría, dirijo mi afectuoso saludo a todos los que os habéis reunido en esta basílica en la fiesta litúrgica de la Conversión de San Pablo, para concluir la Semana de oración por la unidad de los cristianos, en este año en que celebraremos el quincuagésimo aniversario de la apertura del concilio Vaticano II, que el beato Juan XXIII anunció precisamente en esta basílica el 25 de enero de 1959. El tema ofre-

cido para nuestra meditación en la Semana de oración que hoy concluimos es: «Todos seremos transformados por la victoria de Jesucristo, nuestro Señor» (cf. *1 Co* 15, 51-58).

El significado de esta misteriosa transformación, de la que nos habla la segunda lectura breve de esta tarde, se muestra admirablemente en la historia personal de san Pablo. A continuación del acontecimiento extraordinario que tuvo lugar en el camino de Damasco, Saulo, que se distinguía por el celo con que perseguía a la Iglesia naciente, fue transformado en un apóstol incansable del Evangelio de Jesucristo. En el caso de este evangelizador extraordinario, aparece claro que esa transformación no es resultado de una larga reflexión interior, y tampoco fruto de un esfuerzo personal. Es ante todo obra de la gracia de Dios que obró según sus caminos inescrutables. Por ello, san Pablo, al escribir a la comunidad de Corinto algunos años después de su conversión, afirma, como hemos escuchado en el primer pasaje de estas Vísperas: «Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado» (*1 Co* 15, 10). Además, considerando con atención la vicisitud de san Pablo, se comprende cómo la transformación que él experimentó en su existencia no se limita al plano ético -como conversión de la inmoralidad a la moralidad-, ni al plano intelectual -como cambio del propio modo de comprender la realidad-; se trata, más bien, de una renovación radical del

propio ser, similar, por muchos aspectos, a un volver a nacer. Una transformación semejante tiene su fundamento en la participación en el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, y se delinea como un camino gradual de conformación a él. A la luz de esta consciencia, san Pablo, cuando a continuación será llamado a defender la legitimidad de su vocación apostólica y del Evangelio que anunciaba, dirá: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (*Ga* 2, 20).

La experiencia personal que vivió san Pablo le permitió esperar con fundada esperanza la realización de este misterio de transformación, que concernirá a todos aquellos que han creído en Jesucristo y también a toda la humanidad y a la creación entera. En la segunda lectura breve que se ha proclamado esta tarde, san Pablo, después de desarrollar una larga argumentación destinada a reforzar en los fieles la esperanza de la resurrección, utilizando las imágenes tradicionales de la literatura apocalíptica contemporánea a él, describe en pocas líneas el gran día del juicio final, en el que se cumple el destino de la humanidad: «En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la última trompeta..., los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados» (*1 Co* 15, 52). Ese día, todos los creyentes serán conformados a Cristo y todo lo que es

corruptible será transformado por su gloria: «Es preciso -dice san Pablo- que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad» (v. 15, 53). Entonces, finalmente, el triunfo de Cristo será completo, porque, como nos dice el mismo san Pablo mostrando cómo se cumplen las antiguas profecías de las Escrituras, la muerte será vencida definitivamente y, con ella, el pecado que la hizo entrar en el mundo y la ley que fija el pecado sin dar la fuerza para vencerlo: «La muerte ha sido absorbida en la victoria. / ¿Dónde está, muerte, tu victoria? / ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? / El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley» (vv. 54-56). San Pablo nos dice, por lo tanto, que todo hombre, mediante el bautismo en la muerte y resurrección de Cristo, participa en la victoria de Aquel que antes que todos venció a la muerte, comenzando un camino de transformación que se manifiesta ya desde ahora en una novedad de vida y que alcanzará su plenitud al final de los tiempos.

Es muy significativo que el pasaje concluya con una acción de gracias: «¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (v. 57). El canto de victoria sobre la muerte se transforma en canto de acción de gracias elevado al Vencedor. También nosotros, esta tarde, celebrando la alabanza vespertina a Dios, queremos unir nuestra voz, nuestra mente y nuestro corazón a este himno

de acción de gracias por lo que la gracia divina obró en el Apóstol de los gentiles y por el admirable designio salvífico que Dios Padre realiza en nosotros por medio del Señor Jesucristo. Mientras elevamos nuestra oración, confiamos en ser también nosotros transformados y conformados a imagen de Cristo. Esto es verdad de modo especial en la oración por la unidad de los cristianos. En efecto, cuando imploramos el don de la unidad de los discípulos de Cristo, hacemos nuestro el deseo expresado por Jesucristo en la víspera de su pasión y muerte en la oración dirigida al Padre: «para que todos sean uno» (*Jn* 17, 21). Por este motivo, la oración por la unidad de los cristianos no es más que participación en la realización del proyecto divino para la Iglesia, y el compromiso activo por el restablecimientos de la unidad es un deber y una gran responsabilidad para todos.

Aun experimentando en nuestros días la situación dolorosa de la división, los cristianos podemos y debemos mirar con esperanza al futuro, en cuanto que la victoria de Cristo significa la superación de todo aquello que nos priva de compartir la plenitud de vida con él y con los demás. La resurrección de Jesucristo confirma que la bondad de Dios vence al mal, y que el amor supera la muerte. Él nos acompaña en la lucha contra la fuerza destructora del pecado que hace daño a la humanidad y a toda la creación de Dios. La presencia de Cristo resucitado nos llama a todos los cristianos a actuar juntos en

la causa del bien. Unidos en Cristo, estamos llamados a compartir su misión, que consiste en llevar la esperanza allí donde dominan la injusticia, el odio y la desesperación. Nuestras divisiones hacen que nuestro testimonio de Cristo sea menos luminoso. La meta de la unidad plena, que esperamos con una esperanza activa y por la cual rezamos con confianza, es una victoria no secundaria, sino importante para el bien de la familia humana.

En la cultura hoy dominante, la idea de victoria se asocia con frecuencia a un éxito inmediato. En la perspectiva cristiana, en cambio, la victoria es un proceso -largo y, a nuestros ojos humanos, no siempre lineal- de transformación y de crecimiento en el bien. Esa victoria tiene lugar según los tiempos de Dios, no según nuestros tiempos, y requiere de nosotros fe profunda y perseverancia paciente. Aunque el reino de Dios irrumpió definitivamente en la historia con la resurrección de Jesús, aún no está plenamente realizado. La victoria final se producirá solo con la segunda venida del Señor, que nosotros aguardamos con esperanza paciente. También nuestra espera de la unidad visible de la Iglesia debe ser paciente y confiada. Sólo con esta disposición encuentran pleno significado nuestra oración y nuestro compromiso cotidianos por la unidad de los cristianos. La actitud de espera paciente no significa pasividad o resignación, sino respuesta pronta y atenta a toda posibilidad de comunión y fraternidad que nos dona el Señor.

En este clima espiritual, quiero dirigir algunos saludos particulares, en primer lugar al cardenal Monterisi, arcipreste de esta basílica, al abad y a la comunidad de los monjes benedictinos que nos acogen. Saludo al cardenal Koch, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, y a todos los colaboradores de este dicasterio. Dirijo mi cordial y fraterno saludo a su eminencia el metropolitano Gennadios, representante del Patriarcado ecuménico, y al reverendo canónigo Richardson, representante personal en Roma del arzobispo de Canterbury, y a todos los representantes de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales, aquí reunidos esta tarde. Además, me es particularmente grato saludar a algunos miembros del grupo de trabajo compuesto por exponentes de diversas Iglesias y comunidades eclesiales presentes en Polonia, que han preparado los materiales para la Semana de oración de este año, a los cuales quiero expresar mi gratitud y mi deseo de que prosigan en el camino de la reconciliación y la colaboración fructífera, así como a los miembros del *Global Christian Forum* que durante estos días están en Roma para reflexionar sobre la ampliación de la participación de nuevos miembros en el movimiento ecuménico. Y saludo también al grupo de estudiantes del Instituto ecuménico de Bossey del Consejo mundial de Iglesias.

A la intercesión de san Pablo, quiero confiar a todos aquellos que, con su oración y su compromiso, trabajan por

la causa de la unidad de los cristianos. Aunque a veces se puede tener la impresión de que el camino hacia el pleno restablecimiento de la comunión todavía es muy largo y está lleno de obstáculos, invito a todos a renovar la propia determinación a buscar, con valentía y generosidad, la unidad que es voluntad de Dios, siguiendo el ejemplo de san Pablo, el cual, ante dificultades de todo tipo, conservó siempre la confianza firme en Dios que lleva a cumplimiento su obra. Por lo demás, en este camino, no faltan los signos positivos de una nueva fraternidad y de un sentido de responsabilidad compartido ante las grandes problemáticas que afligen a nuestro mundo. Todo esto es motivo de alegría y de gran esperanza, y debe estimularnos a proseguir nuestro compromiso para llegar todos juntos a la meta final, sabiendo que nuestro esfuerzo no es vano en el Señor (cf. *1 Co 15, 58*). Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de
las Vísperas en la fiesta de la
Presentación del Señor con ocasión
de la XVI Jornada de la Vida
Consagrada***

*Basílica Vaticana. Jueves, 2 febrero de
2012*

Queridos hermanos y hermanas:

La fiesta de la Presentación del Señor, cuarenta días después del naci-

miento de Jesús, nos muestra a María y José que, obedeciendo a la ley de Moisés, acuden al templo de Jerusalén para ofrecer al Niño, en cuanto primogénito, al Señor y rescatarlo mediante un sacrificio (cf. *Lc 2, 22-24*). Es uno de los casos en que el tiempo litúrgico refleja el tiempo histórico, porque hoy se cumplen precisamente cuarenta días desde la solemnidad del Nacimiento del Señor; el tema de Cristo Luz, que caracterizó el ciclo de las fiestas navideñas y culminó en la solemnidad de la Epifanía, se retoma y prolonga en la fiesta de hoy.

El gesto ritual que realizan los padres de Jesús, con el estilo de humilde ocultamiento que caracteriza la encarnación del Hijo de Dios, encuentra una acogida singular por parte del anciano Simeón y de la profetisa Ana. Por inspiración divina, ambos reconocen en aquel Niño al Mesías anunciado por los profetas. En el encuentro entre el anciano Simeón y María, joven madre, el Antiguo y el Nuevo Testamento se unen de modo admirable en acción de gracias por el don de la Luz, que ha brillado en las tinieblas y les ha impedido que dominen: Cristo Señor, luz para alumbrar a las naciones y gloria de su pueblo Israel (cf. *Lc 2, 32*).

El día en que la Iglesia conmemora la presentación de Jesús en el templo, se celebra la Jornada de la vida consagrada. De hecho, el episodio evangélico al que nos referimos constituye un significativo icono de la entrega de su

propia vida que realizan cuantos han sido llamados a representar en la Iglesia y en el mundo, mediante los consejos evangélicos, los rasgos característicos de Jesús, virgen, pobre y obediente, el Consagrado del Padre. En la fiesta de hoy, por lo tanto, celebramos el misterio de la consagración: consagración de Cristo, consagración de María, consagración de todos los que siguen a Jesús por amor al reino de Dios.

Según la intuición del beato Juan Pablo II, que la celebró por primera vez en 1997, la Jornada dedicada a la vida consagrada tiene varias finalidades particulares. Ante todo, quiere responder a la exigencia de alabar y dar gracias al Señor por el don de este estado de vida, que pertenece a la santidad de la Iglesia. Por cada persona consagrada, se eleva hoy la oración de toda la comunidad, que da gracias a Dios Padre, dador de todo bien, por el don de esta vocación, y con fe lo invoca de nuevo. Además, en esta ocasión se quiere valorar cada vez más el testimonio de quienes han elegido seguir a Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos promoviendo el conocimiento y la estima de la vida consagrada en el seno del pueblo de Dios. Por último, la Jornada de la vida consagrada quiere ser, sobre todo para vosotros, queridos hermanos y hermanas que habéis abrazado esta condición en la Iglesia, una valiosa ocasión para renovar vuestros propósitos y reavivar los sentimientos que han inspirado e inspiran la entrega de vosotros mismos al Señor. Esto es lo que queremos hacer hoy; este

es el compromiso que estáis llamados a realizar cada día de vuestra vida.

Con ocasión del quincuagésimo aniversario de la apertura del concilio ecuménico Vaticano II, convoqué -como bien sabéis- el Año de la fe, que se abrirá el próximo mes de octubre. Todos los fieles, pero de modo especial los miembros de los institutos de vida consagrada, han acogido como un don esta iniciativa, y espero que vivan el Año de la fe como tiempo favorable para la renovación interior, cuya necesidad se percibe siempre, profundizando en los valores esenciales y en las exigencias de su propia consagración. En el Año de la fe, vosotros, que habéis acogido la llamada a seguir a Cristo más de cerca mediante la profesión de los consejos evangélicos, estáis invitados a profundizar cada vez más vuestra relación con Dios. Los consejos evangélicos, aceptados como auténtica regla de vida, refuerzan la fe, la esperanza y la caridad, que unen a Dios. Esta profunda cercanía al Señor, que debe ser el elemento prioritario y característico de vuestra existencia, os llevará a una renovada adhesión a él y tendrá un influjo positivo en vuestra particular presencia y forma de apostolado en el seno del pueblo de Dios, mediante la aportación de vuestros carismas, con fidelidad al Magisterio, a fin de ser testigos de la fe y de la gracia, testigos creíbles para la Iglesia y para el mundo de hoy.

La Congregación para los institutos de vida consagrada y las socieda-

des de vida apostólica, con los medios que considere oportunos, sugerirá directrices y se esforzará por favorecer que este Año de la fe constituya para todos vosotros un año de renovación y de fidelidad, a fin de que todos los consagrados y las consagradas se comprometan con entusiasmo en la nueva evangelización. A la vez que dirijo mi cordial saludo al prefecto del dicasterio, monseñor João Braz de Aviz -a quien he incluido entre los que voy a crear cardenales en el próximo consistorio-, aprovecho de buen grado esta alegre circunstancia para darle gracias a él y a sus colaboradores por el valioso servicio que prestan a la Santa Sede y a toda la Iglesia.

Queridos hermanos y hermanas, asimismo os expreso mi agradecimiento a cada uno por haber querido participar en esta liturgia que, también gracias a vuestra presencia, se distingue por un clima especial de devoción y recogimiento. Deseo todo bien para el camino de vuestras familias religiosas, así como para vuestra formación y vuestro apostolado. Que la Virgen María, discípula, servidora y madre del Señor, obtenga del Señor Jesús que «cuantos han recibido el don de seguirlo en la vida consagrada sepan testimoniarlo con una existencia transfigurada, caminando gozosamente, junto con todos los otros hermanos y hermanas, hacia la patria celestial y la luz que no tiene ocaso» (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Vita consecrata*, 112). Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa en la solemnidad de la Cátedra del Apóstol San Pedro. Consistorio ordinario público para la creación de nuevos cardenales y para el voto sobre algunas causas de canonización.

Basilica Vaticana. Domingo, 19 de febrero de 2012

Señores Cardenales, Venerados hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio Queridos hermanos y hermanas

En la solemnidad de la Cátedra del apóstol san Pedro, tenemos la alegría de reunirnos alrededor del Altar del Señor junto con los nuevos Cardenales, que ayer he agregado al colegio cardenalicio. Les saludo ante todo a ellos muy cordialmente, y agradezco al Cardenal Fernando Filoni las amables palabras que me ha dirigido en su nombre. Extiendo mi saludo a los demás purpurados y a todos los obispos presentes, así como a las distinguidas autoridades, a los señores embajadores, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles, venidos de varias partes del mundo para esta feliz circunstancia que reviste una carácter especial de universalidad.

En la segunda lectura que se acaba de proclamar, el apóstol Pedro exhorta a los «presbíteros» de la Iglesia a ser pastores diligentes y solícitos del rebaño de Cristo (cf. *1 Pe* 5,1-2). Estas palabras están dirigidas sobre todo a

vosotros, queridos y venerados hermanos, que ya tenéis muchos meritos ante el Pueblo de Dios por vuestra generosa y sapiente labor desarrollada en el ministerio pastoral en diócesis exigentes, en la dirección de los Dicasterios de la Curia Romana o en el servicio eclesial del estudio y de la enseñanza. La nueva dignidad que se os ha conferido quiere manifestar el aprecio por vuestro trabajo fiel en la viña del Señor, honrar a las comunidades y naciones de las cuales procedéis y de las que sois dignos representantes de la Iglesia, confiaros nuevas y más importantes responsabilidades eclesiales y, finalmente, pedirnos mayor disponibilidad para Cristo y para toda la comunidad cristiana. Esta disponibilidad al servicio del Evangelio está sólidamente fundada en la certeza de la fe. En efecto, sabemos que Dios es fiel a sus promesas y permanecemos en la esperanza de que se cumplan las palabras del apóstol Pedro: «Y cuando aparezca el Supremo Pastor, recibiréis la corona de gloria que no se marchita» (1 Pe 5,4).

El pasaje del Evangelio de hoy presenta a Pedro que, movido por una inspiración divina, expresa la propia fe fundada en Jesús, el Hijo de Dios y el Mesías prometido. En respuesta a esta límpida profesión de fe, que Pedro confiesa también en nombre de los otros apóstoles, Cristo les revela la misión que pretende confiarles, la de ser la «piedra», la «roca», el fundamento visible sobre el que está construido todo el edificio espiritual de la Iglesia

(cf. Mt 16,16-19). Esta expresión de «roca-piedra» no se refiere al carácter de la persona, sino que solo puede comprenderse partiendo de un aspecto más profundo, del misterio: mediante el cargo que Jesús les confía, Simón Pedro se convierte en algo que no es por «la carne y la sangre». El exegeta Joaquín Jeremías ha hecho ver cómo en el trasfondo late el lenguaje simbólico de la «roca santa». A este respecto, puede ayudarnos un texto rabínico que reza así: «El Señor dijo: “¿Cómo puedo crear el mundo cuando surgirán estos sin-Dios y se volverán contra mí?”. Pero cuando Dios vio que debía nacer Abraham, dijo: “Mira, he encontrado una roca, sobre la cual puedo construir y fundar el mundo”. Por eso, él llamó Abrahán una roca». El profeta Isaías se refiere a eso cuando recuerda al pueblo: «Mirad la roca de donde os tallaron,... mirad a Abrahán vuestro padre» (51,1-2). Se ve a Abrahán, el padre de los creyentes, que, por su fe, es la roca que sostiene la creación. Simón, que es el primero en confesar a Jesús como el Cristo, y es el primer testigo de la resurrección, se convierte ahora, con su fe renovada, en la roca que se opone a la fuerza destructiva del mal.

Queridos hermanos y hermanas. Este pasaje evangélico que hemos escuchado encuentra una más reciente y elocuente explicación en un elemento artístico muy notorio que embellece esta Basílica Vaticana: el altar de la Cátedra. Cuando se recorre la grandiosa nave central, una vez pasado el cruce-

ro, se llega al ábside y nos encontramos ante un grandioso trono de bronce que parece suelto, pero que, en realidad, está sostenido por cuatro estatuas de grandes Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente. Y, sobre el trono, circundado por una corona de ángeles suspendidos en el aire, resplandece en la ventana ovalada la gloria del Espíritu Santo. ¿Qué nos dice este complejo escultórico, fruto del genio de Bernini? Representa una visión de la esencia de la Iglesia y, dentro de ella, del magisterio petrino.

La ventana del ábside abre la Iglesia hacia el externo, hacia la creación entera, mientras la imagen de la paloma del Espíritu Santo muestra a Dios como la fuente de la luz. Pero se puede subrayar otro aspecto: en efecto, la Iglesia misma es como una ventana, el lugar en el que Dios se acerca, se encuentra con el mundo. La Iglesia no existe por sí misma, no es el punto de llegada, sino que debe remitir más allá, hacia lo alto, por encima de nosotros. La Iglesia es verdaderamente ella misma en la medida en que deja trasparentar al Otro —con la «O» mayúscula— del cual proviene y al cual conduce. La Iglesia es el lugar donde Dios «llega» a nosotros, y desde donde nosotros «partimos» hacia él; ella tiene la misión de abrir más allá de sí mismo ese mundo que tiende a crearse un todo cerrado y llevarle la luz que viene de lo alto, sin la cual sería inhabitable.

La gran cátedra de bronce contiene un sitial de madera del siglo IX, que por

mucho tiempo se consideró la cátedra del apóstol Pedro, y que fue colocada precisamente en ese altar monumental por su alto valor simbólico. Esta, en efecto, expresa la presencia permanente del Apóstol en el magisterio de sus sucesores. El sillón de san Pedro, podemos decir, es el trono de la verdad, que tiene su origen en el mandato de Cristo después de la confesión en Cesarea de Filipo. La silla magisterial nos trae a la memoria de nuevo las palabras del Señor dirigidas a Pedro en el Cenáculo: «Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos» (*Lc 22,32*).

La Cátedra de Pedro evoca otro recuerdo: la célebre expresión de san Ignacio de Antioquia, que en su carta a los Romanos llama a la Iglesia de Roma «aquella que preside en la caridad» (*Inscr.: PG 5, 801*). En efecto, el presidir en la fe está inseparablemente unido al presidir en el amor. Una fe sin amor nunca será una fe cristiana auténtica. Pero las palabras de san Ignacio tienen también otra connotación mucho más concreta. El término «caridad», en efecto, se utilizaba en la Iglesia de los orígenes para indicar también la Eucaristía. La Eucaristía es precisamente *Sacramentum caritatis Christi*, mediante el cual él continúa a atraer a todos hacia sí, como lo hizo desde lo alto de la cruz (cf. *Jn 12,32*). Por tanto, «presidir en la caridad» significa atraer a los hombres en un abrazo eucarístico, el abrazo de Cristo, que supera toda barrera y toda exclusión, creando comunión entre

las múltiples diferencias. El ministerio petrino, pues, es primado de amor en sentido eucarístico, es decir, solicitud por la comunión universal de la Iglesia en Cristo. Y la Eucaristía es forma y medida de esta comunión, y garantía de que ella se mantenga fiel al criterio de la tradición de la fe.

La gran Catedral está apoyada sobre los Padres de la Iglesia. Los dos maestros de oriente, san Juan Crisóstomo y san Atanasio, junto con los latinos, san Ambrosio y san Agustín, representando la totalidad de la tradición y, por tanto, la riqueza de las expresiones de la verdadera fe en la santa y única Iglesia. Este elemento del altar nos dice que el amor se asienta sobre la fe. Y se resquebraja si el hombre ya no confía en Dios ni le obedece. Todo en la Iglesia se apoya sobre la fe: los sacramentos, la liturgia, la evangelización, la caridad. También el derecho, también la autoridad en la Iglesia se apoya sobre la fe. La Iglesia no se da a sí misma las reglas, el propio orden, sino que lo recibe de la Palabra de Dios, que escucha en la fe y trata de comprender y vivir. Los Padres de la Iglesia tienen en la comunidad eclesial la función de garantes de la fidelidad a la Sagrada Escritura. Ellos aseguran una exégesis fidedigna, sólida, capaz de formar con la Catedral de Pedro un complejo estable y unitario. Las Sagradas Escrituras, interpretadas autorizadamente por el Magisterio a la luz de los Padres, iluminan el camino de la Iglesia en el tiempo, asegurándole un fundamento estable en medio a los cambios históricos.

Tras haber considerado los diversos elementos del altar de la Catedral, dirigamos una mirada al conjunto. Y veamos cómo está atravesado por un doble movimiento: de ascensión y de descenso. Es la reciprocidad entre la fe y el amor. La Catedral está puesta con gran realce en este lugar, porque aquí está la tumba del apóstol Pedro, pero también tiende hacia el amor de Dios. En efecto, la fe se orienta al amor. Una fe egoísta no es una fe verdadera. Quien cree en Jesucristo y entra en el dinamismo del amor que tiene su fuente en la Eucaristía, descubre la verdadera alegría y, a su vez, es capaz de vivir según la lógica de este don. La verdadera fe es iluminada por el amor y conduce al amor, hacia lo alto, del mismo modo que el altar de la Catedral apunta hacia la ventana luminosa, la gloria del Espíritu Santo, que constituye el verdadero punto focal para la mirada del peregrino que atraviesa el umbral de la Basílica Vaticana. En esa ventana, la corona de los ángeles y los grandes rayos dorados dan una espléndido realce, con un sentido de plenitud desbordante, que expresa la riqueza de la comunión con Dios. Dios no es soledad, sino amor glorioso y gozoso, difusivo y luminoso.

Queridos hermanos y hermanas, a cada cristiano y a nosotros, se nos confía el don de este amor: un don que ha de ofrecer con el testimonio de nuestra vida. Esto es, en particular, vuestra tarea, venerados Hermanos Cardenales: dar testimonio de la alegría del amor de Cristo. Confiemos ahora vuestro

nuevo servicio eclesial a la Virgen María, presente en la comunidad apostólica reunida en oración en espera del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1,14). Que Ella, Madre del Verbo encarnado, proteja el camino de la Iglesia, sostenga con su intercesión la obra de los Pastores y acoja bajo su manto a todo el colegio cardenalicio. Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa, bendición e imposición de la Ceniza. Statio y procesión penitencial desde la iglesia de San Anselmo a la basílica de Santa Sabina en el Aventino

Basílica de Santa Sabina. Miércoles de Ceniza, 22 de febrero de 2012

Venerados hermanos, queridos hermanos y hermanas:

Con este día de penitencia y de ayuno -el miércoles de Ceniza-, comenzamos un nuevo camino hacia la Pascua de Resurrección: el camino de la Cuaresma. Quiero detenerme brevemente a reflexionar sobre el signo litúrgico de la ceniza, un signo material, un elemento de la naturaleza, que, en la liturgia, se transforma en un símbolo sagrado, muy importante en este día con el que se inicia el itinerario cuaresmal. Antiguamente, en la cultura judía, la costumbre de ponerse ceniza sobre la cabeza como signo de penitencia era común, unido con frecuencia

a vestirse de saco o de andrajos. Para nosotros, los cristianos, en cambio, este es el único momento, que, por lo demás, tiene una notable importancia ritual y espiritual. Ante todo, la ceniza es uno de los signos materiales que introducen el cosmos en la liturgia. Los principales son, evidentemente, los de los sacramentos: el agua, el aceite, el pan y el vino, que constituyen verdadera materia sacramental, instrumento a través del cual se comunica la gracia de Cristo que llega hasta nosotros. En el caso de la ceniza, se trata, en cambio, de un signo no sacramental, pero unido a la oración y a la santificación del pueblo cristiano. De hecho, antes de la imposición individual sobre la cabeza, se prevé una bendición específica de la ceniza -que realizaremos dentro de poco-, con dos fórmulas posibles. En la primera se la define «símbolo austero»; en la segunda se invoca directamente sobre ella la bendición y se hace referencia al texto del *Libro del Génesis*, que puede acompañar también el gesto de la imposición: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás» (cf. *Gn* 3, 19).

Detengámonos un momento en este pasaje del *Génesis*. Con él, concluye el juicio pronunciado por Dios después del pecado original: Dios maldice a la serpiente, que hizo caer en el pecado al hombre y a la mujer; luego castiga a la mujer anunciándole los dolores del parto y una relación desequilibrada con su marido; por último, castiga al hombre, le anuncia la fatiga al trabajar y maldice

el suelo. «¡Maldito el suelo por tu culpa!» (*Gn* 3, 17), a causa de tu pecado. Por consiguiente, el hombre y la mujer no son maldecidos directamente, mientras que la serpiente sí lo es; sin embargo, a causa del pecado de Adán, es maldecido el suelo, del que había sido modelado. Releamos el magnífico relato de la creación del hombre a partir de la tierra: «Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo. Luego el Señor Dios plantó un jardín en Edén, hacia oriente, y colocó en él al hombre que él había modelado» (*Gn* 2, 7-8). Así dice el *Libro del Génesis*.

Por lo tanto, el signo de la ceniza nos remite al gran fresco de la creación, en el que se dice que el ser humano es una singular unidad de materia y de aliento divino, a través de la imagen del polvo del suelo modelado por Dios y animado por su aliento insuflado en la nariz de la nueva criatura. Podemos notar cómo en el relato del *Génesis* el símbolo del polvo sufre una transformación negativa a causa del pecado. Mientras que, antes de la caída, el suelo es una potencialidad totalmente buena, regada por un manantial de agua (cf. *Gn* 2, 6) y capaz, por obra de Dios, de hacer brotar «toda clase de árboles hermosos para la vista y buenos para comer» (*Gn* 2, 9), después de la caída y la consiguiente maldición divina, producirá «cardos y espinas» y solo a cambio de «dolor» y «sudor del rostro» concederá al hombre sus frutos (cf. *Gn* 3, 17-18).

El polvo de la tierra ya no remite solo al gesto creador de Dios, totalmente abierto a la vida, sino que se transforma en signo de un inexorable destino de muerte: «Eres polvo y al polvo volverás» (*Gn* 3, 19).

Es evidente en el texto bíblico que la tierra participa del destino del hombre. A este respecto dice san Juan Crisóstomo en una de sus homilias: «Ve cómo después de su desobediencia todo se le impone a él [el hombre] de un modo contrario a su precedente estilo de vida» (*Homilias sobre el Génesis* 17, 9: pg 53, 146). Esta maldición del suelo tiene una función medicinal para el hombre, a quien la «resistencia» de la tierra debería ayudarle a mantenerse en sus límites y reconocer su propia naturaleza (cf. *ib.*). Así, con una bella síntesis, se expresa otro comentario antiguo, que dice: «Adán fue creado puro por Dios para su servicio. Todas las criaturas le fueron concedidas para servirlo. Estaba destinado a ser el amo y el rey de todas las criaturas. Pero cuando el mal llegó a él y conversó con él, él lo recibió por medio de una escucha externa. Luego penetró en su corazón y se apoderó de todo su ser. Cuando fue capturado de este modo, la creación, que lo había asistido y servido, fue capturada con él» (Pseudo-Macario, *Homilias* 11, 5: pg 34, 547).

Decíamos hace poco, citando a san Juan Crisóstomo, que la maldición del suelo tiene una función «medicinal». Eso significa que la intención de Dios,

que siempre es benéfica, es más profunda que la maldición. Esta, en efecto, no se debe a Dios sino al pecado, pero Dios no puede dejar de infligirla, porque respeta la libertad del hombre y sus consecuencias, incluso las negativas. Así pues, dentro del castigo, y también dentro de la maldición del suelo, permanece una intención buena que viene de Dios. Cuando Dios dice al hombre: «Eres polvo y al polvo volverás», junto con el justo castigo también quiere anunciar un camino de salvación, que pasará precisamente a través de la tierra, a través de aquel «polvo», de aquella «carne» que será asumida por el Verbo. En esta perspectiva salvífica, la liturgia del miércoles de Ceniza retoma las palabras del *Génesis*: como invitación a la penitencia, a la humildad, a tener presente la propia condición mortal, pero no para acabar en la desesperación, sino para acoger, precisamente en esta mortalidad nuestra, la impensable cercanía de Dios, que, más allá de la muerte, abre el paso a la resurrección, al paraíso finalmente reencontrado. En este sentido nos orienta un texto de Orígenes, que dice: «Lo que inicialmente era carne, procedente de la tierra, un hombre de polvo, (cf. *1 Co* 15, 47), y fue disuelto por la muerte y de nuevo transformado en polvo y ceniza -de hecho, está escrito: *eres polvo y al polvo volverás-*, es resucitado de nuevo de la tierra. A continuación, según los méritos del alma que habita el cuerpo, la persona avanza hacia la gloria de un cuerpo espiritual» (*Principios* 3, 6, 5: sch, 268, 248).

Los «méritos del alma», de los que habla Orígenes, son necesarios; pero son fundamentales los méritos de Cristo, la eficacia de su Misterio pascual. San Pablo nos ha ofrecido una formulación sintética en la *Segunda Carta a los Corintios*, hoy segunda lectura: «Al que no conocía el pecado, Dios lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él» (*2 Co* 5, 21). La posibilidad para nosotros del perdón divino depende esencialmente del hecho de que Dios mismo, en la persona de su Hijo, quiso compartir nuestra condición, pero no la corrupción del pecado. Y el Padre lo resucitó con el poder de su Santo Espíritu; y Jesús, el nuevo Adán, se ha convertido, como dice san Pablo, en «espíritu vivificante» (*1 Co* 15, 45), la primicia de la nueva creación. El mismo Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos puede transformar nuestros corazones de piedra en corazones de carne (cf. *Ez* 36, 26). Lo acabamos de invocar con el Salmo *Miserere*: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu» (*Sal* 50, 12-13). El Dios que expulsó a los primeros padres del Edén envió a su propio Hijo a nuestra tierra devastada por el pecado, no lo perdonó, para que nosotros, hijos pródigos, podamos volver, arrepentidos y redimidos por su misericordia, a nuestra verdadera patria. Que así sea para cada uno de nosotros, para todos los creyentes, para cada hombre que humildemente se reconoce necesitado de salvación. Amén.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la Cuaresma 2012***

*«Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras»
(Hb 10, 24)*

Queridos hermanos y hermanas

La Cuaresma nos ofrece una vez más la oportunidad de reflexionar sobre el corazón de la vida cristiana: la caridad. En efecto, este es un tiempo propicio para que, con la ayuda de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, renovemos nuestro camino de fe, tanto personal como comunitario. Se trata de un itinerario marcado por la oración y el compartir, por el silencio y el ayuno, en espera de vivir la alegría pascual.

Este año deseo proponer algunas reflexiones a la luz de un breve texto bíblico tomado de la *Carta a los Hebreos*: «Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras» (10,24). Esta frase forma parte de una perícopa en la que el escritor sagrado exhorta a confiar en Jesucristo como sumo sacerdote, que nos obtuvo el perdón y el acceso a Dios. El fruto de acoger a Cristo es una vida que se despliega según las tres virtudes teologales: se trata de acercarse al Señor «con corazón sincero y llenos de fe» (v. 22), de mantenernos firmes «en la esperanza que profesamos» (v. 23), con una aten-

ción constante para realizar junto con los hermanos «la caridad y las buenas obras» (v. 24). Asimismo, se afirma que para sostener esta conducta evangélica es importante participar en los encuentros litúrgicos y de oración de la comunidad, mirando a la meta escatológica: la comunión plena en Dios (v. 25). Me detengo en el versículo 24, que, en pocas palabras, ofrece una enseñanza preciosa y siempre actual sobre tres aspectos de la vida cristiana: la atención al otro, la reciprocidad y la santidad personal.

1. “Fijémonos”: la responsabilidad para con el hermano.

El primer elemento es la invitación a «fijarse»: el verbo griego usado es *katanoein*, que significa observar bien, estar atentos, mirar conscientemente, darse cuenta de una realidad. Lo encontramos en el Evangelio, cuando Jesús invita a los discípulos a «fijarse» en los pájaros del cielo, que no se afanan y son objeto de la solícita y atenta providencia divina (cf. *Lc 12,24*), y a «reparar» en la viga que hay en nuestro propio ojo antes de mirar la brizna en el ojo del hermano (cf. *Lc 6,41*). Lo encontramos también en otro pasaje de la misma *Carta a los Hebreos*, como invitación a «fijarse en Jesús» (cf. 3,1), el Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra fe. Por tanto, el verbo que abre nuestra exhortación invita a fijar la mirada en el otro, ante todo en

Jesús, y a estar atentos los unos a los otros, a no mostrarse extraños, indiferentes a la suerte de los hermanos. Sin embargo, con frecuencia, prevalece la actitud contraria: la indiferencia o el desinterés, que nacen del egoísmo, encubierto bajo la apariencia del respeto por la «esfera privada». También hoy resuena con fuerza la voz del Señor que nos llama a cada uno de nosotros a hacernos cargo del otro. Hoy Dios nos sigue pidiendo que seamos «guardianes» de nuestros hermanos (cf. *Gn* 4,9), que entablemos relaciones caracterizadas por el cuidado recíproco, por la atención al *bien* del otro y a *todo* su bien. El gran mandamiento del amor al prójimo exige y urge a tomar conciencia de que tenemos una responsabilidad respecto a quien, como yo, es criatura e hijo de Dios: el hecho de ser hermanos en humanidad y, en muchos casos, también en la fe, debe llevarnos a ver en el otro a un verdadero *alter ego*, a quien el Señor ama infinitamente. Si cultivamos esta mirada de fraternidad, la solidaridad, la justicia, así como la misericordia y la compasión, brotarán naturalmente de nuestro corazón. El Siervo de Dios, Pablo VI, afirmaba que el mundo actual sufre especialmente de una falta de fraternidad: «El mundo está enfermo. Su mal está menos en la dilapidación de los recursos y en el acaparamiento por parte de algunos que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos» (Carta. enc. *Populorum progressio* [26 de marzo de 1967], n. 66).

La atención al otro conlleva desear el bien para él o para ella en todos los aspectos: físico, moral y espiritual. La cultura contemporánea parece haber perdido el sentido del bien y del mal, por lo que es necesario reafirmar con fuerza que el bien existe y vence, porque Dios es «bueno y hace el bien» (*Sal* 119,68). El bien es lo que suscita, protege y promueve la vida, la fraternidad y la comunión. La responsabilidad para con el prójimo significa, por tanto, querer y hacer el bien del otro, deseando que también él se abra a la lógica del bien; interesarse por el hermano significa abrir los ojos a sus necesidades. La Sagrada Escritura nos pone en guardia ante el peligro de tener el corazón endurecido por una especie de «anestesia espiritual» que nos deja ciegos ante los sufrimientos de los demás. El evangelista Lucas refiere dos parábolas de Jesús, en las cuales se indican dos ejemplos de esta situación que puede crearse en el corazón del hombre. En la parábola del buen Samaritano, el sacerdote y el levita «dieron un rodeo», con indiferencia, delante del hombre al cual los salteadores habían despojado y dado una paliza (cf. *Lc* 10,30-32), y en la del rico epulón, ese hombre saturado de bienes no se percató de la condición del pobre Lázaro, que muere de hambre delante de su puerta (cf. *Lc* 16,19). En ambos casos, se trata de lo contrario de «fijarse», de mirar con amor y compasión. ¿Qué es lo que impide esta mirada humana y amorosa hacia el hermano? Con frecuencia,

son la riqueza material y la saciedad, pero también el anteponer los propios intereses y las propias preocupaciones a todo lo demás. Nunca debemos ser incapaces de «tener misericordia» para con quien sufre; nuestras cosas y nuestros problemas nunca deben absorber nuestro corazón hasta el punto de hacernos sordos al grito del pobre. En cambio, precisamente la humildad de corazón y la experiencia personal del sufrimiento pueden ser la fuente de un despertar interior a la compasión y a la empatía: «El justo reconoce los derechos del pobre, el malvado es incapaz de conocerlos» (*Pr* 29,7). Se comprende así la bienaventuranza de «los que lloran» (*Mt* 5,4), es decir, de quienes son capaces de salir de sí mismos para conmoverse por el dolor de los demás. El encuentro con el otro y el hecho de abrir el corazón a su necesidad son ocasión de salvación y de bienaventuranza.

El «fijarse» en el hermano comprende además la solicitud por su bien espiritual. Y aquí deseo recordar un aspecto de la vida cristiana que a mi parecer ha caído en el olvido: *la corrección fraterna con vistas a la salvación eterna*. Hoy somos generalmente muy sensibles al aspecto del cuidado y la caridad en relación al bien físico y material de los demás, pero callamos casi por completo respecto a la responsabilidad espiritual para con los hermanos. No era así en la Iglesia de los primeros tiempos y en las comunidades verdaderamente maduras en la

fe, en las que las personas no solo se interesaban por la salud corporal del hermano, sino también por la de su alma, por su destino último. En la Sagrada Escritura leemos: «Reprende al sabio y te amará. Da consejos al sabio y se hará más sabio todavía; enseña al justo y crecerá su doctrina» (*Pr* 9,8ss). Cristo mismo nos manda reprender al hermano que está cometiendo un pecado (cf. *Mt* 18,15). El verbo usado para definir la corrección fraterna *-elenchein-* es el mismo que indica la misión profética, propia de los cristianos, que denuncian una generación que se entrega al mal (cf. *Ef* 5,11). La tradición de la Iglesia enumera entre las obras de misericordia espiritual la de «corregir al que se equivoca». Es importante recuperar esta dimensión de la caridad cristiana. Frente al mal no hay que callar. Pienso aquí en la actitud de aquellos cristianos que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecúan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien. Sin embargo, lo que anima la reprección cristiana nunca es un espíritu de condena o recriminación; lo que la mueve es siempre el amor y la misericordia, y brota de la verdadera solicitud por el bien del hermano. El apóstol Pablo afirma: «Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado»

(Ga 6,1). En nuestro mundo impregnado de individualismo, es necesario que se redescubra la importancia de la corrección fraterna, para caminar juntos hacia la santidad. Incluso «el justo cae siete veces» (Pr 24,16), dice la Escritura, y todos somos débiles y caemos (cf. 1 Jn 1,8). Por lo tanto, es un gran servicio ayudar y dejarse ayudar a leer con verdad dentro de uno mismo, para mejorar nuestra vida y caminar cada vez más rectamente por los caminos del Señor. Siempre es necesaria una mirada que ame y corrija, que conozca y reconozca, que discierna y perdone (cf. Lc 22,61), como ha hecho y hace Dios con cada uno de nosotros.

2. “Los unos en los otros”: el don de la reciprocidad.

Este ser «guardianes» de los demás contrasta con una mentalidad que, al reducir la vida solo a la dimensión terrena, no la considera en perspectiva escatológica y acepta cualquier decisión moral en nombre de la libertad individual. Una sociedad como la actual puede llegar a ser sorda, tanto ante los sufrimientos físicos, como ante las exigencias espirituales y morales de la vida. En la comunidad cristiana, no debe ser así. El apóstol Pablo invita a buscar lo que «fomente la paz y la mutua edificación» (Rm 14,19), tratando de «agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación» (ib. 15,2), sin buscar el propio beneficio «sino el de la mayo-

ría, para que se salven» (1 Co 10,33). Esta corrección y exhortación mutua, con espíritu de humildad y de caridad, debe formar parte de la vida de la comunidad cristiana.

Los discípulos del Señor, unidos a Cristo mediante la Eucaristía, viven en una comunión que los vincula los unos a los otros como miembros de un solo cuerpo. Esto significa que el otro me pertenece, su vida, su salvación, tienen que ver con mi vida y mi salvación. Aquí tocamos un elemento muy profundo de la comunión: nuestra existencia está relacionada con la de los demás, tanto en el bien como en el mal; tanto el pecado como las obras de caridad tienen también una dimensión social. En la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, se verifica esta reciprocidad: la comunidad no cesa de hacer penitencia y de invocar perdón por los pecados de sus hijos, pero, al mismo tiempo, se alegra, y continuamente se llena de júbilo por los testimonios de virtud y de caridad, que se multiplican. «Que todos los miembros se preocupen los unos de los otros» (1 Co 12,25), afirma san Pablo, porque formamos un solo cuerpo. La caridad para con los hermanos, una de cuyas expresiones es la limosna -una típica práctica cuaresmal junto con la oración y el ayuno-, radica en esta pertenencia común. Todo cristiano puede expresar en la preocupación concreta por los más pobres su participación del único cuerpo que es la Iglesia. La

atención a los demás en la reciprocidad es también reconocer el bien que el Señor realiza en ellos y agradecer con ellos los prodigios de gracia que el Dios bueno y todopoderoso sigue realizando en sus hijos. Cuando un cristiano se percata de la acción del Espíritu Santo en el otro, no puede por menos que alegrarse y glorificar al Padre que está en los cielos (cf. *Mt* 5,16).

3. “Para estímulo de la caridad y las buenas obras”: caminar juntos en la santidad.

Esta expresión de la *Carta a los Hebreos* (10, 24) nos lleva a considerar la llamada universal a la santidad, el camino constante en la vida espiritual, a aspirar a los carismas superiores y a una caridad cada vez más alta y fecunda (cf. *1 Co* 12,31-13,13). La atención recíproca tiene como finalidad animarse mutuamente a un amor efectivo cada vez mayor, «como la luz del alba, que va en aumento hasta llegar a pleno día» (*Pr* 4,18), en espera de vivir el día sin ocaso en Dios. El tiempo que se nos ha dado en nuestra vida es precioso para descubrir y realizar buenas obras en el amor de Dios. Así la Iglesia misma crece y se desarrolla para llegar a la madurez de la plenitud de Cristo (cf. *Ef* 4,13). En esta perspectiva dinámica de crecimiento, se sitúa nuestra exhortación a animarnos recíprocamente para alcanzar la plenitud del amor y de las buenas obras.

Lamentablemente, siempre está presente la tentación de la tibieza, de sofocar el Espíritu, de negarse a «comerciar con los talentos» que se nos ha dado para nuestro bien y el de los demás (cf. *Mt* 25,25ss). Todos hemos recibido riquezas espirituales o materiales útiles para el cumplimiento del plan divino, para el bien de la Iglesia y la salvación personal (cf. *Lc* 12,21b; *1 Tm* 6,18). Los maestros de espiritualidad recuerdan que, en la vida de fe, quien no avanza, retrocede. Queridos hermanos y hermanas, aceptemos la invitación, siempre actual, de aspirar a un «alto grado de la vida cristiana» (Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* [6 de enero de 2001], n. 31). Al reconocer y proclamar beatos y santos a algunos cristianos ejemplares, la sabiduría de la Iglesia tiene también por objeto suscitar el deseo de imitar sus virtudes. San Pablo exhorta: «Que cada cual estime a los otros más que a sí mismo» (*Rm* 12,10).

Ante un mundo que exige de los cristianos un testimonio renovado de amor y fidelidad al Señor, todos han de sentir la urgencia de ponerse a competir en la caridad, en el servicio y en las buenas obras (cf. *Hb* 6,10). Esta llamada es especialmente intensa en el tiempo santo de preparación a la Pascua. Con mis mejores deseos de una santa y fecunda Cuaresma, os encomiendo a la intercesión de la Santísima Virgen María y de corazón imparto a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 de noviembre de 2011

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Congreso Internacional «Jesús,
nuestro contemporáneo» [Roma,
9-11 de febrero de 2012]***

Al venerado hermano Cardenal Angelo Bagnasco, Arzobispo metropolitano de Génova Presidente de la Conferencia episcopal italiana

Con ocasión del congreso internacional «Jesús, nuestro contemporáneo» que se está celebrando en Roma del 9 al 11 de febrero de 2012 por iniciativa del comité para el Proyecto cultural de la Conferencia episcopal italiana, le dirijo un cordial saludo a usted, venerado hermano, a los señores cardenales y a los obispos presentes, a los relatores, a los organizadores y a todos los que participan en un acontecimiento tan significativo.

Me alegra mucho y agradezco la elección de dedicar a la Persona de Jesús algunas jornadas de profundización interdisciplinar y de propuesta cultural, destinadas a tener resonancia en la comunidad eclesial y social italiana. Muchas señales, de hecho, revelan que el nombre y el mensaje de Jesús de Nazaret, aun en tiempos tan distraídos y confusos, suscitan frecuentemente interés y ejercen un fuerte atractivo, incluso en quienes no llegan a adherirse a su palabra de salvación. Por eso, nos sentimos estimulados a suscitar en nosotros mismos y por doquier una comprensión cada vez más profunda y completa

de la figura real de Jesucristo, como puede brotar únicamente de la hermenéutica de la fe puesta en fecunda relación con la razón histórica. Con este fin, escribí mis dos libros dedicados a Jesús de Nazaret.

Es muy significativo que, dentro de la obra de elaboración cultural de la comunidad cristiana, se estudie como tema algo que no puede considerarse objeto exclusivo de las disciplinas sagradas, como lo muestra muy bien la amplitud de las competencias y la pluralidad de las voces llamadas a participar en este congreso. La evangelización de la cultura, a la que se orienta el Proyecto cultural de la Conferencia episcopal italiana, se funda en la convicción de que la vida de la persona y de un pueblo puede ser animada y transformada en todas sus dimensiones por el Evangelio, para alcanzar con plenitud su fin y su verdad.

Durante mi pontificado, en repetidas ocasiones, he recordado que abrir a Dios un camino en el corazón y en la vida de los hombres constituye una prioridad. «Con él o sin él, todo cambia», afirmaba incisivamente el título del anterior congreso del comité para el Proyecto cultural. No podemos confiar nuestra vida a un ente superior indefinido o a una fuerza cósmica, sino solo al Dios cuyo rostro de Padre se nos ha hecho familiar gracias al Hijo, «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14). Jesús es la clave que nos

abre la puerta de la sabiduría y del amor, que rompe nuestra soledad y mantiene la esperanza frente al misterio del mal y de la muerte. Por lo tanto, la vida de Jesús de Nazaret, en cuyo nombre también actualmente muchos creyentes, en distintos países del mundo, afrontan sufrimientos y persecuciones, no puede quedar confinada a un pasado lejano, sino que es decisiva para nuestra fe hoy.

¿Qué significa afirmar que Jesús de Nazaret, que vivió entre Galilea y Judea hace dos mil años, es «contemporáneo» de cada hombre y mujer que vive hoy y en todos los tiempos? Nos lo explica Romano Guardini con palabras que siguen siendo tan actuales como cuando las escribió: «Su vida terrena entró en la eternidad y así está vinculada a toda hora del tiempo terreno redimido por su sacrificio... En el creyente, se realiza un misterio inefable: Cristo que está “arriba”, “sentado a la derecha del Padre” (Col 3, 1), también está “en” este hombre, con la plenitud de su redención, pues en todo cristiano se hace de nuevo realidad la vida de Cristo, su crecimiento, su madurez, su pasión, muerte y resurrección, que constituye su verdadera vida» (*El testamento de Jesús*, Milán 1993, p. 141).

Jesús entró para siempre en la historia humana y sigue viviendo, con su belleza y potencia, en aquel cuerpo frágil y siempre necesitado de purificación, pero también infinitamente colmado de amor divino, que es la

Iglesia. A él, se dirige en la liturgia para alabarlo y recibir la vida auténtica. La contemporaneidad de Jesús se revela de modo especial en la Eucaristía, en la que él está presente con su pasión, muerte y resurrección. Este es el motivo que hace a la Iglesia contemporánea de todo hombre, capaz de abrazar a todos los hombres y todas las épocas, porque la guía el Espíritu Santo con el fin de continuar la obra de Jesús en la historia.

Confíandole estos pensamientos, venerado hermano, le envío de corazón a usted y a todos los participantes en el congreso mi cordial saludo, con el deseo de éxito. Acompaño vuestros trabajos con la oración y con mi bendición apostólica, propiciadora de una comunión cada vez más íntima con Jesús y con el Padre que lo envió a nosotros.

Vaticano, 9 de febrero de 2012.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la campaña de fraternidad en
Brasil***

Al venerado hermano cardenal Raymundo Damasceno Assis, Arzobispo de Aparecida (SP) y presidente de la Conferencia episcopal de Brasil

Un cordial saludo en Cristo Señor.

De buen grado, me uno a la Conferencia episcopal de Brasil que lanza una

nueva Campaña de fraternidad con el lema «que la salud se difunda en la tierra» (cf. *Eclo* 38, 8), con el fin de suscitar, partiendo de una reflexión sobre la realidad de la salud en Brasil, mayor espíritu fraterno y comunitario en la atención a los enfermos y de llevar a la sociedad a garantizar a más personas el derecho a tener acceso a los medios necesarios para una vida sana.

A los cristianos, de modo especial, el lema bíblico recuerda que la salud va mucho más allá de un simple bienestar físico. En el episodio de la curación de un paralítico, (cf. *Mt* 9, 2-8), Jesús, antes de hacer que volviera a caminar, le perdona los pecados, enseñando que la curación perfecta es el perdón de los pecados y que la salud por excelencia es la del alma, pues «¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (*Mt* 16, 26). De hecho, las palabras salud y salvación tienen su origen en el mismo término latino *salus* y por eso en los Evangelios vemos la acción del Salvador de la humanidad asociada a varias curaciones: «Jesús recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (*Mt* 4, 23).

Que esta Campaña, con su ejemplo ante los ojos, según el verdadero espíritu cuaresmal, inspire en el corazón de los fieles y de las personas de buena voluntad una solidaridad cada

vez más profunda con los enfermos, que muchas veces sufren más por la soledad y el abandono que por la enfermedad, recordando que Jesús mismo quiso identificarse con ellos: estaba «enfermo y me visitasteis» (*Mt* 25, 36). Que, al mismo tiempo, les ayude a descubrir que, si por una parte la enfermedad es una prueba dolorosa, por otra, puede ser, en unión con Cristo crucificado y resucitado, una participación en el misterio de su sufrimiento por la salvación del mundo. Dado que, «ofreciendo nuestro dolor a Dios por medio de Cristo, podemos colaborar en la victoria del bien sobre el mal, porque Dios hace fecundo nuestro ofrecimiento, nuestro acto de amor» (*Discurso del Santo Padre durante el encuentro con los enfermos*, Turín, 2 de mayo de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de mayo de 2010, p. 10).

Así pues, uniéndome a esta iniciativa de la Conferencia episcopal de Brasil y haciendo mías las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de cada uno, saludo fraternamente a cuantos participan, física o espiritualmente, en la Campaña de «Fraternidad y salud pública», invocando, con la intercesión de Nuestra Señora Aparecida, para todos, y de modo especial para los enfermos, el consuelo y la fuerza de Dios en el cumplimiento del deber del propio estado, individual, familiar y social, fuente de salud y de progreso de Brasil, haciéndolo fértil en la santidad, próspero en la economía, justo en la

participación en las riquezas, alegre en el servicio público, ecuánime en el poder y fraterno en el desarrollo. Y para confirmar a todos en estos buenos pro-

pósitos, envió una propiciadora bendición apostólica.

Vaticano, 11 de febrero de 2012.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

FEBRERO

- Día 2: Jornada Mundial de la Vida Consagrada Oración por las vocaciones, convento de las Carmelitas Descalzas a las 18:00 h.
- Días 2-3: Primeros Jueves y Viernes de mes en la parroquia de la Santísima Trinidad. A las 18:30 Hora Santa, a las 19:30 Misa.
- Día 3: Concierto de Manos Unidas en el Auditorio a las 20:00 horas.
- Día 4: La Delegación de Misiones peregrina a O Tameirón para honrar al santo misionero ourensano San Francisco Blanco.
- Día 7: Reunión interparroquial de la ciudad. 20:00 h. Salón Padre Feijóo.
- Día 9: Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 h.
- Día 10: Encuentro de oyentes de Radio María. 18:00, salón Padre Feijóo. Vigilia de penitencia y oración de preparación para acoger a nuestro nuevo Obispo, a las 20:00 horas en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima.
- Día 11: Ordenación episcopal y toma de posesión de nuestro nuevo Obispo, Monseñor Leonardo Lemos Montanet, a las 16:00 horas en la S.I. Catedral.
- Día 12: Misa de la Hospitalidad de Lourdes. 17:00 en el Seminario Mayor.
- Día 14: Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 h.
- Día 16: Oración diocesana por las Vocaciones a las 20:00 h. en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento, plaza de las Mercedes.
- Día 17: Conferencia “Luces y sombras de la juventud actual” en el Centro Cultural de la Diputación a las 20:00 horas.
- Día 22: Miércoles de Ceniza. Empieza el tiempo de Cuaresma.
- Día 23: Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 h. Consello Episcopal en el Obispado.
- Día 25: Cursillo de Pastoral a las 10:00 horas en el Seminario Mayor. Retiro de los Equipos de Ntra. Señora a las 20:00 en el colegio Franciscanas.
- Día 28: Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 h.

Día 29: Reunión de Arciprestes en el Seminario Mayor.
Ciclo Cine y Vida en el Centro Cultural de la Diputación. Proyección de la película “El fin es mi principio” a las 20:00 horas.



DIÓCESIS
DE OURENSE
